



CONTENIDO

| | |
|--|----|
| Página de Identificación | 2 |
| EDITORIAL: Reflexiones... Sobre Nuestro Peregrinaje --Wilfredo Canales | 3 |
| ENCUENTRO Y REFLEXIÓN | 4 |
| PROPUESTA: | |
| Introducción | 7 |
| Sergio Franco, “Las Olas Vienen: Los Nazarenos Hispanos en Estados Unidos-Pasado”. | 8 |
| Roberto Hodgson, “Reseña General de la Historia de la Iglesia del Nazareno Hispana en EE. UU. y Canadá” | 15 |
| Wilfredo Canales, “El Pasado de la Iglesia del Nazareno en Iberoamérica: Herencia y Gesta Autóctona” | 23 |
| RESPUESTA: | |
| José Rodríguez, Nota de Respuesta a “Las Olas...” | 33 |
| Walter Rodríguez, Respuesta a “Reseña General...” | 35 |
| Walter Rodríguez, Respuesta a “El Pasado de la Iglesia...” | 37 |
| SECCIONES ESPECIALIZADAS | 41 |
| <i>Discipulado/Enseñanza</i> | |
| El Discipulado — Primera Parte --Dr. Juan Stam | 41 |
| <i>Foro - Comunidad Teológica Nazarena Iberoamericana</i> | |
| Declaración, Dr. H. Fernando Bullón | 51 |
| <i>Pastoral a la familia</i> | |
| “La Familia en la Biblia II: La familia en el Antiguo Testamento”, Dr. Jorge E. Maldonado | 67 |
| <i>Perspectivas</i> | |
| “Una visión para el ministerio cristiano: La educación de los ministros en la Iglesia del Nazareno”, Al Truesdale, Ph.D. | 71 |
| RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS | 75 |
| La Historia de los Nazarenos: Los Años Formativos. | |
| Herida pero transformada: La Iglesia Cristiana en Nicaragua. | |
| Hidden Stories: Unveiling the History of the Latino Church. | |
| Iglesias Peregrinas en Busca de Identidad: Cuadros del Protestantismo Latino en los EEUU. | |
| Nuestra Historia: Misiones Hispanas USA-Canadá | |

PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA ONLINE

**OFICINA DE MINISTERIOS HISPANOS USA-CANADA
IGLESIA DEL NAZARENO
CENTRO DE MINISTERIOS GLOBALES**

JUNTA DE REFERENCIA

Roberto Hodgson, Director Nacional
Hugo Aldana Jr. —Lynwood, CA
Obed Jáuregui —Miami, FL
José Cardona —Connecticut
Leonel De León —Kansas City
José González —Los Angeles, CA
Caleb Herrera —San Antonio, TX
Giovanni Monterroso —Dallas, TX
Orlando Serrano —Los Angeles, CA
Brian E. Wilson —Chicago, IL

CONSEJO EDITORIAL

Randy Bynun
John W. Hall, Jr.
Roberto C. Hodgson
C. Alberto Guang
Jonathan Salgado
Juan R. Vázquez-Plá, M.A.
Brian E. Wilson

EDITOR GENERAL: *Wilfredo Canales*

Coordinador del Programa Hispano de Maestría en Ministerio
Olivet Nazarene University, Bourbonnais-Illinois
Presidente del Centro de Estudios Pastorales – CEP, Chicago
Chicago Central District / Iglesia del Nazareno

DISEÑO Y FORMATO: *José Pacheco*
Editor de Literatura Hispana
Oficina de Ministerios Hispanos USA/Canadá /Iglesia del Nazareno

REFLEXIONES... sobre nuestro peregrinaje



El 8 de octubre de 1908 quedó perennizado como el día en que, oficialmente, la entonces *Iglesia del Nazareno Pentecostal*, acordó su unión con la *Iglesia de Cristo de la Santidad*. El marco de ese evento fue provisto por la realización de dos reuniones clave: la segunda Asamblea General de la primera iglesia mencionada y el Concilio General de la segunda. El lugar de este encuentro fue el pequeño poblado de Pilot Point, Texas.

Con esta significativa decisión, la joven *Iglesia del Nazareno Pentecostal* adquirió presencia nacional en territorio norteamericano. Si bien es cierto que este proceso de integración de congregaciones locales o grupos de congregaciones continuó por varios años, se ha asumido que aquella fecha sea la referencia clave que marcó la consolidación de la *Iglesia del Nazareno Pentecostal* como denominación. La modificación en el nombre tuvo que esperar hasta la Asamblea General de 1919, ocasión en la que se adoptó la decisión de quitar el término “*Pentecostal*” del nombre oficial de la denominación.

El recuento anterior nos permite reconocer que nos encontramos, ahora, ante un momento también significativo: la Iglesia del Nazareno celebró, hace ahora tres años, su primer centenario como denominación. Aquella celebración, sin lugar a dudas, constituyó un momento propicio para la gratitud a nuestro buen Dios por su bondad y fidelidad. Desde sus modestos inicios hasta su actual proceso de expansión internacional, hemos sido testigos de la permanente fidelidad y misericordia de Dios. Al mismo tiempo, desde la pers-

pectiva de un momento de post-celebración, creemos que debe hacerse espacio para la reflexión, como nazarenos hispanos, sobre varios aspectos de nuestra vida denominacional, de cara a los grandes retos que debemos enfrentar para ministrar, de manera consistente, en el nuevo contexto social que nos ha tocado vivir.

En primer lugar, debemos reflexionar sobre nuestra historia porque ésta es ineludible en la forjación de una clara identidad en el contexto de nuestra pertenencia al cuerpo de Cristo. Por lo tanto, si desde muchos sectores de nuestra denominación, a la luz de lo que se observa en las prácticas congregacionales y organizacionales presentes, se está planteando la urgente necesidad de una re-definición de nuestra identidad eclesial, se torna imperativo, hacer una reflexión histórica de nuestro surgimiento y consolidación como denominación.

Pero, también, en el caso de los nazarenos hispanos, necesitamos hacer una reflexión histórica de nuestra inserción, consolidación y desarrollo en el contexto denominacional, de manera que poda-

mos, con propiedad, hablar de una *identidad nazarena hispana*. La reflexión histórica a la que aludimos, demanda algo más que un recuento cronológico de eventos y personas que han sido parte formal de la trayectoria de la iglesia en el correr de los años. Como lo afirma el reconocido historiador cubano Justo González, la historia no es sinónimo de pasado. Es más, el pasado, dice él, jamás está accesible a nosotros de manera directa, sólo nos llega por la mediación de la interpretación.

La historia, concluye, es el pasado interpretado. Aquí hay una tarea pendiente para los nazarenos hispanos. La percepción actual es que la presencia hispana en la historia denominacional ha sido periférica, incidental. Por ello, la identidad nazarena hispana pareciera haberse tejido de retazos personales o vivenciales muy ocasionales. Los nazarenos hispanos necesitamos volver nuestra mirada interpretativa a este pasado de más de cien años y hurgar diligentemente en el recorrido de la presencia hispana en el contexto denominacional y conocer las huellas que esa presencia ha dejado en el carácter y proyección de nuestra iglesia, referencia importante para delinear un accionar presente y futuro que sea significativo a nuestro contexto.

En segundo lugar, debemos reflexionar sobre nuestro presente. Cien años no constituyen un simple ayer. Cien años son testimonio de un recorrido importante en medio de la historia humana. Una historia jalonada por importantes cambios culturales que han configurado un mundo con pretensiones de autonomía y autosuficiencia sin precedentes. Pero, también, una historia con rincones sombríos marcados por guerras civiles y mundiales que han dejado al descubierto la vulnerabilidad de una especie que, alejada de su creador, es capaz de las atrocidades más inimaginables.

Necesitamos reflexionar sobre nuestro presente porque debemos estar conscientes en qué medida, en el esfuerzo por ministrar en medio de esta historia de cien años, nosotros como iglesia hemos sabido preservar aquellas características distintivas que sirvieron de crisol para convocar y tamizar la voluntad, el compromiso, la pasión y la visión de los pioneros de la denominación. No estamos añorando formas, estilos, esquemas. Sabemos que estas categorías hacen alusión a aspectos cambiantes y cambiables que no necesitamos absolutizar. Nuestro señalamiento respecto a lo que deberíamos preservar apunta a principios que se traducen en lecciones, de las cuales podemos derivar valiosas implicaciones para el ministerio presente. Necesitamos reflexionar sobre nuestro presente porque debemos ser pertinentes al momento en que nos ha tocado ministrar.

En tercer lugar, debemos reflexionar sobre nuestro futuro. No constituye ninguna novedad afirmar que estamos ante una era de transformaciones trascendentales. Tampoco es nueva la actitud arrogante de ciertos futurólogos que, como sus antecesores, se apresuran a declarar la extinción de la iglesia cristiana en el contexto de la nueva sociedad que se está forjando. No obstante, se constituye en un acto de responsabilidad cristiana poner atención al hecho de que el terreno donde estamos y estaremos ministrando se ve sometido a profundas transformaciones.

Nuestra iglesia, como denominación, surgió en un contexto cultural que empezaba a ser influenciado por los albores de la modernidad caracterizada por un discurso optimista respecto a las posibilidades del ser humano para forjar una sociedad mejor. La industrialización en el campo económico, el proceso de urbanización y la educación en la esfera social y la democracia en el terreno político, se constituyeron en los rasgos

característicos de este nuevo orden que empezó a marcar el siglo XX.

Dentro de este esquema, y llevando hasta el grado máximo el principio de la separación de la iglesia y el Estado, a la iglesia cristiana en particular y a la religión en general, se les adjudicó un rol en la esfera de la vida privada, familiar. Mucho del estilo, de las formas y de las estrategias de trabajo que llegaron a desarrollar las iglesias o denominaciones como la nuestra, responden a los desafíos propios de un contexto cultural como el descrito. Ese contexto cultural, ahora, está siendo trastocado dramáticamente. Los factores que están configurando el nuevo marco cultural lo constituyen la tecnología y la globalización en el campo económico, la fragmentación en el campo ideológico y político, la virtualidad impactando el campo de la educación y la cultura, el pluralismo y el relativismo en la esfera ética y moral, y la aparición de una espiritualidad genérica con un abanico de símbolos de refuerzo, entre otros.

En un ambiente como el descrito, ¿cuál debe ser el enfoque ministerial de la iglesia? ¿Qué cambios sustanciales deben realizarse para cumplir nuestro rol de manera idónea en un contexto donde la iglesia ha devenido en irrelevante? Eddie Gibbs, el reconocido profesor del Seminario Teológico de Fuller, ha señalado que, para que la iglesia cristiana logre un desempeño eficaz en el contexto del presente nuevo milenio, debe responder al desafío de ciertos cambios esenciales, ojos de tormenta a través de los cuales las iglesias tienen que navegar. Él ha planteado estos desafíos en forma de dilemas en los que las igle-

sias necesitan ser sometidas a transiciones de transformación en medio de un contexto cultural cambiante.

Las iglesias deben hacer una transformación: de vivir enfocadas en el pasado a comprometerse con el presente, de ser conducidas por el mercado a ser orientadas por la misión, de organizarse en jerarquías burocráticas a organizarse en redes apostólicas, de depender en profesionales experimentados a forjar líderes mentores, de seguir a celebridades a encontrar santos, de la ortodoxia muerta a la fe viva, de conquistar a una multitud a buscar a los perdidos, de pertenecer a creer, de congregaciones genéricas a comunidades encarnadas.

El reto está planteado. Debemos reflexionar sobre nuestro **pasado**, esto nos permitirá definir nuestra identidad; debemos reflexionar sobre nuestro **presente**, necesitamos estar claros respecto a nuestra pertinencia; debemos reflexionar sobre nuestro **futuro**, es necesario delinear el perfil de nuestra viabilidad ministerial en el nuevo contexto. Identidad, pertinencia y viabilidad. El reto está delante de nosotros.

Reflexiones Ministeriales ha surgido como plataforma para que dialoguemos y busquemos respuestas claras a los retos que enfrentamos. Al retomar aliento como proyecto editorial al servicio de los ministros hispanos, quiere aprovechar su re-lanzamiento para compartir trabajos valiosos que permitirán un diálogo inteligente y alturado.

¡Emprendamos la jornada... el Señor está con nosotros! □

—Wilfredo Canales, editor general
wcanales@olivet.edu

INTRODUCCIÓN

En esta sección se tratará un tema de fondo de carácter bíblico-teológico, histórico o pastoral. Con el primer grupo de trabajos, que denominamos **PROPUESTA**, se busca plantear el tema de fondo y delinear sus características más relevantes. Con el segundo grupo, denominado, **RESPUESTA**, se pretende generar un diálogo con el primero, buscando señalar los puntos claves de los trabajos que conforman la propuesta y articulando algunos de los elementos críticos propuestos con la realidad contemporánea, de manera que faciliten una contextualización de la pastoral de la iglesia.

Al celebrarse, en 2008, el primer centenario de la Iglesia del Nazareno como denominación, consideramos propicio el momento para dar una mirada reflexiva hacia el pasado. Esta mirada, sin embargo, no es generalista sino particular. Hemos querido ensayar una primera mirada hispana hacia el recorrido histórico de nuestra iglesia. Nuestro interés se ha centrado en identificar la presencia y trayectoria hispano-latina en la Iglesia del Nazareno, tanto en los Estados Unidos y Canadá como en Iberoamérica. Este interés, de ninguna manera tiene una motivación excluyente. Más bien, busca hacernos conscientes del importante rol que ha jugado la presencia hispano latina, en el pasado tanto como en el presente, en la forjación de lo que hoy constituye nuestra denominación. Ser conscientes de nuestra presencia en la historia de la denominación abona a nuestro sentido de pertenencia histórica a la misma. A partir de esta pertenencia, entonces, somos también responsables del presente y del futuro de la iglesia. Somos responsables, junto con nuestros hermanos nazarenos de otras familias étnicas y contextos culturales, de la búsqueda de caminos adecuados para el cumplimiento de nuestra misión en medio de una época que nos está planteando tremendos desafíos.

En la presente entrega, la **PROPUESTA** está conformada por tres trabajos. El primero, titulado “**Las Olas vienen. Los Nazarenos Hispanos en Estados Unidos: Pasado**”, del *Dr. Sergio Franco*, uno de los escritores nazarenos hispanos más refinados y reconocidos. Este artículo ha sido escrito de manera especial para **Reflexiones Ministeriales** y anhelamos que sea la semilla para un trabajo de reflexión histórica más amplio e integral del recorrido de los nazarenos hispano latinos en esta parte del continente. Los otros dos trabajos, son ponencias que los autores presentaron en el marco de dos encuentros teológicos nazarenos: “**Reseña General de la Historia de la Iglesia del Nazareno Hispana en Estados Unidos y Canadá**”, del *Dr. Roberto Hodgson*, fue presentada en la Conferencia Teológico-Pastoral Nazarena, celebrada en Albuquerque, Nuevo México, en Octubre del 2005. “**El Pasado de la Iglesia del Nazareno en Iberoamérica: Herencia y Gesta Autóctona**”, del *Rev. Wilfredo Canales, M.A.*, presentada en la Primera Conferencia Teológica Nazarena Iberoamericana, desarrollada en San José, Costa Rica, en Octubre del 2004.

Con el propósito de fomentar el diálogo en torno a la temática propuesta, hemos invitado al Dr. José Rodríguez, conocido educador teológico nazareno, actualmente residiendo en San Antonio, Texas, y al Rev. Walter Rodríguez, M.A., con vasta experiencia en la educación teológica, el trabajo pastoral y la administración distrital en América Latina y, actualmente, pastoreando en el Distrito Mid Atlantic, en el este de los Estados Unidos.

Confiamos en que los materiales que entregamos sean motivadores de la reflexión y el diálogo ministerial tan necesario en nuestra iglesia en una época como la que vivimos. *Reflexiones Ministeriales* se ofrece como plataforma para que este importante diálogo. ¡Bienvenidos!

LAS OLAS VIENEN

Los Nazarenos en Estados Unidos: Pasado

Sergio Franco

RESUMEN

Las nuevas generaciones nazarenas, pastores y miembros de iglesia que pueblan nuestras actuales congregaciones hispanas en Norteamérica, necesitan nutrirse de la devoción y la pasión que marcó las vidas de aquellos hombres y mujeres que abrieron el surco de lo que hoy conocemos como la Iglesia del Nazareno hispana en esta parte del continente. Este ensayo hace un recuento panorámico de esos primeros tramos de la historia de la iglesia, recordando nombres de personas, de lugares, así como prácticas congregacionales que nos permiten tener un perfil de los esforzados nazarenos hispanos de ese período, al tiempo que nos introduce en el inicio de importantes ministerios que han tenido una especial influencia en toda la Iglesia del Nazareno hispana.

PALABRAS CLAVE

Nazarenos hispanos, esfuerzos pioneros, liderazgo hispano, iglesias y distritos hispanos, educación superior, educación ministerial, ministerios especializados, herencia, vidas santas.

¿Qué sabemos de los nazarenos hispanos en Estados Unidos de las primeras etapas de la Iglesia y qué aprendimos de ellos que queremos perpetuar, valorar y repetir?

Hacer justicia al tema requiere más espacio del presente y más de un autor para escribirlo. Hasta que esos requisitos se cumplan, hay valor en dejar una constancia antes de que el tiempo, que borra todo, la borre. El resultado es estas líneas.

Escogimos enfocar la reflexión en el período 1926 a 1992. La decisión es arbitraria, excepto que es el lapso de tiempo durante el que escribe ha tenido el privilegio de formar parte de esa vivencia. La providencia de Dios ha dado la larga vida y la contigüidad con eventos y personas. Se acepta sin discusión que otras voces son necesarias para

completar el cuadro y son bienvenidas.

Fue una sorpresa descubrir, al preparar este trabajo, que el primer contacto del que tenemos noticia de los nazarenos con el pueblo hispano ocurrió cuando “la señora Mary McReynolds estableció una misión para los hispanos en Los Ángeles, que logró un apoyo inmediato y entusiasta”. Esto ocurrió en 1904.

Se sabe, por inferencia más que por información escrita, que para el año 1926, de ese principio modesto de la señora McReynolds se había desarrollado un grupo nazareno alrededor de la iglesia de la calle Main, de Los Ángeles. Lo sabemos porque en 1945, los que entonces nos unimos a esa comunidad nazarena en California conocimos a algunos miembros del primer núcleo, entre los que estaban S.D. Athans, Salvador y Victoria Salcedo, H.K. Pieper, Albino y Natalia Sosa, Ramón González, Petronio y Carmen Hernández, Cata-

lina Gutiérrez, Rosalío De Haro, Carlos Stopani, Ignacio Romero, Enrique Morales, las diaconisas consagradas Dionisia Soltero, Esther Peña, Dolores Romero, y muchos más. Los nazarenos de las primeras décadas favorecieron, cultivaron el ministerio femenino. Probablemente porque así fue en la iglesia angloparlante en la que hubo mujeres de distinguido liderazgo, como la hermana McReynolds. Ella aprendió nuestro idioma por su deseo de evangelizar a los mexicanos, a quienes veía desde su trabajo como oficinista de telégrafo en Pasadena.

En los años siguientes, el grupo de iglesias tuvo la dirección de los esposos Davis. Por su personalidad y uso del idioma, la señora E.Y. Davis era la más visible, si bien ambos viajaron a México y América Central. Esa dirección pasó a manos de Ira L. True, como superintendente del Distrito Suroeste en 1945. Esto marca una etapa en el futuro. Las líneas se marcaron con mayor precisión en cuanto a límites del distrito (que entonces llegaba hasta El Paso, en el oriente y la parte correspondiente del territorio mexicano hasta el Pacífico, hasta el lindero del distrito con sede en Guadalajara). ¡Era tan grande como todo un país! Este período trajo la supervisión de superintendentes generales y otros oficiales en asamblea anuales, con la correspondiente organización de zonas, oficiales, convenciones, presupuestos de iglesias, las provisiones para el desarrollo de pastores y construcción de templos y casas pastorales.

El superintendente True viajó incansablemente en todas las direcciones del distrito, iniciando el trabajo de las sociedades auxiliares con sus convenciones y actividades anuales. A los pastores del distrito de ese tiempo como H.T. Reza, Hilario S. Peña y José Soltero se agregaron ministros de México como Roberto C. Moreno, Julio S. Petridis, Apolinar Catalán, Ruth Salcedo, Luis Ríos y otros.

Pasos importantes de desarrollo

Cabe recordar que los años cuarenta marcaron dos grandes transiciones en la nación: el fin de la honda depresión económica en la que el país había estado sumido por varios años y la Segunda Guerra Mundial. El fin de ésta, en 1945, trajo una etapa de prosperidad. Abrió un nuevo horizonte especialmente para la juventud que resultó en un gran crecimiento del sistema educativo planeado y de construcción de casas para veteranos. Era un tiempo de nuevos horizontes también para los hispanos y sus iglesias que así lograron adelantos para la educación de hispanos, la visión del sostén propio congregacional y el acercamiento y conocimiento mutuo entre las congregaciones hispanas y sus vecinas anglosajonas. Sólo podemos elaborar lo primero.

La educación superior fue la visión de los nazarenos desde el principio. La primera escuela, fundada en Pasadena, fue llamada "Universidad", pero los estudios de preparatoria o high school eran una barrera. El primer pastor de la iglesia de Pasadena hizo posible que un joven mexicano llamado Honorato Reza estudiara en Pasadena College (hoy Universidad Nazarena de Point Loma, San Diego, California), donde se tituló. Después de cursar la maestría en la Universidad de México regresó como profesor de español en Pasadena College. Dos años después, Ruth Salcedo graduó en la misma escuela y aceptó la misma posición en lo que ahora es la Universidad Nazarena del Noroeste en Nampa, Idaho. En breve había una veintena de hispanos en esa y en las otras universidades nazarenas.

Los estudios de posgrado en teología que se iniciaron con la apertura del Seminario Teológico Nazareno en Kansas City abrieron una nueva puerta a los hispanos, de los cuales dos se graduaron y procedieron a estudios doctorales en los

años cincuenta, Sergio Franco e Ismael Amaya. Desde entonces, veintenas de nazarenos hispanos han graduado de nuestras ocho universidades y de muchas otras de gran prestigio.

Cuatro importantísimos eventos resultaron de la acción de la Asamblea General de 1944 que impactaron el futuro de la iglesia:

1. El **Seminario Teológico Nazareno** fue fundado en 1946
2. El mismo año, el **Departamento Hispano de Publicaciones** inició su histórica tarea con H.T. Reza como director y Moisés Castillo como linotipista. Esta agencia cumplió una tarea legendaria que merece y ha tenido un reconocimiento que trasciende las barreras de distancia y tiempo. Con mucha razón, Bethany Nazarene College (hoy Southern Nazarene University), le otorgó al director fundador el doctorado *honoris causa*. La publicación oficial de nuestra iglesia fue *El Heraldo de Santidad*, cuya primera edición apareció el 1 de octubre de 1946. Aunque este es todo un tema en sí, no limitado al ministerio en Estados Unidos, los colaboradores de H.T. Reza y Moisés Castillo hicieron una gran contribución, por lo que sus nombres merecen ser recordados. Desde 1951 trabajaron en libros, revistas y música, Sergio Franco, H.T. Espinoza, Ismael Amaya, Juan Carlos Miranda, Ronaldo Denton, Ray Hendrix, René Escalante, José Pacheco, Edgar González, Mario Vélez, Mario Zani y Christian Sarmiento. Muchos otros sirvieron en períodos más breves.
3. La fundación del **Seminario Nazareno Bíblico de San Antonio, Texas**, en 1946, bajo la dirección del doctor Hilario S. Peña, quien dio un liderazgo breve pero vigoroso a la na-

ciente escuela que, desde el principio, tuvo estudiantes de varios países. La contribución que el Dr. José C. Rodríguez hizo a ésta merece el reconocimiento que ha tenido. Su tarea como educador y guía espiritual básica para la formación de una veintena de generaciones de pastores concluyó como director de la escuela que, para entonces, era el Seminario Nazareno Hispanoamericano, hasta su clausura.

4. **La Liga Nazarena de Radio**, en inglés y español desde 1946, logró un crecimiento rápido. Su formato breve, profesional y ágil fue la fórmula necesaria. El doctor Reza fue el orador por más de 30 años. La frase inicial: “Esta es la Hora Nazarena”, se llegó a oír por cientos de estaciones alrededor del mundo, incluyendo a muchas en Estados Unidos.

Cambios y Crecimiento

El crecimiento de las iglesias permitió el crecimiento de distritos. El segundo, después del Suroeste, fue organizado con el nombre de Distrito Texano, con sede en San Antonio, Texas. Fred Reedy fue el primer superintendente, seguido por Eduardo Wyman, Everette Howard, H.O. Espinoza y Joe Dimas, quien tuvo un largo ministerio en el Distrito Central Latinoamericano.

El crecimiento de miembros y de distritos dio paso al nombramiento de pastores hispanos del Distrito Occidental como superintendentes de distrito. El primero de ellos fue Roberto C. Moreno. Lo siguieron en esa época Luis Aguilar, Carlos Perea y Moisés Esperilla. Unos años después José Cardona, pastor del Distrito Hispano del Este, fue nombrado superintendente del mismo. Ya mencionamos la superintendencia de Joe Dimas, recientemente jubilado.

El crecimiento de la población hispana en el nor-

este del país era un llamado urgente al evangelio. Bajo la superintendencia de Robert Goslaw, del Distrito de Nueva York, se organizó el Distrito Hispano del Este, en el que han servido Harold Hampton, David Iglesias y José Cardona. La misma necesidad abrió las puertas a la creación de distritos en otras áreas como Texas y Arizona, así como el inicio de obras hispanas dentro de distritos existentes, como en el Distrito Chicago Central. Ambos han experimentado un crecimiento dinámico. Se han comprado excelentes propiedades y han desarrollado un sólido programa de entrenamiento pastoral. José Alfaro puso las bases y la dirección de un ministerio sólido y fructífero bajo los auspicios del Distrito Chicago Central. En Texas, donde se fundaron iglesias (y el instituto bíblico) en el centro y sur del estado, Dios le ha dado a su iglesia un crecimiento precioso alrededor de Dallas durante los últimos veinte años, bajo la dirección del Coordinador de Ministerios Hispanos del Distrito.

El crecimiento de los nazarenos hispanos en la Florida es un capítulo vibrante de la gracia de Dios que ha encontrado la respuesta en nuevas y frescas maneras. Dos pastores hispanos del Distrito de Los Ángeles hicimos un viaje a Miami a ver con nuestros propios ojos lo que los líderes cubanos del sur de la Florida, desafiados por el ministerio del pastor Melquiades Santiesteban, estaban haciendo y lo que proyectaban hacer hacia el futuro. Fue una experiencia preciosa de aprendizaje ¡y lo mejor está por venir!

Una Nueva Dirección de Ministerios

El crecimiento numérico de hispanos en Estados Unidos hizo evidente, desde los años cuarenta, que era necesario hacer provisión para que el evangelio llegara a sus hogares en formas adicionales a las tradicionales de distritos hispanos.

Esto llevó a modalidades diferentes con los métodos y personal necesarios para hacer contacto con las congregaciones angloparlantes con la meta de evangelizar y plantar iglesias. Eso fue el principio de ministros auxiliares, a nivel congregacional, de distrito o multi-distritales a quienes se llamó coordinadores.

El Distrito de Los Ángeles es una de las áreas de mayor necesidad de nuevas aproximaciones a ministerios hispanos en toda la nación. La iniciativa estructurada apareció primero en California. Como coordinadores hispanos han servido desde los años ochenta, Alfredo Cortez, el pionero, Carlos Sol quien sirvió ocho años en esa posición, Sergio Franco y Rigoberto Acosta.

Esta etapa terminó a principios de los años noventa. Esta reseña termina en 1992. Pero el desarrollo de los ministerios multiculturales ni principia ni acaba allí. Desde entonces han brotado ministerios en veintenas de lenguajes: chino, coreano, japonés, portugués, francés, haitiano (hay que ver lo que ha sucedido en la Florida en este particular), vietnamita –y claro, ¡español!

La Explosión Enfrente de Nosotros

Una explosión. Nada menos puede decirse del crecimiento demográfico de los hispanos en Estados Unidos. El cuadro de lo que éramos, los que éramos en los cuarenta y los cincuenta dista mucho de lo que somos, de los que somos. En cualquier aspecto. Económico, social, político y, sobre todo, numérico. De los 10 a 15 millones de nosotros, la cantidad de repente saltó. Tal vez aun entonces éramos más, y nadie quería reconocerlo. Recuerdo caminar alrededor del templo de la Primera Iglesia del Nazareno de Los Ángeles en los años sesenta, cuando el cambio hispano estaba transformando toda esa parte de la ciu-

dad, como comentó David Iglesias, su pastor: “Pronto tendremos veinte millones de hispanos, incluyendo a los «indocumentados»”, que era la expresión favorecida.

Ahora se habla de cuarenta millones de hispanos, cantidad que aumenta de día en día. Este es un punto delicado. Las opiniones se dividen. Pero creo que podemos estar de acuerdo en que la perspectiva bíblica no es política. Ha habido movimientos migratorios en toda la historia. A los cristianos no nos toca pelear sino redimir. Que personas queden o se vayan no es la preocupación central de la Iglesia. Nuestra causa es redimir a los que están a nuestro alrededor, mientras están a nuestro alrededor. David Ramírez estaba de paso en Chicago. Allí escuchó el evangelio. El resto es la historia de los nazarenos en Nicaragua.

La población hispana en este país seguirá creciendo. El asunto es: ¿A cuántos de ellos llegaremos los nazarenos con la Palabra y el amor de Dios? Este debe ser mi propósito central, mi aspiración principal, al lado de lo cual toda aspiración personal, política o económica debe dar paso.

Un Vistazo Hacia Atrás y Hacia Delante

Yo no conocí a los nazarenos de las primeras décadas. Pero conocí a algunos que habían conocido a esos nazarenos, y hablaban de ellos. Hablaban de cómo vivían y por qué eran como eran. Personas como Carlos Miller (ex-misionero que enseñó con su forma inolvidable a los que venían a estudiar la doctrina en las clases bíblicas de los años cuarenta en Los Ángeles), que guió a los nazarenos alrededor de Los Ángeles en los años cuarenta, y a Salvador Salcedo y Catalina Gutiérrez. Oí hablar de Santos Elizondo, legendaria mujer que se dedicó a criar huérfanos alrededor de Ciudad Juárez, y que pedía dinero para ellos y oraciones para nosotros.

Creo que si les hubiera preguntado lo que ellos creían de ellos mismos, ninguno se habría considerado pobre. Yo siempre los vi felices. Me torturaba, cuando yo era inconverso, no su predicación sino su testimonio. ¡Siempre estaban tan seguros, y eso me molestaba mucho! Yo quería que se callaran, y me dejaran oír los himnos. Definitivamente eran pobres, pero no parecían estar muy conscientes de ello. Mis suegros criaron a 10 hijas e hijos, pero jamás vi un hogar más feliz. Mi esposa les aseguraba a nuestros cuatro hijos que el propósito principal de esta vida es lograr la vida eterna y tratar de llevar a tantos como podamos. No he aprendido una teología mejor.

Nos enseñaron a practicar el altar familiar, con dos cultos el domingo y reunión de oración, así como sociedad de jóvenes. Los domingos en la tarde nadie dormía o jugaba. Los jóvenes, 10 ó 12 de nosotros, después de una comida breve viajábamos a comunidades cercanas, La Puente y San Fernando, donde invitábamos a los vecinos a oírnos cantar y “predicar”. Los muchachos del barrio pasaban y los oíamos riéndose. En esos lugares hay iglesias nazarenas hoy.

Las familias iban juntas a los cultos. Los niños se quedaban dormidos en las bancas. Los sermones eran largos. Si terminaban después de las 10 de la noche, nadie se quejaba. Regresábamos cansados a las casas, caminando o en autobús. Los dueños de vehículo eran raros. Cuando el culto de la noche terminaba, mi pastor, don Hilario Peña, cuya predicación me trajo a Cristo, cargaba a su hija mayor, Estela, yo cargaba a la menor, Nettie, y al lado de su esposa caminábamos a su casa, como a 15 cuadras del templo. Estábamos gozosos. Eso fue en 1946.

Se portaban así porque los de la generación de 1926 fueron así. No tenían mucho. Pero lo que tenían lo usaron para edificar el reino de Dios. No

quiero implicar que eran una generación excepcional y ni siquiera modelo. No eran la iglesia primitiva. Tenían problemas y a esta distancia creo que no captaron la visión del crecimiento. Pero hicieron lo que tuvieron en su mano para hacer.

¿Qué herencia nos dejaron? Podemos condensarla en una frase corta: La aspiración de sus vidas y su tema central, la devoción y la santidad. Vidas devotas, vidas ejemplares, vidas amorosas, vidas generosas, vidas fieles, vidas fructíferas. Algunos de ellos dejaron familias numerosas que siguieron sus pasos. Su tema, qué duda cabe, fue la santidad. Después del tiempo de ellos se hizo un atractivo sello que se imprimió alrededor del mundo, en todos los idiomas. Ellos ya lo tenían grabado en sus mentes. Después alguien compuso un inspirador himno, que se volvió el canto oficial de los nazarenos en todos los idiomas en que cantamos, pero ellos ya lo habían cantado en sus cultos, en sus hogares, al ir rumbo al trabajo, en sus reuniones de avivamiento desde California hasta Buenos Aires.

Contaron, cantaron, predicaron y escribieron de la santidad. Se refirieron a ella usando términos bíblicos y extra-bíblicos. Sobre todo predicaron de ella. La habían obtenido y nos exhortaban a los que los conocimos a entrar en la segunda bendición, en la tierra de la promesa, en la tierra de Beula (Isaías 62:4).

La herencia principal que nos dejaron esas generaciones a los nazarenos hispanos de los Estados Unidos, de Canadá y de todo el mundo, es la santidad. Es también nuestra constante comisión. Lo que vemos a nuestro alrededor nos llena de esperanza. Las generaciones presentes atesoran ambas. Los nazarenos de nuestros días tenemos mucho. No sólo en términos materiales, aunque en ese respecto también Dios nos ha prosperado. Muy

pocos de nosotros caminamos a la iglesia, ¡¡y menos cargando a nuestros niños!! Tenemos una forma de doctrina preciosa y permanente. Tenemos la tradición de una manera de vivir. Tenemos escuelas en las que nuestros hijos pueden moldearse, combinando conocimiento y piedad. Tenemos opciones para viajar y conocer otras partes del país y del mundo.

Los recursos tecnológicos a nuestro alcance eran sueños para nuestros antepasados. La televisión, la computadora, los recursos para comunicarnos, el internet, el omnipresente celular, ¡el BlackBerry! ¿Qué no tenemos?

Tenemos nuevas estructuras administrativas y educativas para participar en el crecimiento de la iglesia en toda una nación. Tenemos coordinadores y administradores en diversos niveles, desde la sede, las regiones, los distritos y las zonas.

Si miramos a nuestro alrededor veremos otra fuente formidable de recursos humanos. Está, por ejemplo, la asesoría del nicaragüense Roberto Hodgson, ahora Director de Ministerios Hispánicos para los Estados Unidos y Canadá, que trabaja con toda una red de iglesias y misiones desarrollándose a nuestro alrededor. De día en día se convocan reuniones, y cultos y campamentos juveniles. Allí está el entusiasmo del nicaragüense Rigoberto Acosta que no ha permitido que las limitaciones impidan el crecimiento del núcleo creciente de sus congregaciones en Virginia. Allí está el peruano Wilfredo Canales con esa visión muy suya de un programa educativo de maestría en ministerio en español, con base en la Universidad Nazarena Olivet (Bourbonnais, Illinois), pero con proyección a los Estados Unidos y Canadá. Allí está esa joven pareja chiapaneca, los esposos Samayoa, abriendo misiones y estableciendo iglesias en el clima inhospitalario de Ken-

tucky. Allí está el veterano Carlos Sol, siguiendo los pasos de su padre, todavía estableciendo iglesias en el estado de Indiana. Allí están los entusiastas pastores cubanos de la Florida, ensanchándose sin parar alrededor del amado líder Melquiades Santiesteban.

Cubanos, peruanos, guatemaltecos, puertorriqueños, méxico-americanos, nicaragüenses, mexicanos –todos añadiendo algo de lo que hemos aprendido de nuestro Salvador. Somos ricos en recursos. Tenemos todo lo que necesitamos para una cosecha increíble en los años venideros con el pueblo hispano de los Estados Unidos y Canadá. Cientos de iglesias, miles de creyentes, nuevas visiones, nuevas creaciones, nuevos libros, nuevos logros. Y sobre todo, tenemos la gracia de Dios y el amor de Dios que no se agotarán nunca. ¡Aleluya! Las olas vienen. □

—Sergio Franco, B.D., M.A., Ph.D.

El doctor Franco, presbítero nazareno, ha sido un testigo excepcional de la historia de la Iglesia del Nazareno hispana en Estados Unidos de Norteamérica (EUA). Como iniciador y/o pastor de las más importantes congregaciones nazarenas hispanas en California ha sido un instrumento de Dios en el desarrollo de los ministerios hispanos de nuestra denominación, desde el terreno local. Por otro lado, de manera permanente, ha estado involucrado y comprometido con la educación teológica, al nivel de pre y posgrado en EUA y en América Latina. Además, su contribución al fortalecimiento y proyección del ministerio de la literatura nazarena hispana es reconocida internacionalmente. Como autor, ha publicado nueve libros en español e inglés. Junto con su esposa Esther viven en California.

Reseña General de la Historia de la Iglesia del Nazareno Hispana en Estados Unidos y Canadá

Roberto Hodgson

Resumen

El título de este trabajo delimita con claridad su objetivo. El autor nos presenta una reseña general de lo que considera han sido los momentos relevantes en la historia de la Iglesia del Nazareno en Estados Unidos y Canadá. Desde los visionarios esfuerzos locales, pasando por los organizados esfuerzos distritales hasta los estratégicos desafíos nacionales, se rastrea el desarrollo de los ministerios hispanos en esta parte del continente. Para el efecto, se hace uso de varias fuentes bibliográficas vinculadas a la temática así como a información de primera mano que el autor provee para ilustrar sus planteamientos

Palabras Clave

Hispano-latinos, mosaico cultural, obra nazarena hispana, distrito/iglesia multicultural y/o multicongregacional, educación ministerial, literatura nazarena hispana.

Introducción

Hablar del pasado como parte de la historia de la iglesia en cualquier lugar o contexto, es hablar de la historia de Dios en su iglesia.

En su soberanía, Dios ha escogido pueblos y razas para hacerlos parte de su historia. A través de la misma, Él ha llamado a hombres y mujeres para desarrollar los proyectos de su misión en el devenir histórico de la humanidad. Dios es Señor de la historia y su Hijo Jesucristo es la revelación encarnada, en la historia, del proyecto de salvación a todos los pueblos y razas, entre ellos a los hispano-latinos en Estados Unidos y Canadá. Los hispano-Latinos forman un gran mosaico cultural y de ellos está surgiendo un nuevo pueblo, un nuevo

mestizaje... Somos indios, africanos, españoles, asiáticos.

Pero lo que ahora está sucediendo con más frecuencia es un mestizaje de mestizaje. Es tanto biológico como cultural. Hay entre nuestro pueblo quien es hijo de una puertorriqueña y un ecuatoriano, quien lleva en su sangre herencia de dominicana y cubano, quien es hija de chicano y salvadoreña, hijo de un afro-americano y una latina, hijo de un guatemalteco y de una mexicana, hija de un nicaragüense y una anglosajona, hija de un árabe y de una peruana. Está surgiendo un nuevo pueblo y una nueva cultura entre los hispano-latinos que lleva la sangre mezclada de las diferentes razas y países, no solamente de Latinoamérica sino del mundo. Ellos forman parte de la familia nazarena en Estados Unidos y Canadá y de la gran familia nazarena internacional.

El Inicio de la Obra Nazarena Hispana en Estados Unidos

A finales del siglo XIX (1893), la hermana May McReynolds junto con su familia llegó al área de Pasadena y se unieron a la Primera Iglesia del Nazareno de esa ciudad. Pocos años más tarde, la hermana McReynolds fue enteramente santificada por el Espíritu Santo en un servicio en el que predicó el Dr. Phineas Bresee. Desde ese momento en adelante, como los discípulos del primer siglo, empezaron a ver a las personas con los ojos de Jesús y nació en su corazón una pasión por los perdidos y, en particular, le preocupaba el bienestar espiritual de los mexicanos que trabajaban en el área. Movida por esa pasión y llamado, en 1903 la hermana McReynolds renunció a su trabajo como agente del ferrocarril (Santa Fe Railroad) y se dedicó a proclamar las buenas nuevas entre los mexicanos.

Poco después, la hermana McReynolds fue ordenada por el Dr. Bresee. En 1906, la misión había crecido notablemente, la Primera Iglesia del Nazareno Mexicana fue organizada y el Dr. Bresee asignó a la hermana McReynolds como su pastora.ⁱ

Esta misión estaba orientada a evangelizar a la población de origen mexicano, la que históricamente ha vivido en el estado de California y en otros estados antes de que fueran anexados a Estados Unidos en 1848. Como diría el Dr. Esdras Betancourt, “la inmigración no fue siempre del sur hacia el norte, sino que también ha sido del noreste hacia el suroeste”.

Entre 1906 y 1917 la obra entre los mexicanos se había extendido más allá de California hasta El Paso, Texas (1907). Hasta ese momento, la obra había sido respaldada por la Primera Iglesia del Nazareno de Los Ángeles y, debido al creci-

miento, era difícil para esa congregación continuar financiando y supervisando las nuevas iglesias.

En 1917, la Primera Iglesia de Los Ángeles pidió que el Distrito Sur de California se hiciera cargo de las iglesias mexicanas, lo que fue aceptado por el liderazgo distrital.ⁱⁱ

En 1921 la hermana McReynolds inició la publicación de *El heraldo de santidad* para promover más efectivamente la obra entre las personas que hablaban español. El editor de la nueva revista fue el Rdo. Albino Sosa.

Así como unos años antes la obra había sido demasiado grande para una sola congregación, en 1925, la obra era demasiado grande para un solo distrito. El departamento de Misiones Extranjeras de la Iglesia del Nazareno asignó al Rdo. E. Y. Davis y su esposa para supervisar la obra. Los Davis comenzaron en 1925 y, en 1930, se formó el Distrito Mexicano Suroeste del Pacífico con cinco iglesias organizadas y el hermano Davis como superintendente. La primera asamblea de distrito se celebró en la Iglesia del Nazareno Mexicana en Pasadena, California del 4-8 de junio de 1930, y fue presidida por el Dr. H. F. Reynolds, Superintendente General de la Iglesia del Nazareno. El Dr. Reynolds explicó a la asamblea que la formación de este distrito fue el resultado de la acción tomada por la Asamblea General de Columbus, Ohio, en 1928. El territorio incluía ambos lados de la frontera entre México y Estados Unidos, extendiéndose desde el Golfo de México hasta el Pacífico. En 1935 ese distrito fundó una misión en San Antonio, Texas, con el hermano Enrique Rosales como pastor.

En 1942, el Distrito Mexicano Suroeste del Pacífico se dividió. La parte Este vino a ser el Distrito San Antonio-Monterrey. El nuevo distrito comprendía Texas (excepto El Paso) y, en México, los

estados de Tamaulipas, Nuevo León, y Coahuila. El Rdo. Ira L. True fue asignado como nuevo superintendente de distrito. Por su parte, el Distrito Suroeste del Pacífico comprendía los estados de New Mexico, Arizona, California y la ciudad de El Paso, Texas. Del lado mexicano incluía los estados de Chihuahua, Baja California y Sonora.

Con motivo del crecimiento de la obra en ambos lados de la frontera (Estados Unidos y México), en 1945, se llegó a la conclusión de que era necesario crear un nuevo distrito de lo que entonces era el Distrito San Antonio-Monterrey. El distrito del lado de Estados Unidos se llamó Texas-Mexican District y el distrito del lado mexicano se llamó Distrito Norte de México (1946).

En 1962, el Rdo. True hizo la siguiente declaración: “La Junta General nos dio el privilegio de cambiar el nombre del Distrito Suroeste del Pacífico a Distrito Latinoamericano Occidental de la Iglesia del Nazareno”. El Rdo. H. O. Espinoza propuso que el nombre oficial del distrito fuese Distrito Occidental Latinoamericano y no Distrito Latinoamericano Occidental. La moción fue aceptada y el Dr. Coulter solamente sugirió que se notificara a la Junta General de dicho cambio.

En 1972, el Dr. Orville Jenkins, Superintendente General de la Iglesia del Nazareno, declaró: “El Departamento de Misiones Mundiales y la Junta General, han aprobado la petición del Distrito Occidental Latinoamericano de que se haga la división de dicho distrito, siendo la división en la frontera de México y Estados Unidos; el nuevo distrito será llamado: Distrito Noroeste de México”. El Rdo. Juan E. Madrid continuó como superintendente del Distrito Occidental Latinoamericano.

La Junta Consultora del distrito Occidental Latinoamericano presentó a la quincuagésima-cuarta asamblea de distrito (1984) las siguientes resolu-

ciones que, a su vez, serían presentadas a la Vigésima Primera Asamblea General de la Iglesia del Nazareno:

- Que el Distrito Occidental Latinoamericano continúe como distrito hispano.
- Viendo que el área del Distrito Occidental Latinoamericano es demasiado grande y que esto es un impedimento a la supervisión y crecimiento de la obra de Dios, recomendamos que el distrito sea dividido en dos:
 - Que los estados de Arizona, New Mexico y el área que nos corresponde de Texas, sea organizado como un distrito.
 - Que las iglesias que queden en el estado de California se constituyan como un distrito.

En la quincuagésima quinta asamblea del Occidental Latinoamericano, en 1985, el Dr. Eugene L. Stowe explicó: “La junta de Superintendentes Generales aprueba que el distrito sea dividido y que se forme otro, que las iglesias fuera de California compongan el nuevo distrito”.ⁱⁱⁱ Fue así como se formó el nuevo distrito Suroeste Latinoamericano.

La Obra Nazarena Hispana en el Noreste y en el Sur de Florida

En 1952, en la costa Este de Estados Unidos se inicia la primera obra hispana bajo el liderazgo de la hermana Rosita Iglesias en la ciudad de Stamford, Connecticut. Para 1958 se nombra al Rdo. Harold L. Hampton como superintendente del Distrito Hispano del Este. El pionero de las obras hispanas en el área de Nueva York fue el Dr. Alberto Espada-Matta, de origen puertorriqueño.

Por otro lado, cuando el misionero John Hall, padre, salió de Cuba, fue a residir al Sur de la Florida para continuar su labor misionera entre los cubanos que estaban llegando masivamente a

esa área. Así se dio origen al trabajo pionero entre los cubanos exiliados. La labor misionera de John Hall ha sido la inspiración para el trabajo hispano en el Distrito Sur de la Florida, actualmente con más de 16 iglesias y donde se encuentra la iglesia hispana más numerosa en Estados Unidos y Canadá con una asistencia promedio de más de 1000, la Iglesia del Nazareno de Hialeah, pastoreada por el Rdo. Mel Santiesteban, de origen cubano.^{iv}

Una Segunda Etapa en las Obras Hispanas

La inmigración masiva de latinoamericanos en las décadas de los años ochenta y noventa a lo largo y ancho de Estados Unidos, impulsó a los distritos e iglesias de habla inglesa a desarrollar una nueva visión en la evangelización entre los hispanos y otros grupos étnicos, como lo hicieron los pioneros de la iglesia (May McRaynolds). Los distritos y las iglesias comenzaron a adoptar iniciativas misioneras de evangelización hacia los millones de hispanos que llegaron a los Estados Unidos por diversas razones.

En esas dos décadas se gestó el movimiento de los modelos de distritos e iglesias multicongregacionales y multiculturales. Las iglesias multicongregacionales comparten las instalaciones de los edificios y algunas de las estructuras de gobierno y finanzas. En esta nueva modalidad se ha experimentado el mayor crecimiento de las iglesias hispanas iniciando más de 150 nuevas congregaciones en una década (véase el cuadro estadístico del 2007 de la oficina de información y estudio de la Iglesia del Nazareno).

La Iglesia del Nazareno en Estados Unidos y Canadá ha pedido ayuda a la iglesia en Latinoamérica, desde donde pastores, misioneros y líderes han llegado para colaborar con la evangelización

y el acompañamiento pastoral de los hispanos. El crecimiento numérico de los latinos ha ayudado a la iglesia de los Estados Unidos y Canadá en su crecimiento estadístico.

Las nuevas áreas de ministerio desarrolladas bajo el movimiento de las últimas dos décadas en los siguientes distritos, con los nombres de los pioneros, son:

Florida Central, Rdo. José Cardona
Chicago, Dr. José Alfaro
New England, Rdo. Juan Rivera
Washington, D.C., Dr. Roberto Hodgson
Norte de California, Rdo. Wilmer Guido
Kansas, Rdo. Luis Quiñónez
Sur de Arkansas con el Rdo. David Pérez
Alabama, Rdo. Leonel Alvarado
Georgia, Rdo. Georgino Martínez
Kentucky, Rdo. Samuel Samayoa
Tennessee, Rdo. Leonel de León
Noroeste de Indiana, Dr. Alberto Guang
Suroeste de Indiana, Rdo. David Morante
Noroccidente de Illinois, Rdo. Carlos Morante
Rdo. Mississippi, Rick Free
Louisiana, Rdo. Bob Hudson
Oregon Pacific, Rdo. Juan Lucas
Sacramento, Rdo. Fredy Perdomo
... y la lista continuaría...

La obra en Canadá se inicia bajo la dirección del Pastor Rafael Moreno en el distrito Central en 1988. En 1996, cuando el pastor Moreno se jubiló, vino el Rdo. Pedro Julio Fernández y su familia de la Republica Dominicana para asumir el ministerio de la Iglesia del Nazareno Emmanuel. Con el liderazgo del Rdo. Fernández se han iniciado seis nuevas iglesias en ese distrito y la iglesia hispana goza de una asistencia promedio de más de 200 personas. En el distrito Occidental, en el área de Vancouver, la obra hispana fue iniciada por el Rdo. Willy Choriego.

Estados Unidos y Canadá, Campo Misionero

La ola masiva de nuevos inmigrantes en las últimas dos décadas llevó a los superintendentes generales a declarar a Estados Unidos y Canadá como campo misionero en 1997. Con esa declaración se implementó el nombramiento de cinco directores de los grupos de minorías con el mayor número de iglesias. La iglesia hispana tiene la mayor cantidad de iglesias y miembros de entre todos los grupos étnicos.

El 1 de mayo de 2001, la Iglesia del Nazareno creó la oficina de ministerios hispanos para los Estados Unidos y Canadá, nombrando al Dr. Roberto Hodgson como director. La asistencia del director de ministerios hispanos ha impulsado la iniciativa de siete nuevos ministerios hispanos bajo la estructura de los distritos, asignando a coordinadores para los ministerios hispanos:

Carolina del Sur, Rdo. Luis A. Valverde
Montreal, Rdo. Rafael Reyes
Noroeste Oklahoma, Rdo. Otoniel Danne-
mann
Estado de Washington, Rdo. Julio Ortiz
Virginia, Rdo. Rigoberto Acosta
Joplin, MO, Rdo. Moisés Márquez
Minnesota, Rdo. Saúl Carranza
Louisiana, Rdo. Alejandro Murillo

En Iowa, la primera obra hispana se ha iniciado en la Primera Iglesia del Nazareno de Iowa City. Todavía no hay un coordinador para los ministerios hispanos. De los 82 distritos de Estados Unidos y Canadá, tres son distritos hispanos y 60 los distritos de habla inglesa que tienen ministerios hispanos.

Educación ministerial

En 1942, los líderes de la frontera mexicana tomaron pasos para iniciar cursos para entrenar pastores nacionales. Pasadena College hizo arreglos para que se dieran clases en español en su programa de extensión. El presidente del College era el Dr. C. B. Widmeyer y el decano era el Dr. Honorato Reza.^v

El Seminario Nazareno Hispanoamericano de San Antonio se inició en 1946, bajo la dirección del Rdo. Derell Larkin, y su último rector fue el Dr. José Rodríguez. El cierre del seminario, en 1980, creó un vacío en la formación de nuevos líderes. Esta decisión afectó y limitó la preparación y desarrollo del liderazgo y, por ende, el desarrollo y crecimiento de la iglesia hispana. Al no haber una institución de educación ministerial para los hispanos, se limitó la formación de nuevos ministros, particularmente entre los hispanos de segunda generación.

En un nuevo capítulo en la educación ministerial nazarena, se creó el comité de Educación, bajo la dirección del Rdo. Giovanni Monterroso. El comité estableció el programa de ENTE (Educación Nazarena Teológica Especializada) celebrando su primer programa de cursos intensivos en septiembre de 2003, con 19 estudiantes. En la actualidad, ENTE tiene una matrícula de 45 estudiantes en tres diferentes localidades, El Paso, Kansas City y Oklahoma City. En octubre 2007, el Dr. Alberto Guang fue nombrado coordinador de ENTE.

Otro programa en la educación ministerial fue la adaptación del "Master Teacher Plan". Bajo este programa se decidió traducir, del inglés, los 24 módulos del Curso de Estudios Ministeriales requerido para la ordenación en los Estados Uni-

dos. También, se celebró la conferencia de capacitación sobre el “Master Teacher Plan” para capacitar a Pastores-Maestros que enseñaran los módulos en los diferentes centros de estudios ministeriales de distrito. En los eventos de las conferencias PALCON, se presentaron los talleres de capacitación para los referidos Pastores-Maestros. En Agosto del 2007, la Universidad Nazarena Olivet inició el programa hispano de Maestría en Ministerio con 12 alumnos. El Rdo. Wilfredo Canales es el coordinador del programa.

Literatura

Desde sus primeros años la obra nazarena hispana ha estado estrechamente ligada al ministerio de la literatura evangélica. Ya se ha destacado al Dr. H. T. Reza, quien fundó la Casa Nazarena de Publicaciones (CNP), en 1946, bajo el auspicio de nuestra iglesia. De Pasadena tuvo que mudarse a Kansas City para dar inicio a este ministerio de tan brillante trayectoria.

A través de los años, no sólo los directores de la CNP sino también los empleados han colaborado con la obra nazarena hispana en general, tanto en Kansas City como en otras ciudades de Estados Unidos. Ya se mencionó al primer director y fundador, a su sucesor inmediato, el Dr. Sergio Franco. A éste le sucedió en el cargo el Rdo. José Pacheco, en 1991, quien llegó desde la Ciudad de México a ministrar en la literatura en 1973.

El Rdo. José Pacheco ha contribuido al ministerio de la obra hispana en Estados Unidos en diversas capacidades: pastor interino, orador en campamentos y eventos de la denominación, educador, escritor y, desde principios de los años 1990 hasta 2005, como presidente electo del Comité de Estrategia Hispana Para Estados Unidos y Canadá. Al presente, ya jubilado, sigue colaborando

como editor general de la literatura hispana en la oficina de Ministerios Hispanos USA-Canadá, como director de su empresa publicadora RED, Grupo Editorial, y en proyectos de la oficina de Capacitación Continua para Laicos, del departamento de Ministerios Internacionales de Escuela Dominical y Discipulado.

Conclusión

A través de esta reseña histórica podemos aprender y reflexionar que la misión de Dios se lleva adelante por medio de mujeres y hombres dispuestos a establecer el reino de Dios en sus comunidades en el cumplimiento de la Gran Comisión. Un nuevo paradigma misionológico surge con la pastoral entre los hispanos. El ministro de una iglesia local se convierte en misionero en su acompañamiento pastoral con la diversidad cultural y racial de los hispano-latinos y de otros grupos. El pastor de origen uruguayo ministra a hondureños, salvadoreños, puertorriqueños, mexicanos, colombianos, anglosajones, nicaragüenses y otros.

En la celebración del Congreso Nacional de Pastores, en 2002, se adoptó el lema “Un Nuevo Día” para los ministerios hispano-latinos. Las proyecciones son inspiradoras frente a las oportunidades de la Iglesia del Nazareno Hispana para cumplir con la misión del reino en la evangelización de los hispano-latinos (Jerusalén), a las otras culturas de los Estados Unidos y Canadá (Judea), colaborar con la evangelización en Latinoamérica (Samaria) y enviando misioneros hasta lo último de la tierra. Dios es Señor de la historia y de su iglesia. □

—Roberto Hodgson, D.Min.

El doctor Hodgson, de origen nicaragüense, es el Director de Ministerios Hispánicos de la Iglesia del Nazareno para los Estados Unidos y Canadá. Ha desarrollado su ministerio entre la población hispano-latina tanto a nivel local (pastor) como distrital (coordinador) en Washington, D.C. Con posterioridad a estos ministerios, fue invitado a asumir la responsabilidad que actualmente tiene de apoyar el inicio, desarrollo y consolidación de los ministerios hispanos en todo Norteamérica. En adición a esta función, recientemente, ha sido nombrado como Superintendente del Distrito Suroccidental Latinoamericano.

Referencias Bibliográficas

- ⁱ Datos tomados del documento sobre los “75 años formativos del distrito Occidental Latinoamericano”, escrito por el Rdo. Orlando Serrano, superintendente del distrito mencionado.
- ⁱⁱ En ese tiempo solamente había un distrito en el Sur de California, ahora hay tres: El Distrito de Los Ángeles, el Distrito de Anaheim y el Distrito del Sur de California. Además, el Distrito Occidental Latinoamericano cubre todo el estado de California y hace traslape con los otros distritos del estado.
- ⁱⁱⁱ Orlando Serrano, documento citado.
- ^{iv} Los datos fueron tomados de un documento presentado al Comité de Estrategia por el Rdo. Carlos Sol en 1997.
- ^v Serrano, documento citado.

Hispanic Churches of the Nazarene Canada and USA: 1999 to 2010

| Year | # of Churches* | Total Members | Avg. Worship Attn. | Total New Nazarenes | Total Disc. Attn. | Total Child Disc. Attn. | Total Youth | Total Adult Disc. Attn. | Total Church Income | Total Paid to District | Total Paid to Education | Total Paid to Global Interests |
|--------------|----------------|---------------|--------------------|---------------------|-------------------|-------------------------|-------------|-------------------------|----------------------|------------------------|-------------------------|--------------------------------|
| 1999 | 285 | 15,244 | 14,092 | 1,824 | 12,363 | 4,181 | 2,274 | 5,908 | 8,143,089 | 342,977 | 102,739 | 486,427 |
| 2000 | 300 | 16,416 | 15,268 | 2,194 | 13,322 | 4,657 | 2,433 | 6,232 | 9,012,373 | 410,146 | 122,245 | 636,646 |
| 2001 | 311 | 17,539 | 16,322 | 1,997 | 13,174 | 4,477 | 2,652 | 6,045 | 9,757,530 | 421,460 | 124,872 | 545,377 |
| 2002 | 337 | 18,289 | 17,658 | 2,482 | 14,462 | 4,819 | 2,912 | 6,731 | 10,168,078 | 462,145 | 123,092 | 585,896 |
| 2003 | 377 | 19,730 | 19,248 | 2,777 | 15,682 | 5,204 | 3,128 | 7,350 | 11,527,384 | 479,884 | 171,413 | 613,807 |
| 2004 | 413 | 21,316 | 20,630 | 3,038 | 16,319 | 5,443 | 3,025 | 7,851 | 12,597,959 | 491,494 | 162,624 | 621,502 |
| 2005 | 436 | 23,344 | 21,844 | 3,463 | 17,597 | 5,715 | 3,384 | 8,498 | 14,377,821 | 567,209 | 154,043 | 706,744 |
| 2006 | 441 | 25,983 | 22,864 | 3,672 | 18,325 | 5,707 | 3,748 | 8,870 | 15,965,671 | 733,211 | 208,189 | 932,161 |
| 2007 | 432 | 27,587 | 24,281 | 3,994 | 19,168 | 6,055 | 3,784 | 9,329 | 17,780,173 | 722,991 | 214,567 | 939,135 |
| 2008 | 459 | 28,824 | 26,312 | 4,369 | 19,914 | 6,094 | 4,030 | 9,790 | 18,381,026 | 1,043,078 | 207,692 | 900,916 |
| 2009 | 477 | 30,167 | 27,884 | 4,443 | 20,943 | 6,516 | 4,166 | 10,261 | 18,768,326 | 784,905 | 200,104 | 948,371 |
| 2010 | 473 | 32,482 | 29,261 | 4,592 | 24,632 | 6,941 | 4,971 | 12,720 | 19,140,309 | 719,519 | 209,010 | 894,317 |
| Total | | | | 38,845 | | | | | \$165,619,739 | \$7,179,019 | \$2,000,590 | \$8,811,299 |

| Year | # of Churches* | % Change in Members | % Change in Worship Attn. | New Nazarenes per Church | Disc. Attn. As a % of Worship | Child Disc. Attn. As a % of Total | Youth Disc. Attn. As a % of Total | Adult Disc. Attn. As a % of Total | % Change in Total Church Income | % of Raised Paid to District | % of Raised Paid to Education | % of Raised Paid to Global Interests |
|------|----------------|---------------------|---------------------------|--------------------------|-------------------------------|-----------------------------------|-----------------------------------|-----------------------------------|---------------------------------|------------------------------|-------------------------------|--------------------------------------|
| 1999 | 285 | | | 6.4 | 87.7% | 33.8% | 18.4% | 47.8% | | 4.2% | 1.3% | 6.0% |
| 2000 | 300 | 7.7% | 8.3% | 7.3 | 87.3% | 35.0% | 18.3% | 46.8% | 10.7% | 4.6% | 1.4% | 7.1% |
| 2001 | 311 | 6.8% | 6.9% | 6.4 | 80.7% | 34.0% | 20.1% | 45.9% | 8.3% | 4.3% | 1.3% | 5.6% |
| 2002 | 337 | 4.3% | 8.2% | 7.4 | 81.9% | 33.3% | 20.1% | 46.5% | 4.2% | 4.5% | 1.2% | 5.8% |
| 2003 | 377 | 7.9% | 9.0% | 7.4 | 81.5% | 33.2% | 19.9% | 46.9% | 13.4% | 4.2% | 1.5% | 5.3% |
| 2004 | 413 | 8.0% | 7.2% | 7.4 | 79.1% | 33.4% | 18.5% | 48.1% | 9.3% | 3.9% | 1.3% | 4.9% |
| 2005 | 436 | 9.5% | 5.9% | 7.9 | 80.6% | 32.5% | 19.2% | 48.3% | 14.1% | 3.9% | 1.1% | 4.9% |
| 2006 | 441 | 11.3% | 4.7% | 8.3 | 80.1% | 31.1% | 20.5% | 48.4% | 11.0% | 4.6% | 1.3% | 5.8% |
| 2007 | 432 | 6.2% | 6.2% | 9.2 | 78.9% | 31.6% | 19.7% | 48.7% | 11.4% | 4.1% | 1.2% | 5.3% |
| 2008 | 459 | 4.5% | 8.4% | 9.5 | 75.7% | 30.6% | 20.2% | 49.2% | 3.4% | 5.7% | 1.1% | 4.9% |
| 2009 | 477 | 4.7% | 6.0% | 9.3 | 75.1% | 31.1% | 19.9% | 49.0% | 2.1% | 4.2% | 1.1% | 5.1% |
| 2010 | 473 | 7.7% | 4.9% | 9.7 | 84.2% | 28.2% | 20.2% | 51.6% | 2.0% | 3.8% | 1.1% | 4.7% |

EL PASADO DE LA IGLESIA DEL NAZARENO EN IBEROAMÉRICA: HERENCIA Y GESTA AUTÓCTONA

Wilfredo Canales

Resumen

El autor se esfuerza por delinear el perfil de las labores que corresponden al período inicial de la Iglesia del Nazareno en Iberoamérica. A partir de un vistazo general de lo que se denomina la herencia eclesiástica, fruto del esfuerzo misionero pionero, se hace un análisis introductorio a la gesta autóctona, es decir, al esfuerzo de expansión y consolidación de la iglesia, a cargo, nominalmente en muchos casos, del liderazgo nacional que fue surgiendo de las iglesias y distritos iberoamericanos, con sus propios desafíos y tensiones.

Palabras Clave

Herencia, gesta autóctona, criterio misionológico, criterio organizativo, criterio teológico, discípulo, miembro, contexto.

Introducción

Dedicar un tiempo, aunque sea limitado, a hacer un repaso histórico del peregrinaje de nuestra iglesia en tierras latinoamericanas, ha sido un gran acierto de los organizadores de esta primera conferencia teológica nazarena...

No podemos pretender hacer una adecuada reflexión teológica y, menos, diseñar una adecuada estrategia de misión, olvidándonos de dar una mirada retrospectiva al camino recorrido.

Leyendo las reseñas de quienes han intentado darnos una aproximación panorámica de la presencia y desarrollo de la Iglesia del Nazareno en

los diferentes países de Latinoamérica y Estados Unidos y Canadá, nos damos cuenta de que hay mucho camino por recorrer en el esfuerzo por estructurar o sistematizar ese recorrido o peregrinaje. Es evidente, en la gran mayoría de los ensayos, que los escritores han debido lidiar con serias limitaciones: escasez de fuentes interpretativas, disparidad en el aprestamiento para el uso de herramientas historiográficas (fuentes documentales oficiales, publicaciones ocasionales, historia oral, etc.) donde han estado al alcance, ausencia de un marco referencial amplio para inscribir lo local, distrital y/o nacional en el espectro de la iglesia como un cuerpo.

Lo más difícil y doloroso para reconocer, como resultado de esta primera mirada retrospectiva general de nuestro peregrinaje, es encontrarnos con

una iglesia que, en la mayoría de los casos, no ha estado escuchando la voz del pasado. O, en el mejor de los casos, solo ha escuchado una voz monocorde, pragmática, no evaluativa, lo que no ha posibilitado una toma de conciencia apropiada de la vida de la iglesia misma.

El Rdo. Leonel López, Superintendente Distrital de Cuba, ha afirmado: “*Los nazarenos cubanos hemos navegado en el mar del olvido, con respecto a nuestra propia historia*, la que ha sido acompañada de una continua manifestación de la gracia de Dios en más de medio siglo de existencia en nuestra patria... sirviendo de instrumento para el adelanto del reinado de Dios en la tierra”ⁱ. Estas palabras del Rdo. López, revelan una situación que no es “patrimonio” solo de los nazarenos cubanos, ha sido una constante de los nazarenos en toda Iberoamérica. Y es que, no hacer memoria, equivale a vivir sin perspectiva, sumergidos en una actitud “ahorista”, privándonos de hacer los ajustes necesarios para un ministerio más relevante a la circunstancia presente que se quiere ministrar.

Raúl Serradell, escribiendo el prólogo de una importante obra sobre la historia de la iglesia cristiana, ha señalado: “La memoria es un elemento esencial en la formación de la identidad colectiva. La falta o la pérdida de ella pueden producir graves perturbaciones en la identidad de una comunidad, de un pueblo o de una nación. Pero la memoria colectiva no es solamente una conquista es también un instrumento y un objeto de poder. Con su relato de la memoria del pueblo de Dios, el autor ha hecho del quehacer histórico un genuino ejercicio de ‘organización del pasado en función de las exigencias del presente’ (Lucien Febvre), pues ha elaborado una herramienta que nos permite reconstruir la memoria sobre las raíces de nuestra identidad.”ⁱⁱ

Necesitamos, con urgencia, hacer memoria. Pero, no una memoria como simple reseña cronológica o frío ejercicio académico, sino una memoria crítica que nos permita evaluar nuestra trayectoria como iglesia sin temor, pero con una pasión comprometida con el propósito de Dios. Necesitamos hacer memoria porque anhelamos redescubrir o rearticular nuestro sentido de identidad, de manera que podamos ministrar en el contexto presente con la esperanza de legar una mejor herencia a las generaciones venideras.ⁱⁱⁱ

La necesidad de una mirada histórica crítica no es sólo un desafío para los nazarenos. Lo es para todo el protestantismo latinoamericano. José Míguez Bonino, enfatizando el imperativo de hacer un trabajo histórico serio de la iglesia protestante en nuestro continente, escribió hace unos años: “El protestantismo latinoamericano necesita desesperadamente esa carta (historia), esa herencia. Y la necesita especialmente en esta hora de crecimiento acelerado, de renovación y fervor religioso, en un mundo al que parecen haber ‘regresado’ todos los dioses. Es preciso que, en esta hora, sepamos vincular memoria y destino, recuerdo y esperanza, pasado y proyecto”.^{iv}

Lo anterior nos plantea un reto: necesitamos poner más atención a nuestra historia. Necesitamos hacer un trabajo histórico serio, equilibrado, comprometido con la causa del evangelio que nuestra iglesia declara servir. Esta conferencia ha dado un paso importante, aunque modesto, que nos permite reconocer que, el camino por recorrer (articular nuestras memorias) es largo, pero hay que transitarlo porque lo necesitamos urgentemente.

Herencia y Gesta Autóctona

Hemos hecho referencia, en otros ensayos, a aquello que consideramos nuestra herencia fun-

dacional^v. Normalmente, cuando hemos hablado de la herencia recibida, hemos aludido a ese conjunto de ideales y convicciones declarados por aquellos hermanos que dieron los pasos iniciales para la siembra de la Iglesia del Nazareno en nuestras tierras. No pasamos por alto el hecho de que, entre los ideales declarados y lo realmente forjado, hay una distancia y, hasta una diferencia. Sin embargo, esos ideales y convicciones, como legado o herencia, siguen siendo válidos en el sentido de que nos permiten evaluar el trabajo realizado y la fidelidad o no a los ideales compartidos.

En el específico proceso de plantar la iglesia en América Latina, esos ideales y convicciones fueron encarnándose en estilos particulares de acción, que han dado el carácter a nuestra denominación en los diferentes países donde ministramos al presente. Es evidente que este proceso no se dio de manera estandarizada. Por un lado, el trasfondo de los primeros misioneros no fue homogéneo, no sólo en lo que se refiere a la zona de los EE.UU. de donde procedían^{vi} sino, también, a los antecedentes de los grupos de los que habían sido parte, algunos misioneros pioneros, antes de ser nazarenos.^{vii} Por otro lado, las condiciones sociales, políticas, económicas, culturales y religiosas de los países latinoamericanos, tampoco fueron homogéneas y, por lo tanto, la inserción de la iglesia en las respectivas sociedades no se dio de la misma forma.

Consideramos importante honrar la memoria de los pioneros (misioneros y nacionales) que, sin otro aliciente que su mística comprometida con la causa del Reino de Dios, dieron los primeros pasos en estas tierras sembrando la iglesia de la que ahora somos parte. Sin ser exhaustivos en la mención, y sólo con el deseo de, en ellos, honrar a todos los de esa generación, queremos recordar a: Leona Gardner (1902) en Cuba; Richard S.

Anderson (1904) y Mardoqueo Paz en Guatemala; Roger Winans (1914), Espiridión Julca y Baltazar Rubio en Perú; Francisco y Lula H. Ferguson, Carlos y Catalina Miller (1914), y Lucía García de Costa en Argentina; S. M. Stafford (1908) y V. G. Santín en México. En estas personas, rendimos tributo a todos los que, nominal o anónimamente sirvieron al Señor en el establecimiento de nuestra iglesia en suelo latinoamericano. Ministros ordenados y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, personas sencillas y otros con cierta preparación profesional, todos contribuyeron para que la joven Iglesia del Nazareno fuera haciéndose un espacio en el contexto de las iglesias evangélicas que deseaban proclamar el evangelio en esta parte del mundo. El período correspondiente al trabajo pionero, los primeros veinte años, es un reto para los historiadores nazarenos latinoamericanos que debe ser atendido con seriedad e integridad.

Por la limitación de espacio, en esta oportunidad, queremos hacer un esbozo de exploración en torno a lo que, los organizadores de esta conferencia, han denominado la *gesta autóctona*. Decimos que es un “esbozo de exploración” por su carácter preliminar y porque reconocemos que, este esfuerzo interpretativo, debe ser un trabajo de equipo. Lo que vamos a compartir, son los primeros apuntes de un trabajo que requiere profundización y ampliación. No obstante, consideramos que, las percepciones generales compartidas por los autores de los ensayos acerca de los países iberoamericanos donde nuestra iglesia ministra^{viii}, y nuestras propias percepciones y primeras indagaciones, fruto del ministerio misionero y docente en las tres regiones de nuestra iglesia en América Latina, nos brindan la perspectiva básica para aproximarnos a este intento. Abordaremos nuestra aproximación a la luz de tres criterios de evaluación: el criterio mi-

sionológico, el criterio organizativo y el criterio teológico.

Criterio misionológico

No necesitamos argumentar demasiado para reconocer que la Iglesia del Nazareno no surgió como un proyecto religioso advenedizo y pasajero. Desde sus inicios, nuestra iglesia asume su rol en el contexto de la misión de Dios en medio de la historia. En un documento que se ha convertido en marco referencial clave para nuestra iglesia al iniciarse el presente milenio, la Junta de Superintendentes Generales reafirmaba que: “Nuestra iglesia se fundó para transformar al mundo diseminando la santidad bíblica. Somos una iglesia de la Gran Comisión y de santidad al mismo tiempo. *Nuestra misión es hacer discípulos en todas las naciones, a semejanza de Cristo*”.^{ix}

Esta declaración con ser básica, fundamental^x no siempre ha constituido el terreno sobre el cual hemos realizado nuestra labor como iglesia. Misionológicamente, la gesta autóctona de los nazarenos latinoamericanos se percibe debilitada o en déficit. Es más, en algunos lugares hemos tenido retrocesos significativos. Como muy bien lo señala Evelio Vásquez, “Los primeros misioneros y pastores peruanos, tal vez no utilizaron el lenguaje de *misión integral* que se propone a la iglesia de nuestros días, pero desde los albores de la Iglesia del Nazareno en el Perú, se predicó un evangelio integral”^{xi}. Esta aseveración, curiosamente, es verdad para la mayoría de los casos en el período inicial o pionero de establecimiento de la iglesia^{xii}, más no ha ocurrido así en los esfuerzos posteriores y, menos aún podemos decir, que describe a la generalidad del ministerio actual de nuestra iglesia en el mundo hispano.^{xiii}

Algo pasó en la gesta autóctona nazarena latinoamericana que nos llevó, no sólo a no preservar

ese enfoque inicial de ministerio (embrionario) sino, además, a no ampliar esa perspectiva en un contexto como el de nuestro continente, tan deteriorado y tan urgido de testimonios de transformación integral. Por supuesto, la dilución de esa perspectiva misionológica básica no se dio de manera automática. En el camino, si bien es cierto se ha mantenido, a nivel declarativo, la identificación con los postulados fundacionales y pioneros de la iglesia, lo cierto es que, las prioridades ministeriales de la misma, se han estado enfocando en otras direcciones. En este proceso, elementos cruciales del marco misionológico han sido diluidos y, como consecuencia, la ambigüedad se tendió como manto sobre la naturaleza y misión de la iglesia distorsionando perfiles que debían ser nítidos para todos.

La declaración de la Junta de Superintendentes Generales recordaba que “*nuestra misión es hacer discípulos en todas las naciones, a semejanza de Cristo*”, nada más que eso, pero nada menos, tampoco. Sin embargo, en la acción cotidiana de la mayoría de nuestras congregaciones, desde hace buen tiempo, el *hacer discípulos* ha devenido en *hacer miembros*, a semejanza de los miembros más antiguos en el gremio. La *organización de una iglesia*, es definida desde un enfoque predominantemente administrativo (número de personas, nombramiento de una junta, etc.), cuya *identidad* ha estado ligada a símbolos formales como el estilo litúrgico, el lenguaje denominacional, los eventos característicos (sesión anual, asamblea de distrito, etc.), más que desde un enfoque bíblico (una comunidad de fe que expresa el Señorío de Jesucristo) y cuya *identidad* se manifiesta en un estilo de vida marcado por los valores esenciales del Reino^{xiv}, que se encarnan en la radicalidad de un compromiso con el propósito eterno de Dios en el contexto específico de nuestras culturas.

Este sesgo eclesiológico fue acentuado por una opción *estratégica* (voluntaria o circunstancial, tendrá que discutirse más adelante) que dio cierta estabilidad al modelo. Nuestra iglesia en América Latina echó raíces, mayormente, en lugares periféricos. Es decir, a nivel nacional, privilegió el interior antes que la capital de los países; se extendió con más facilidad en los sectores rurales antes que en los urbanos. Cuando llegó a estos últimos, lo hizo “siguiendo el rastro” a los nazarenos rurales que se trasladaban a la ciudad y, muchos de ellos, aún en la ciudad, se ubicaban en sectores periféricos y conservaron la forma rural de “hacer iglesia”. Nuestra gesta autóctona no ha logrado revertir este enfoque. Con muy contadas excepciones^{xv}, todavía no hemos desarrollado propuestas significativas de ministerio integral, para los diferentes contextos urbanos en los que ya estamos presentes de manera modesta. Esto influyó, también, la *pastoral* de nuestra iglesia que, en la mayoría de los casos y durante mucho tiempo, se tornó defensiva y de protección, evitando o minimizando el contacto y/o la colaboración con las otras iglesias evangélicas. Peor aún, en ciertas circunstancias, este enfoque de pastoral derivó en actitudes de competencia, midiendo nuestros “resultados” en comparación con lo que lograban otras iglesias.

Los cambios que se han producido en las diferentes etapas de la vida de nuestra iglesia en el continente, no han sido cambios de fondo. Más bien, han sido ajustes en los métodos (cuestiones prácticas), sin cambiar la perspectiva misionológica básica que ha permanecido vigente todo este tiempo.

En una atmósfera de fragilidad misionológica como el descrito, podemos entender por qué enfrentamos hoy tantas dificultades para preservar la “identidad nazarena” frente a las influencias de los diversos movimientos que se están dando en

el contexto religioso contemporáneo^{xvi} y que, de una manera u otra, han llegado hasta nuestras congregaciones.

Criterio Organizativo

Desde el punto de vista organizacional, declaramos que, como denominación, al momento de nuestra fundación y en las primeras etapas de consolidación, optamos por un paradigma que nos mantuviera equidistantes del episcopalismo y del congregacionalismo. Esto implicaba que, en todas las instancias decisionales de la iglesia, debía darse una participación genuinamente representativa y no sólo decorativa, en plano de igualdad, de laicos y ministros ordenados. Esto, en el entendido de que ambos grupos forman la iglesia y es, por medio de ella, más en sus consensos que en sus disensos, que el Señor se manifiesta para ir guiando a su pueblo en la línea de su propósito específico para una circunstancia específica.

La observación más elemental nos dice que, en la práctica, nuestra gesta autóctona asumió y reprodujo los *procedimientos* de una estructura organizativa^{xvii}, pero no los *principios* que les daban sustento a la misma. Ha abrigado con calor los *programas* (defendiendo ardorosamente esquemas por sí solos), pero no ha logrado desarrollar los *ministerios* a los que esos programas deben servir.^{xviii}

Para complicar el panorama, debemos señalar otro aspecto clave. El diseño organizacional de nuestra iglesia, fue tomado de un contexto social marcado por los valores políticos de la democracia moderna (expresada en roles de representatividad). La forjación de la misma iglesia en América Latina, debió enfrentar el desafío de un contexto donde, todavía, prevalecían los valores del cacicazgo, del patronazgo y, en contextos de

populismo, del caudillismo, en la estructura sociopolítica. Los valores de estos esquemas se mimetizaron o camuflaron en los procedimientos formales de la democracia representativa, lo cual les permitía seguir manteniendo los privilegios del poder. Al heredarse, en el contexto de nuestra iglesia, una estructura organizativa que, además de sus valores declarados, fue acompañada de un estilo propio de “hacer las cosas”^{xix}, la gesta autóctona, en la mayoría de los casos, siguió el paradigma modelado por la práctica, en lugar de hacer el ajuste y acercarse más al paradigma declarado en los valores organizacionales de nuestra iglesia. Para la mayoría de los líderes (nos referimos aquí a los superintendentes de distrito) que tuvieron que asumir en el período de la transición del liderazgo misionero al nacional, su rol fue definido en términos de perpetuar las formas y no los valores organizacionales^{xx}.

A medida que ha ido pasando el tiempo, esta situación, en vez de enmendarse, se ha ido complicando al punto de que, en muchos lugares, se percibe que los diferentes niveles de nuestra organización eclesial parecieran transitar terrenos autárquicos. Para muestra, un botón: en una primera etapa, a nivel local, se dio el acatamiento de las directrices del liderazgo distrital; en una segunda etapa, las iglesias locales empezaron a mostrar cierta resistencia ante directrices distritales que, obviamente, no las habían tomado en cuenta al momento de ser diseñadas (esas directrices); hoy, se puede notar una marcada tendencia, por parte de las iglesias locales, a ignorar la relevancia y ascendencia del liderazgo distrital en varios aspectos del quehacer eclesial.

Criterio Teológico

El *criterio teológico* alude a la dimensión reflexiva de la vida de iglesia. Es decir, a esa capacidad

que tiene o debe tener la iglesia para pensar acerca de su rol en el contexto en el que se está forjando, para asimilar y rearticular el mensaje que debe proclamar, teniendo en cuenta el legado recibido, su propio acercamiento a la Palabra de Dios y su particular peregrinaje en medio de caminos que plantean desafíos muy diferentes a los que debió afrontar la iglesia madre.

En el documento que hemos aludido antes, la Junta de Superintendentes Generales declara: “La Iglesia del Nazareno nació en los albores del siglo XX” P.F. Bresee y otros líderes estaban profundamente convencidos de que Dios los había unido con el definido propósito de proclamar, a la iglesia y al mundo, el evangelio de Jesucristo en la *tradición wesleyana de santidad*.^{xxi} Este carácter particular del evangelio está definido en el documento bajo el apartado de “Somos un Pueblo de Santidad”.^{xxii}

Los pioneros de nuestra iglesia cumplieron muy bien su rol al transmitirnos, a la luz de su conocimiento y experiencia, lo que para ellos implicó este mensaje. Nuestros primeros pastores y laicos hicieron bien en abrazar este mensaje, con pasión, llevándolo por doquier. Sin embargo, la gesta autóctona, otra vez, quedó corta. Con el paso de los años, en vez de producirse un proceso de *maduración teológica*, que hubiera permitido a la iglesia toda (ministros ordenados y laicos), descubrir las implicaciones de este mensaje a la luz de las nuevas circunstancias, más bien, se dio un proceso de *fijación doctrinal* que no incentivó el esfuerzo por actualizar la comprensión del mensaje bíblico de santidad y sus demandas en el contexto latinoamericano.

Teológicamente, se optó por una *actitud repetitiva* más que *reflexiva*. En ese sentido, por ejemplo, en lo que concierne al desafío bíblico de una vida

santa, se reprodujeron, en la enseñanza y predicación, más las categorías de la teología sistemática nazarena^{xxiii}, que las de una teología bíblica que hubiera reflejado más el carácter wesleyano de nuestra teología. Por otro lado, esta actitud repetitiva, llevó a definir la *fidelidad teológica*, en términos de repetir exactamente lo que nuestros textos oficiales de teología sistemática decían, en vez de evaluar esa fidelidad en conexión con la verdad de la Palabra, interpretada en el marco de nuestra propia circunstancia de ministerio.

Este criterio de evaluación incluye a la educación teológica nazarena, especialmente la que se ha provisto por medio de institutos y seminarios. Independientemente de las épocas y de los diseños programáticos^{xxiv}, en su carácter, nuestra educación teológica ha sido, mayormente, reproductora más que transformadora. Los esfuerzos por introducir innovaciones y profundidad en el quehacer educativo teológico, aún con ser modestos, han enfrentado el desafío del pragmatismo que, a la larga, ha ahogado los anhelos por forjar espacios para la reflexión responsable, que permita a la iglesia ministrar con profundidad en medio de un mundo cada más desafiante.

En descargo de la gesta autóctona latinoamericana, y para atenuar la fuerza de esta carencia en la reflexión teológica, hay que señalar los limitados recursos con los que han contado los nazarenos hispanos. No obstante ser uno de los grupos idiomáticos más importantes, después del inglés, la literatura nazarena ha sido deficitaria en la provisión de materia prima para la reflexión seria. Nos identificamos como una iglesia de santidad heredera de la enseñanza wesleyana. Sin embargo, lo que hemos tenido de Wesley, en español, ha sido ínfimo.^{xxv} Por otro lado, los hispanos que están comprometidos con la reflexión teológica seria, pero no tienen acceso al idioma

inglés, no han podido seguir el ritmo de las propuestas teológicas que se han estado haciendo en el contexto anglosajón de nuestra iglesia.^{xxvi} Confiamos que, con los nuevos recursos a disposición, nuestra reflexión se enriquezca y se refleje en el ministerio de la iglesia.

Conclusión

El panorama de nuestra gesta autóctona, brevemente explorado, nos plantea claros desafíos a los nazarenos latinoamericanos.

1. Necesitamos recuperar para nuestra iglesia, una *perspectiva misionológica* que sea más fiel al mandato de Jesucristo (Mateo 28). Como iglesia, no existimos para servir de pedestal a famas pasajeras, nuestra razón de ser es servir a Jesucristo. Y, según su mandato, debemos forjar discípulos que tengan la semejanza de Él. A la luz de esto, el discipulado deja de ser una “tarea” aliada del “evangelismo”, como normalmente se le concibe, y pasa a ser el objetivo de la vida y misión de la iglesia. Otra será nuestra historia cuando, en nuestras sesiones anuales y asambleas de distrito, en vez de informar cuántos nuevos “miembros hemos ganado” celebremos cuán mejores discípulos somos y cómo nuestro testimonio, como pueblo de Dios, está siendo usado por Él para “agregar a los que habían de ser salvos”. Este cambio de perspectiva hará que la evangelización sea asumida, en su integridad, por la iglesia local y sea evaluada a la luz de la obediencia a Jesucristo.

2. Necesitamos redescubrir y revalorar los *principios* que dan soporte a nuestra estructura organizacional. A la par de esto, necesitamos revisar la consistencia y consecuencia de nuestro estilo de hacer lo que hacemos como iglesia, a todos los niveles. De nada nos sirve guardar las aparien-

cias organizacionales cuando los procesos decisorios no reflejan nuestros valores. Nuestra cultura organizacional también debe reflejar que somos una iglesia santa o que, por lo menos, pretende serlo. Esto implicará un proceso de re-entrenamiento a todo nivel de nuestro liderazgo para encarnar esos valores que fueron parte del proyecto original de nuestra denominación.

3. La Iglesia del Nazareno requiere, urgentemente, iluminar su acción con más reflexión y, al mismo tiempo, nutrir su reflexión con los desafíos que provienen de su acción. Desde la Escritura se nos señala que la *teología* no es un adorno ni un pasatiempo en la vida de la iglesia. Más bien, la *teología* es hija de la *misión*. Previa a la reflexión, está la obediencia, fruto de la reflexión debe ser el compromiso con el Señor y su Reino. La reflexión de la Palabra, bajo la guía del Espíritu, no sólo en nuestras instituciones de educación teológica sino en la vida cotidiana de nuestra iglesia, en todos sus niveles, debe llevarnos a una renovación profunda que nos impulse a la conquista de nuestro mundo. Nuestra iglesia necesita, como los discípulos camino a Emaús, que al reflexionar la Palabra de la mano del Resucitado, nuestro corazón arda y nos impulse frente a todo y contra todo, a volver a aquellos lugares (como Jerusalén) que habiendo significado fracaso y vergüenza, sean transformados por el mensaje de esperanza y restauración plena, que sólo el poder de Dios hace posible.

Por lo tanto, nuestra reflexión no debe quedar prisionera ni del pragmatismo y menos del quietismo. Ambas prisiones rebajan a nuestra iglesia. El Señor nos ha convocado para algo más grande que eso (1 P. 2:9). □

—Rdo. Wilfredo Canales,
B.T., Lic. T., M. Ed.

El presbítero Canales, peruano, es Presidente del Centro de Estudios Pastorales, CEP (Chicago), Consultor en Educación Teológica y Profesor Asociado de Olivet Nazarene University (Bourbonnais, IL)

Referencias bibliográficas

- i Leonel López. “Una reseña histórica de la Iglesia del Nazareno Cubana”. Ponencia inédita. 1ª. Conferencia Teológica Nazarena Iberoamericana. Octubre 2004, p.1, cursivas nuestras.
- ii En: Juan Driver. *La Fe en la Periferia de la Historia: una historia del pueblo cristiano desde la perspectiva de los movimientos de restauración y reforma radical* (Guatemala: Ediciones Semilla, 1997), p.17.
- iii Este señalamiento lo hemos hecho en anteriores oportunidades. Véase: Wilfredo Canales. “Transmitiendo la Herencia”, en Revista *Ministerio*, Kansas City, No. 1, Vol. VI, 1992. También, Wilfredo Canales, “Recibiendo un Legado”, Ponencia Inédita, Conferencia Global Nazarena de Teología, Guatemala, 2002.
- iv “Carta a los jóvenes historiadores del protestantismo latinoamericano”, en Revista Electrónica *Espacio de Diálogo*, (FTL-México), No. 1, Septiembre-Diciembre 2004, pp. 1-2.
- v Ver nota (iii).
- vi Esto es importante recalcar por el hecho de que, la Iglesia del Nazareno en los EE.UU., desde sus inicios, enfrentó el dilema respecto al grado de normativa que debía tenerse para orientar la vida de los miembros. Las discusiones tenían como trasfondo si las “propuestas” provenían de grupos del este o del oeste, del norte o del sur, del país. Por supuesto, no está demás decir que, dependiendo de la procedencia de las propuestas, éstas se calificaban como “conservadoras” o “liberales” por los grupos respectivos. Para mayores detalles, véase: Timothy Smith. *La Historia de los Nazarenos: los años formativos* (Kansas City: CNP, s/f).
- vii Es interesante resaltar que, en lo que concierne al comienzo de nuestra iglesia en América Latina, en algunos países, los nazarenos llegamos antes de ser nazarenos. Ver referencias al respecto en los ensayos de Richard Faúndez, Ignacio Malca y Evelio Vásquez, en lo relacionado al trabajo pionero en Chile, Argentina y Perú, respectivamente.
- viii Los trabajos han estado disponibles para todos los participantes de esta conferencia en la página web del Seminario Nazareno de las Américas: www.sendas.ws
- ix *Una Fe Viva: Las creencias de los Nazarenos* (Kansas City: CNP, 2001), p.1. Las cursivas son nuestras.
- x Aunque hay cierto sesgo en el lenguaje que, a nuestro criterio, debe ser pulido en aras de una aprehensión bíblico-teológica más clara. Por ejemplo, cuando se declara que somos una iglesia “de la Gran Comisión y de *santidad*” (cursivas nuestras), se desliza la idea de que lo segundo no está implícito en lo primero, lo que, a la luz de la Escritura no es correcto.

- xi “Herencia y Gesta Autóctona de la Iglesia del Nazareno en el Perú”, p.3.
- xii No es casualidad que, en las obras más antiguas de nuestra iglesia en América Latina, se encuentren menciones a esfuerzos educativos (escuelas primarias, mayormente) y pequeños dispensarios médicos como medios para servir a la gente en el nombre de Jesucristo.
- xiii Por supuesto, no desconocemos los esfuerzos de algunas congregaciones y distritos que han desarrollado un enfoque amplio de su ministerio. El señalamiento lo hacemos en función de la gran mayoría de congregaciones que, no solamente carecen de ministerios desarrollados en un marco de misión integral, sino que ni siquiera definen una marco misionológico para lo que hacen.
- xiv Para Zacarías, el padre de Juan el Bautista, estos valores esenciales son “santidad y justicia” (Luc. 1:74,75). Para el Señor Jesús, “santidad, justicia y amor” (Mt. 5-7).
- xv Como la de la Iglesia del Nazareno Central, en Campinas, (Sao Paulo, Brasil). Aun en este caso, se trata de una ciudad intermedia que está próxima a la urbe.
- xvi Es interesante notar las diversas perspectivas de análisis general que encontramos en los autores de los ensayos sobre la Iglesia del Nazareno en los diferentes países. Les recomendamos una lectura detallada de los mismos.
- xvii Estos procedimientos están fielmente reflejados en lo que llamamos el *Manual* de la Iglesia del Nazareno.
- xviii En muchas ocasiones y lugares, incluso, se ha hecho de la “defensa del *Manual*” (como frío procedimiento) la causa de la iglesia, cuando lo fundamental es defender y proteger los *principios* que están detrás de esos procedimientos. No en vano, cada cuatro años, nuestra Asamblea General ha aprobado ajustes, modificaciones, clarificaciones a estos procedimientos para que reflejen mejor los principios que hemos asumido como rectores.
- xix Debemos recordar que, en muchos lugares, los misioneros que tuvieron responsabilidades de liderazgo administrativo, en vez de encarnar valores nuevos, asumieron roles de “jefatura” o “patronazgo” con lo cual dificultaron la forjación de modelos más próximos a los valores que nuestra iglesia propugnó siempre.
- xx Aun cuando, estos líderes nacionales, no contaran con los mismos recursos que se adscribían al rol del misionero (especialmente, recursos económicos, símbolos de estatus, etc.). Hay un testimonio valioso respecto a la vivencia de esta etapa, que fue escrito por un recordado y amado colega, hoy en la presencia del Señor: Joaquín Lima. “El rol del Superintendente de Distrito Nacional”. 1ª. Conferencia Regional de Líderes de la Iglesia del Nazareno (Lima, 1983). Conferencia inédita.
- xxi *Ob. Cit.*, p.16. Cursivas nuestras.
- xxii *Ibid.*, p. 5.
- xxiii Al utilizar esta frase, no estamos sugiriendo que la teología sistemática de nuestra iglesia (en el contexto anglosajón) ha sido homogénea todo el tiempo. Reconocemos que la comprensión de las doctrinas cardinales en nuestra denominación es dinámica y, al interior de ella, se dan corrientes de interpretación que, en perspectiva, permiten ir actualizando nuestro mensaje para desafiar el mundo que nos toca ministrar. Para una visión histórica amplia de estas tensiones interpretativas, recomendamos: Mark R. Quanstrom. *A Century of Holiness Theology: The Doctrine of Entire Sanctification in the Church of the Nazarene 1905 to 2004* (Kansas City: Beacon Hill Press, 2004), 231 pp.
- xxiv Cuando se escriba la historia de nuestra educación teológica nazarena latinoamericana (institucional), seguramente se destacará el hecho de que, nuestra estrategia educativa ha sido muy fluctuante y que, además, hemos hecho constantes cambios sin realizar estudios serios respecto a lo que se implementó con anterioridad, su nivel de implementación, sus frutos, sus limitaciones, etc., para, a partir de ese análisis, construir mejor y de manera progresiva y no solo cancelatoria.
- xxv Hasta hace muy poco tiempo, lo único que teníamos de él, eran tres obras: Los dos tomos de *Sermones* y *La Perfección Cristiana*. Todos estos publicados por la Casa Nazarena de Publicaciones. Celebramos que, desde hace unos años, hemos empezado a tener los 14 tomos de las *Obras* de Wesley, en un esfuerzo conjunto de varias editoriales.
- xxvi Recomendamos, especialmente, los trabajos de Mildred Bangs Wynkoop, H. Ray Dunning y William M. Greathouse.

Reacción a

“LAS OLAS VIENEN... LOS NAZARENOS HISPANOS EN ESTADOS UNIDOS: PASADO”

(Sergio Franco)

José C. Rodríguez

1. ¡Excelente! Breve pero al punto. Soy miembro de la Iglesia del Nazareno desde 1947 y estoy conforme con lo escrito. El Dr. Franco ha sido fiel a la historia, personas, lugares, eventos, etc. Todo pastor y laico que ha venido a la iglesia después de 1992, debe leer y estudiar los principios de la obra hispana en los EE.UU. Tenemos generaciones nuevas de pastores y miembros que no conocen “los linderos antiguos que pusieron (nuestros) padres” (Proverbios 22.28). La iglesia hispana en sus principios era conservadora –de convicciones firmes–, de predicación de la santidad. La iglesia era respetada, separada del mundo, con celo evangelístico. Confiaba en el Espíritu Santo y no en las nuevas metodologías.

2. Es necesario ampliar la historia de la preparación ministerial. Hacer un estudio comparativo de lo que era entonces y de lo que es ahora, especialmente en el sentido de la calidad –producto final, convicción, predicación de la santidad, etc., “porque según es la predicación, así son los miembros”.

3. Se necesita un estudio acerca de:

(1) Cómo éramos,

(2) cómo somos, y

(3) cómo seremos, etc.

(4) Estamos ignorando nuestra herencia wesleyana. Al paso que vamos, llegará el tiempo cuando seremos nazarenos, pero no wesleyanos.

—Dr. José C. Rodríguez

El Dr. Rodríguez ha ejercido un importante ministerio en el campo de la preparación ministerial en la Iglesia del Nazareno. Fue Rector del recordado Seminario Nazareno Hispanoamericano, de San Antonio, Texas. Posteriormente, ha estado vinculado a varios esfuerzos de educación teológica nazarena, tanto en los Estados Unidos de América como en México. Como conferencista en eventos para pastores y laicos, sigue activo en varios esfuerzos docentes vinculados a la iglesia en sus diferentes niveles.

Reacción a

“Reseña General de la Historia de la Iglesia del Nazareno Hispana en Estados Unidos y Canadá”

(Roberto Hodgson)

Walter Rodríguez

Como bien lo establece el título de este trabajo, esta es una reseña, un resumen, un listado de acontecimientos relacionados por el tema que trata: el desarrollo de la obra hispana en Estados Unidos y Canadá. Hay un gran valor en tener alineados sobre la mesa un gran número de eventos para que, quienquiera que desee, pueda ir sacando sus propias conclusiones o descubriendo el proceso que han seguido estos eventos.

Tal como ocurre en cualquier relato histórico, el autor elige los acontecimientos que le parecen más relevantes, de acuerdo con el propósito que persigue al registrarlos. No son todos los eventos, ni todos los eventos importantes, y no creo que se pretenda tal cosa en este trabajo. Al ir leyendo esta serie de eventos, el lector cuidadoso, curioso e interesado irá levantando preguntas que, probablemente, el trabajo ha dejado sin responder o ha respondido en forma incompleta.

Es notable observar que las iglesias hispanas nacieron con la denominación, mejor dicho, con la primera Iglesia del Nazareno en Los Ángeles, California, aun antes que la denominación fuera tal. Es notable observar, también, que la obra hispana no ha seguido el mismo ritmo de crecimiento y tampoco el mismo nivel de desarrollo de la denominación. Se nota que, por un período de tiempo,

las así llamadas iglesias mexicanas se propagaron con gran velocidad. Luego pasaron por un tiempo de consolidación y estancamiento. Esta etapa tuvo sabor puertorriqueño en Nueva York y Nueva Inglaterra, y sabor cubano en el sur de la Florida. La lista de eventos nos cuenta que por la década de los años 80, y tal vez un poco antes, las iglesias hispanas volvieron a crecer. Esta vez los hispanos son de origen diverso. Esta etapa de la Iglesia del Nazareno en Estados Unidos y Canadá es multinacional. Esta iglesia plantea un ministerio absolutamente diferente, con necesidades producidas por la particular realidad que vive el inmigrante hispano hoy en los Estados Unidos, enfrentado a la discriminación racial y al odio xenofóbico. Al mismo tiempo, y en forma paradójica, la comunidad hispana sigue creciendo numéricamente, aumenta su poder económico, y se va transformando en un grupo con creciente poder político. ¿Cómo encara la Iglesia del Nazareno semejante desafío?

En cuanto al entrenamiento de ministros para esta creciente iglesia, se menciona brevemente al Seminario Nazareno Hispanoamericano de San Antonio, Texas. No se dice si existieron otros centros de entrenamiento pastoral en castellano en otras partes de la región. Para un trabajo posterior queda la pregunta: ¿Por qué se fundó San Antonio? ¿Cuál fue la visión para la inversión de

dinero, personal y trabajo en ese lugar? Cuando se menciona que se cerró la institución educativa en San Antonio, nos queda la pregunta: ¿Por qué? ¿Fracasó la institución en lograr los objetivos, o cumplir con la visión que la creó? ¿Qué motivó el cierre de esa casa de estudios? Otra serie de preguntas que provoca este acontecimiento son: Al cerrar San Antonio, ¿se proveyó otra forma u otra institución que pudiera llenar el vacío que esa institución dejaba? ¿Cuál fue el plan de la Iglesia del Nazareno, como denominación, para entrenar a los obreros que el desarrollo de esta obra necesitaba? ¿Cuál fue el resultado de la desaparición de este centro de entrenamiento? El impacto que seguramente produjo, ¿resultó en algo positivo, o no?

Creo que es necesario dar respuesta a estas preguntas. Si fue acertada la decisión es importante señalarlo objetivamente. Si fue una equivocación, es necesario asumir el hecho y aprender del mismo para no repetir los errores. Seguramente que hay un número de lecciones que podemos aprender de nuestra propia historia, lecciones que no debemos evitar.

Para la segunda etapa, el tema del entrenamiento ministerial es muy diferente, y la ponencia nos informa de una serie de programas que están en marcha en la región lo que, como bien lo dice el Dr. Hodgson, nos presenta proyecciones inspiradoras.

Otro asunto que se señala brevemente es el ministerio de la página impresa. Considerando la importancia que tiene para una organización el desarrollo y distribución de material de formación ideológica, sería bueno saber más acerca del desarrollo histórico de los materiales impresos en castellano. Entre los números que, se me ocurre, pueden revelar actitudes y políticas, está el proceso que siguieron las cantidades de fondos que la denominación destinó para este propósito.

Sería también muy interesante estudiar el surgimiento, desarrollo y declinación de los materiales impresos en castellano. Y lógicamente, ¿qué se está haciendo hoy en este tema?

A partir del hecho de que la Iglesia del Nazareno, desde su organización, ha mantenido un sistema de gobierno representativo, ¿cuál ha sido el acceso de las iglesias hispanas a las áreas de poder y decisión? ¿Cómo han contribuido los hispanos al desarrollo y perfeccionamiento de la Iglesia del Nazareno? ¿Qué clase de influencia han ejercido? ¿Cómo se vislumbra el futuro de los hispanos en la administración de la iglesia en Estados Unidos y Canadá?

Creo que la ponencia del Dr. Hodgson plantea un visión optimista de la obra hispana en la región. Debemos ser optimistas. Hemos sido llamados a hacer discípulos en todas y de todas las naciones. Sin embargo, no hablar de ciertos temas, no los resuelve. El papel de la iglesia hispana en Estados Unidos y Canadá, así como el de las demás iglesias étnicas, es funcionar como expertos asesores y trabajar para el mejoramiento de nuestra Iglesia. Las categorías sociológicas no deben tener cabida en la iglesia. La iglesia debe ser una, diversa, justa y santa en todo su estilo de vida, tanto a nivel personal como a nivel denominacional. Debemos trabajar para eso sin complejos ni prejuicios. □

—Walter Rodríguez, Lic. T., M.A.

El presbítero Rodríguez, uruguayo, ha servido en varias áreas de ministerio en la Iglesia del Nazareno. Fue Pastor y primer Superintendente de Distrito en Uruguay, Decano Académico del Seminario Bíblico Nazareno (hoy Seminario Teológico Nazareno del Cono Sur, Buenos Aires). Colaboró como redactor de libros y de la revista *Maná Ministerial* en la Casa Nazarena de Publicaciones, de Kansas City, Missouri. Actualmente, junto con su esposa Mabel, pastorean la Primera Iglesia del Nazareno en Ellicott City, MD, correspondiente a la Metro Baltimore Area del Mid Atlantic District.

Reacción a

“El Pasado de la Iglesia del Nazareno en Iberoamérica: Herencia y Gesta Autóctona” (Wilfredo Canales)

Walter Rodríguez

De acuerdo con el título, esta ponencia apunta a cubrir dos aspectos de la historia de la Iglesia del Nazareno en Iberoamérica: La herencia y el trabajo autóctono. Lo que el misionero pionero y los misioneros que siguieron con el desarrollo de la obra trajeron, incluyendo al trasfondo nazareno, y lo que el obrero de origen nacional siguió desarrollando, a partir de su propia experiencia, entrenamiento y contextualización cultural.

La ponencia considera muy importante el esfuerzo que la Iglesia está haciendo para identificar una historia eclesiástica nazarena en Iberoamérica. Al mismo tiempo, considera que los trabajos de reseña histórica presentados por los líderes nacionales muestran una urgente necesidad de escribir una historia seria del devenir histórico de la Iglesia del Nazareno en aquella región. La Iglesia ha carecido de una mirada histórica seria.

En el desarrollo del tema, el autor elige tres enfoques o criterios: misionológico, organizativo y teológico.

El criterio misionológico expone la falta de consistencia del desarrollo de la iglesia con los valores, criterios y objetivos que motivaron la obra misionera nazarena en Iberoamérica. No solo no

se conservaron los ideales originales de hacer discípulos de Cristo, sino que se transformaron en objetivos de hacer miembros de la organización. Se optó por la periferia geográfica, cultural, social y económica en la mayoría de los campos. No han ocurrido cambios de fondo. El autor identifica la presente fragilidad misionológica como el marco útil para las dificultades presentes con mantener una identidad nazarena.

En el aspecto misionológico, necesitamos identificar las estrategias que se usaron y observar la sensibilidad transcultural de las políticas misioneras de las diferentes épocas. Muy relacionado con este tema debemos prestar atención a los criterios de selección de misioneros y cómo éstos evolucionaron con el desarrollo de la obra nazarena en el mundo. Aunque la relación de estos planteos con el Criterio Organizativo es muy clara, aquí estaría interesado en conocer las razones por las que se tomaron las decisiones que se tomaron: ¿Cuál fue el criterio misionológico que motivó a la toma de algunas decisiones organizativas?

El criterio organizativo identifica una equidistancia inicial entre el episcopalismo y el congregacionalismo con una representación equivalente

de laicos y ministros. Hay, en el comienzo, principios de representación democrática, un gobierno representativo en todos los niveles. Sin embargo, con el correr del tiempo, la “gesta autóctona” adquiere los procedimientos, pero no así los principios que sustentaban esos procedimientos. Se desarrollan programas y estrategias, mas no ministerios. Al replicar el sistema en los campos misioneros, se establecieron los procedimientos, pero el principio de representatividad no fue desarrollado de la misma forma. Mientras que el diseño organizacional fue forjado en el marco de una democracia moderna, en el campo misionero se desarrollaron valores de cacicazgo, patronazgo, populismo y caudillismo. La ponencia identifica la presencia de actitudes autárquicas, donde las congregaciones locales ignoran a las autoridades distritales y generales.

En este aspecto, lo que señala el autor podría identificarse como una flexibilidad necesaria, para que el desarrollo de la iglesia adquiriera características locales. Asumiendo que esto sería un intento de contextualización, surge la duda al observar que la estructura organizativa, ya sea a nivel local como distrital no sufre ninguna modificación, aun cuando en ocasiones tal o cual departamento y sus objetivos carecen de sentido. Dentro del aspecto organizativo de la iglesia, es necesario tratar la forma o las formas de transición de una organización formada y dirigida por misioneros extranjeros, a una organización dirigida por líderes nacionales. ¿Cuáles fueron las medidas preparatorias que se hicieron? ¿Cuáles fueron los ajustes presupuestales que se hicieron durante la transición? ¿Se trató de una asimilación a la organización internacional, o fue un desmembramiento?

Me gustaría encontrar un trabajo que trate el tiempo que tomó pasar de una administración mi-

sionera a una administración nacional, comparando el proceso en diferentes países tratando de reconocer las razones para esos tiempos. ¿La decisión de hacer la transición fue motivada por la madurez de la iglesia, por necesidades de la organización o por razones económicas?

El criterio teológico señala la dimensión reflexiva de la iglesia. La Iglesia del Nazareno nace y crece con una tradición claramente wesleyana de santidad, con todo lo que esto implica en términos doctrinales. Pero, en la Iglesia del Nazareno en Iberoamérica no se produce un proceso de maduración teológica, que permita contextualizar la tradición wesleyana de santidad a la realidad de la región a la que sirve. Se da un proceso de fijación teológica, que mayormente produce una repetición de la ortodoxia oficial, en lugar de un ejercicio dinámico, propio de la teología para atender la realidad del medio. La fidelidad teológica se define en términos de repetir el tenor de los libros de textos (escritos en un contexto y para una audiencia totalmente diferente e imposible de comparar). La educación teológica es mayormente reproductora, pero no transformadora.

No es ningún secreto que dentro de la Iglesia del Nazareno ha existido un diálogo teológico entre orientaciones diferentes. Este diálogo se ha reflejado en las conferencias teológicas y, muy especialmente, en las ponencias presentadas en las mismas. Además, la denominación ha publicado material proveniente de las diferentes posiciones. El autor señala la escasez de recursos; dentro de este tema ilustraría enormemente conocer la evolución de la producción de materiales en español, especialmente aquellos que son ideológicos o formadores de criterios.

¿Cuál ha sido el proceso de desarrollo de la educación teológica en América Latina? ¿Qué por-

centaje del presupuesto de misiones se dedicó a la educación? ¿Cómo se eligieron los maestros y administradores? ¿Respondió este proceso a un plan maestro para la región o estuvo sujeto a iniciativas personales? ¿Cómo evolucionó el pensamiento teológico nazareno en la región? Sería bueno realizar una investigación de los materiales impresos, especialmente de las contribuciones que los escritores enviaron a las revistas pastorales.

La conclusión de la ponencia es que necesitamos recuperar una perspectiva misionológica más fiel al mandato del Señor Jesucristo (Mateo 28). La misión de la iglesia es hacer discípulos, es su objetivo de vida, su razón de ser. En este enfoque el discipulado se distancia de la evangelización y adquiere vida propia. Necesitamos redescubrir y revalorizar los principios que dan soporte a nuestra estructura organizativa. Debemos ser consistentes con nuestra declaración de fe, por lo tanto, debemos revisar lo que hacemos como iglesia a todos los niveles. La iglesia requiere urgentemente iluminar su acción con más reflexión. Nuestra reflexión teológica no debe quedar prisionera ni del pragmatismo y menos del quietismo.

Esta ponencia, al definir su campo establece que es un intento inicial y no exhaustivo, por lo tanto, es natural que falten muchos datos. Es un trabajo de introducción del tema y no un tratamiento histórico completo.

Considerando que fue presentada en una conferencia enfocada en Iberoamérica, es casi natural que haya poca información y escasa mención de la iglesia hispana en los Estados Unidos y Canadá

Al leer este trabajo, uno se queda con el deseo de encarar un trabajo más profundo sobre el

tema, y descubre la necesidad de hacerlo observando que: ignorar nuestras raíces no nos permite sentarnos a la mesa de la negociación con otras denominaciones, mínimamente preparados. Al no tener una identidad claramente definida se nos hace muy difícil encontrar nuestro lugar en el concierto de las iglesias cristianas. Si no sabemos por qué hacemos ciertas cosas de cierta manera y dejamos de hacer otras cosas, no sabremos a ciencia cierta cuál es nuestra razón de ser.

Cada uno de los criterios invitan a un trabajo mucho más extenso y más completo, con bases estadísticas, no sólo de cuántos se han hecho miembros, o cuántos se han matriculado en nuestra escuela dominical, o cuántos miembros recibimos por profesión de fe, ni cuánto dinero entró en la tesorería de la iglesia o cuánto dinero se paga a los diferentes programas de la iglesia; sino cuál es el impacto de la congregación local en la comunidad, cuántos ministerios se han desarrollado y con qué madurez se les sostiene.

La propuesta de la ponencia del hermano Canales, así como los comentarios de este servidor tienen por objetivo aprender para verificar el rumbo. Aquellos que ignoran el pasado o que no le prestan atención, están condenados a repetir errores y a privar a la iglesia de un desarrollo sano. Aquellos que quieren digitar el desarrollo, o los tiempos de tal desarrollo pecan de sobre protectores y, en consecuencia, discriminan, menosprecian y promueven la ignorancia como una opción válida.

Estoy de acuerdo en que la Iglesia del Nazareno entre los hispanos de Estados Unidos y Canadá, así como en el mundo de habla castellana, adolece de una profunda crisis de identidad. En algunos lugares por falta de recursos, en otros por ignorancia y falta de reflexión propia, en otros por temor y, en otros más, por pereza intelectual.

Este trabajo demuestra la urgente necesidad de mirar cuidadosamente al pasado con el propósito de reconocer las glorias de la empresa misionera, aprender de lo que se hizo bien, identificar los desvíos y recibir inspiración para encontrar el camino que la iglesia necesita transitar por decisión propia, por definición doctrinal y por pasión misionera.

La invitación queda hecha.

El presbítero Rodríguez, uruguayo, ha servido en varias áreas de ministerio en la Iglesia del Nazareno. Fue Pastor y primer Superintendente de Distrito en Uruguay, Decano Académico del Seminario Bíblico Nazareno (hoy Seminario Teológico Nazareno del Cono Sur, Buenos Aires). Colaboró como redactor de libros y de la revista *Maná Ministerial* en la Casa Nazarena de Publicaciones, de Kansas City, Missouri. Actualmente, junto con su esposa Mabel, pastorean la Primera Iglesia del Nazareno en Ellicott City, MD, correspondiente a la Metro Baltimore Area del Mid Atlantic District.

EL DISCIPULADO* (I)

Juan Stam

Resumen

El autor, con base en el planteamiento de que el “hacer discípulos” fue el eje del ministerio de Jesús, explora la naturaleza de este discipulado contrastándolo con el paradigma vigente en el contexto judío –el discipulado rabínico-. Se repasan los rasgos de lo que constituiría el discipulado a la luz de la Biblia y se esbozan las implicaciones del discipulado cristiano en el marco del señorío de Jesucristo.

Palabras Clave

Discípulos, autoridad, discipulado rabínico, discipulado de Jesús, señorío de Cristo, obediencia, compromiso.

“Al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas”ⁱ. Cuando leo este pasaje, veo a Jesús andar por el Parque Central de nuestra ciudad, entrar en la Ciudad Universitaria a la hora de cambio de clases, pasar frente al Colegio de Señoritas cuando salen las chicas y espera esa pelota de muchachos... Esa es la multitud que Jesús ve hoy, y nosotros, que nos movemos en ese ambiente, tenemos que verla con los ojos de Jesús, con el corazón de Jesús, con la compasión que Jesús les mostró. Ahí nacen el discipulado y la evangelización:

Cuando ve la multitud confusa, perpleja, perdida, Jesús no solo siente compasión sino actúa: actúa en la forma más eficaz que puede haber, que es la oración. “Rogad al Señor de la mies”, dice a su gente, “que envíe obreros a su mies”ⁱⁱ. Pero tampoco deja la oración en el aire, ¡no!, sino “a Dios

orando y con el mazo dando”. Enseguida llama a 12, los lleva al monteⁱⁱⁱ, y les da autorización para actuar con el poder: No porque ellos sean gran cosa, pues aun como apóstoles solo pocos de ellos eran “grandes” o “famosos”. Hasta hoy, la mayoría de sus nombres suenan un poco extraños en nuestros labios. Eran seres humanos como nosotros, pescadores, carpinteros, “sin letras y del vulgo” como dice Hechos^{iv}. Sí, pero son *discípulos*. Eso es lo importante. Como discípulos, ellos son la respuesta a esa oración al Señor de la mies.

En la vida de Jesús es obvio que el “hacer discípulos” fue el centro del centro”. Me atrevería a decir que no hubo aspecto de su ministerio tan importante como el discipulado. Claro, Él vino a morir por nuestros pecados y resucitar de los muertos para nuestra justificación; pero todo eso lo hizo en un fin de semana, en cuanto al tiempo

se refiere. También enseñaba, se entrevistaba con personas como Nicodemo y la samaritana, se metió en tamaños pleitos y polémicas. Pero en cuanto al tiempo que les dedicó, y en cuanto a su importancia crucial como estrategia misionera, el hacer discípulos recibió el lugar privilegiado en el ministerio de Cristo. Siempre tuvo tiempo para ellos, y a veces se retiraba “aparte” con ellos para darles su atención completa. Los formó a su imagen y semejanza y los preparó para dejar la obra en sus manos. Hacer eso fue el meollo de su ministerio. Y creo firmemente que también hoy en la labor nuestra, en la proyección de la misión de la iglesia, el hacer discípulos demanda esa prioridad.

Este pasaje (Mateo 10:1) introduce por primera vez en el relato bíblico a “sus doce discípulos”. En su sentido más amplio “discípulo” (*mathetés*, en griego) significa “adherente, seguidor” en general^v, pero de “los doce” como discípulos de Jesús, el término implica incalculablemente más. Son sus seguidores en el sentido más estricto, sus aprendices, su “socios” comprometidos con Él en vida y muerte. Más adelante, en el libro de Hechos, “discípulo” es prácticamente sinónimo de «cristiano» (o somos discípulos o no somos cristianos), y en algunos autores, como Ignacio de Antioquía, el término se usa particularmente para los mártires.

Otra observación: los evangelios sinópticos siempre hablan en plural de «sus discípulos», o algunas veces “los discípulos” (en contraste con Juan, quien casi siempre lo usa en el singular, de algún discípulo en particular. Los sinópticos *nunca* lo usan en ese sentido). El concepto era comunitario: juntos, eran «los doce». Como el antiguo pueblo de Israel se fundamentó en los 12 patriarcas, y fue constituido por 12 tribus con su territorio y gobierno, así Jesús viene a establecer su «pueblo nuevo» (el núcleo del reino nuevo) con precisa-

mente 12 discípulos-apóstoles^{vi}. Los antecedentes y sobretonos nacionales y políticos de este lenguaje nos hacen situar el discipulado dentro de la historia, inseparable de la continuada acción de Dios ahora por medio de su nuevo pueblo, como antes por medio de Israel.

Como hemos dicho, los rabinos y otros también tenían «discípulos», pero con Jesús el discipulado es totalmente diferente, mucho más profundo. Es muy aleccionador notar los contrastes entre el discipulado rabínico (si es que merece tan alto título) y el discipulado de Jesús. En hebreo (y arameo) los discípulos del rabí se llamaban “*talmadín*”^{vii}, de la misma raíz viene el nombre del *Talmud*, que es, por decirlo así, una antología de opiniones y tradiciones. Qué lejos del significado de ser discípulo del Maestro divino (entre paréntesis, el Talmud habla de los *talmadín* de Jesús de Nazareth, pero dice que eran cinco. Eso seguro para despreciarlos, y sobre todo para negar que fueran 12, como los fundadores de Israel).

(1) La primera novedad del discípulo con Jesús, en contraste con el de los rabinos, es que es Jesús mismo quien *llama* a sus discípulos para que lo sigan. Era diferente entre los judíos: el muchacho que aspiraba a ser rabí miraba la fama de un maestro y de otro, escuchaba el renombre que tenía y la tradición que representaba cada uno, y el muchacho mismo decidía: “Bueno, me impresionan la fama de Hilel, o me voy con Shamai, o Gamaliel me llama la atención a mí”. (Parece que fue así como Pablo estudió a los pies de Gamaliel, no parece que Gamaliel le hubiera dicho «sigueme», como un compromiso incondicional).

Claro, a la vez el rabí que lograra atraer a mayor número de discípulos, más grande era y más satisfecho se sentía. Según el Talmud, el propósito de cada rabí como maestro era “levantar un nú-

mero de discípulos”. Para eso, había que atraer alumnos: quizá el grupo de Jesús hubiera parecido pequeño por contraste: sólo 12, pero esos 12, como los patriarcas de Israel, eran portadores del pueblo de Dios.

Con Jesús, pues, la situación es muy diferente. Él aparece de buenas a primeras, señala a algún pescador con su dedo y le manda: «Sígueme». Y eso, que Él no es «rabino» «graduado» o «perfeccionado», como decían. Pero Él llama, y Pedro deja sus barcos, Leví deja su mesa, y todos ellos lo siguen. Por eso dice: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros... para que vayáis y llevéis fruto”^{viii}.

(2) Esto nos trae el segundo contraste; Juan 15 lo señala muy bien, con el lenguaje tan hermoso del cuarto Evangelio. «Llevar fruto» tiene dos significados, me parece: primero, compartir la vida de la vid, y segundo, realizar la obra de la vid, cumplir los propósitos del Señor. La preparación rabínica era básicamente intelectual, era aprender las tradiciones de la «escuela» para trasmitirlas también en las formas tradicionales. No era asunto de praxis, como decimos hoy día. Pero con Jesús era muy diferente. Dice en Hechos que andaba por todos lados, haciendo el bien, y ser discípulo era andar con Él haciendo bien, actuando, demostrando la presencia y el poder del Reino de Dios. Claro que enseñaba muy lindo, era muy sabio, pero lo que marca su persona y su llamado es el fruto que produce. Sus discípulos están puestos para la acción en el nombre del Señor, con poder y autoridad que ningún rabí podía compartir. Por eso el discipulado rabínico era una institución básicamente tradicionalista, defensora del *status quo*, a conservar las cosas como son, mientras que el discipulado con Jesús es un programa de acción transformadora.

(3) Esto puede señalarse en otros términos: mientras los discípulos de un rabí se relacionaban básicamente con la doctrina o la tradición del maestro, los discípulos de Cristo se relacionaban básicamente con la persona divina de su Maestro. No les dice “sigan mi doctrina”, sino escuetamente “síguenme a mí”. No apelaba constantemente a Moisés y a los padres, como hacían los rabinos, sino enseñaba con autoridad personal y propia. Y aun más, desde el principio se presentaba con una autoridad soberana que realmente solo podría pertenecerle a Dios. Por eso Él es el centro. Bien se ha dicho, “el cristianismo es Cristo”. Y cuando se nos llama a seguirlo, eso significa unirnos a Él, someternos a Él, compartir con Él su vida, su misión, su destino: su cruz. Por eso, todo discípulo es testigo (mártir).

(4) Me parece que en el discipulado rabínico, hasta donde puedo entenderlo, el maestro podría «coquetear» al «candidato» (perdónenme la caricatura), y el muchacho podría escoger al rabino, como hemos dicho, pero también luchar por merecer que el rabí lo aceptara y esforzarse para destacarse entre sus compañeros^{ix}. Todo es con base en los méritos, en el prestigio, lo que llamaríamos «las obras», tanto del rabí como del discípulo. El rabí que mejor se defiende y más brillantemente expone, es el de mayor fama y lleva más discípulos; y entre los discípulos, está la misma rivalidad (típica de estudiantes hoy día también) de ver quién es el mayor. Y si el discípulo «se enamorara» de otro profesor, o viera mayores posibilidades en otro campo, pues no hay problema: se cambia de afiliación. Resumen: ese discipulado no exigía mucho, ni ofrecía mucho.

El discipulado cristiano fue y es totalmente diferente. Es de gracia, pero no de «gracia barata», como decía Bonhoeffer. Ofrece todo, y exige todo. “De gracia recibisteis, dad de gracia”, y dad todo.

Es cierto que los discípulos discutían entre ellos respecto a quién era el mayor, pero con eso contradecían su carácter de discípulos del Siervo. “El que es mayor de vosotros, sea vuestro siervo”^x. El más grande es el que más se humilla. Jesús no dice, “toma mis tradiciones y trasmítelas”, dice: “Toma mi cruz y sígueme”.

(5) Con eso se destaca otro contraste: el discipulado al cual Cristo nos llama es gracia, como acabamos de decir, pero es gracia que *exige todo*. Hay una tremenda radicalidad en la llamada que trae Jesús. Él aparece ante una persona y le manda dejar todo, comprometerse total y radicalmente con Él, entregarse a un estilo de vida totalmente nuevo, y darse hasta la muerte misma para la causa del Señor. Jesús no deja opciones. Sus exigencias son incondicionales. Más que sólo un maestro, se presenta desde el principio como el Señor de la vida y la muerte, Señor de todo. No conozco ningún rabino que se atreviera a imponer tales exigencias absolutas, radicales. Hacerlo sería ponerse en lugar de Dios. Pero Jesús insiste en que solo así es posible seguirlo. Hay que vender todo para comprar la perla de gran precio.

(6) Otra característica del discípulo neo testamento que quizá en algo lo compartían los rabinos, ya con Jesús es cualitativamente distinta. Es la vida en comunidad. Una de las razones para que sus discípulos se decidieran a dejarlo todo, es que con Jesús todos compartían una sola vida, nadie llevaba «vida aparte». Ellos conviven completamente: andan juntos, comen juntos, se acuestan casi siempre bajo el mismo techo y se levantan a la misma hora para desayunar juntos. Tienen que «jugar el todo por el todo», y tienen que jugárselo juntos. Comparten toda una vida; viven juntos, y en efecto se mueren juntos (con Cristo). Nadie tenía derecho a «renunciar», pues ya estaba ligado a esa comunidad y a su Señor.

Entre los judíos existía algo parecido, aunque en mucho menor grado. Se llamaba KABURAH: un grupo que se comprometía con una lealtad inviolable, hasta la muerte y para «sellarlo» comían juntos periódicamente. La comida comunitaria tenía en cierto sentido carácter sacramental; sellaba el compromiso, y violarlo sería lo más vil y vergonzoso. De Judas se dice: “El que comió el pan conmigo, ha levantado su calcañar contra mí”^{xi}. Después de compartir el sacramento de la lealtad, me ha traicionado. Todo esto explica el mucho énfasis que los evangelios hacen en el comer de Jesús con sus discípulos, sobre todo después de la resurrección. No porque eran tan comilones, sino porque esa comida fraterna, ese ágape, tuvo tan tremendo significado. Era el centro de una comunidad íntima, que hoy podría compararse con algo así como una comuna, o quizá en cierto sentido una cuadrilla de guerrilleros que se comprometen tanto con una causa común, que llegan a compartir su vida y todos los riesgos y sacrificios de su causa.

(7) El último contraste, que me parece importantísimo, es que entre los rabinos el ser discípulo era como ser alumno hoy día en la primaria, la secundaria, el colegio; uno es discípulo para graduarse, y dejar de ser discípulo; uno era discípulo del rabí para «perfeccionarse»^{xii} («promoverse, graduarse») y llegar a ser «maestro», rabí, y ya no más discípulo aprendiz.

Pero los discípulos de Jesús nunca se «graduán», siguen siendo discípulos toda la vida (aunque la gente le llamaba «Rabí» a Jesús, Él tampoco se había «perfeccionado» en ninguna escuela rabínica). Uno es discípulo vitalicio, siguiendo al Maestro, hasta el día de su muerte. Nunca deja de ser «aprendiz» (uno que va aprendiendo, va formándose) para convertirse ya en «autoridad», en experto hecho y derecho. De la

escuela de Jesús nadie se gradúa. Aun como «apóstoles» los 12 no dejan de ser «discípulos». Son “los que siguen al cordero”^{xiii}, según Apocalipsis.

Creo que este es el sentido de Mateo 23:9: “No llaméis padre vuestro a nadie en la tierra”. Todo el contexto habla de aquella autoridad incuestionable, y la soberbia profesional de los rabinos. Cómo se alegran cuando la gente les saluda en la calle con “rabí, rabí” (v.7). El discípulo de Cristo no debe considerarse rabí (v.10). No es que sea mala en sí la palabra «padre»; de hecho, San Pablo se describe como «padre» que ha engendrado a sus «hijos» en la fe; eso está claro en I Corintios 4:15 y otros pasajes. Pero tampoco San Pablo pretendía ser «padre» en el sentido de la tradición rabínica, como autoridad incuestionable en materia doctrinal. Cristo es el único Maestro, y todos somos sus discípulos. Nadie más puede ser «raboni», o padre, o «maestro grande». Como decían los teólogos antiguos, todos somos los «párvulos» del Señor.

PERFILES DEL DISCÍPULO BÍBLICO

Marcos 1.16-20

Jesús era un hombre del pueblo, hombre de plaza pública y no de claustro o de cátedra académica (que también pueden tener su valor). “Andando junto al mar, *vio* a Simón y Andrés... Pasando de allí un poco más adelante, *vio* a Jacobo y a Juan”^{xiv} Así eran la mayor parte de las decisiones de Jesús y los grandes momentos en su vida: siempre metido entre la multitud, en medio de la realidad humana, viéndola y comprendiéndola. Vean por ejemplo Mateo 9:35, antes de nombrar a los 12, o Marcos 8:27, antes de la confesión de Pedro. Karl Herрман Schelkle, en su libro *Discípulos y Apóstoles* (Herder: 1965, pp. 15-16)

muestra el profundo significado del *ver* del Señor como obra creadora de Dios^{xv}, y después de su palabra al llamar^{xvi}. El discipulado es acto y creación de Dios, dice Schelkle^{xvii}. Los ve en el lugar de su diario vivir, fija su mirada en ellos, y así los señala para una vocación de discipulado.

Al encontrarlos, Jesús se dirige a ellos sin prefacios ni prólogos, con voz *imperativa*: “*Síganme*”, punto. No les suplica, no pretende disuadirlos, no les da veinte mil razones y argumentos; les manda: el lenguaje del discipulado es el modo imperativo, el mandamiento, la voz del Señor. Esa voluntad viene con voz de mando: no deja opciones, solo obedecer o desobedecer. Bonhoeffer, en su *Costo del discipulado*, dice que cuando Cristo manda, la única respuesta es la obediencia inmediata. Pero somos muy vivos para evadirlo, dice Bonhoeffer, y nos ponemos a discutir el mandamiento, muy seria y solemnemente: “¿Pero maestro, quién es mi prójimo? ¿Y qué significa «amar»? ¿Cómo sé que es Cristo quien me está hablando? ¿No debemos formar un comité (ojala de teólogos) para estudiar este asunto?” En esa forma hacemos una maraña de teorías y definiciones y condiciones, y al fin no obedecemos el mandamiento, que era lo único que importaba. Nos sentimos satisfechos con haberlo comentado, discutido, interpretado.

Sólo Cristo puede ser Señor en la comunidad de fe; los demás somos todos discípulos, que no podemos «mandar» al otro condiscípulo sino juntos obedecer al Señor. Hoy Cristo revela su voluntad a la comunidad mediante el Espíritu que nos envió. Cuando la congregación de Jerusalén estuvo frente a una decisión de gran urgencia e importancia, según Hechos 15, todos expusieron sus opiniones, consultaron las Escrituras, y oraron al Señor. Cada uno expresó su propio criterio («yo juzgo», 15:19), hasta llegar al consenso de

un criterio compartido (“pareció bien a todos”, 15:22). En ese proceso, estaban tan seguros de la dirección comunitaria del Señor que pudieron decir: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros” (15:28, *Biblia de Jerusalén*). La sola autoridad de Jesús el Señor, por medio del Espíritu en la comunidad, logró un proceso de decisión admirablemente participativo.

“Y dejando todo, lo siguieron”. Cristo exige la acción más drástica, la obediencia más radical: ¡dejar todo para ir tras Él! Me imagino la sorpresa en casa aquel día cuando Pedro anuncia a la esposa, suegra y demás familiares que los va a dejar. Tal fue la autoridad de la Palabra, y la radicalidad del mandamiento. ¡Con sólo un encuentro y una palabra basta!^{xviii} Es muy posible también que Jesús les hubiera dicho algo más que las palabras escuetas del texto aquí, pero lo único importante fue el mandamiento: “Sígueme” No hay necesidad de dar pruebas, textos del Antiguo Testamento y demás adornos; el mandamiento es todo el asunto. Una sola palabra de Jesús basta para cambiar toda la vida de cualquier persona.

El verbo «seguir», al lado del sustantivo «discípulo», es el otro término definitivo del discipulado. El discipulado es seguimiento, es andar detrás de Él. En el mundo antiguo el discípulo andaba literalmente detrás de su maestro, como también el niño detrás de su padre, la esposa detrás del esposo, el esclavo detrás de su amo, y el soldado detrás de su oficial militar. Ni la esposa andaba al lado del esposo, sino atrás (¡qué pena!: ¿cómo van a andar los novios, entonces?). Yo entiendo que eso era como regla general, lo típico, pero supongo que había excepciones también De todos modos, capto de los evangelios que Jesús solía andar al lado con sus discípulos, junto con ellos. Sólo en ciertas ocasiones señala el Evangelio que “Jesús iba adelante”^{xix}, como cuando iba hacia Je-

rusalén para su muerte. Él va adelante para tomar su cruz, nosotros tomamos nuestra cruz y le seguimos, en pos de Él, en el *vía crucis*.

En muchos de los relatos evangélicos la relación con Cristo comienza con ese verbo en imperativo, “sígueme”. Es la primera palabra, y es la última palabra del Señor también. Al mismo Pedro, a quien Cristo llama en este pasaje, el Maestro le vuelve a decir después de la cruz (cuando “Pedro le seguía de lejos”), a orillas del lago, y dos veces, “sígueme tú”^{xx}. Él nos vuelve a llamar una y otra vez. Y no importa cuál sea la voluntad del Señor para el otro, cada uno tiene que andar el camino de la voluntad particular del Señor para sí mismo. “¿Qué a ti? Sígueme tú”^{xxi}. Esto muestra otra vez la centralidad del discipulado. Ser cristiano es ser discípulo, es seguirle a Él. Es ser discípulo, para hacer discípulos (la última palabra el Señor según Mateo).

Marcos 2.13-17

El segundo pasaje del discipulado, muestra las mismas características. Ahora es un publicano, Leví —un hombre despreciado, traidor y colaboracionista con las fuerzas imperialistas de Roma. Jesús lo encontró como a los cuatro antes, en su lugar de trabajo. Le dice, otra vez sin más prefacio: “Sígueme”, y Leví obedece en el instante.

Otra vez aquella gracia que ofrece todo y exige todo. Al parecer Jesús no le pide a Leví vender su casa, como mandó al joven rico^{xxii}, pero sí el seguirlo^{xxiii}. La voluntad del Señor, su mandamiento para el discípulo, es particular, concreta y específica para cada uno. El joven rico tiene que deshacerse de todo, porque la riqueza ejerce poderío sobre él como una idolatría. Leví se queda con su casa (aunque la deja, para andar con Cristo), pero tiene que hacer algo quizá más difí-

cil: poner su casa a la orden del Señor, invitar a toda esa gente que era su mundo, publicanos y pecadores, y ofrecerles una gran comida para que conozcan al Señor. Eso también es discipulado.

El discipulado suele ser controversial y conflictivo, y su primer acto de obediencia le enredó a Leví en una situación difícil. Dos grupos sociales se confrontaron: «Publicanos y pecadores» por un lado, «escribas y fariseos por el otro». Y Jesús esta con los primeros. Parece que fue bueno el banquete, también, y que a Jesús le gustó bastante. Más adelante esos escribas y fariseos lo llamaron “un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores”^{xxiv}. Eduard Schweitzer señala que esa frase, “glotón y bebedor”, se basa en la acusación que debían hacer ante los ancianos los padres de un hijo “contumaz y rebelde... glotón y borracho”, a quien todo el pueblo había de apedrear^{xxv}. Pero lejos de ser el hijo rebelde, es el Hijo obediente, el Siervo del Señor –y el amigo de los pecadores. El camino del discipulado nos puede llevar a situaciones muy extrañas y a asociarnos con personas no siempre bien vistas por la «buena gente».

Marcos 3.13-19

Veamos un último pasaje, paralelo a lo que hemos visto en Mateo 10. Marcos 3 indica claramente el triple propósito del discipulado:

- 1) “para que estuviesen con él”
- 2) “y para enviarlos a predicar”
- 3) “y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios”.

La primera finalidad, y la primordial, es la comunicación personal con Jesucristo. Por supuesto fue como algo muy literal, formaron una especie de “comuna” con Él. Lo conocían como uno conoce a los de su familia. Con Él confrontaban las

muchas decisiones de una vida comunitaria, sobre todo en el camino arriesgado y turbulento de su ministerio. Lo veía cuando estaba cansado, ¡hasta dormido! Cuando ellos tenían hambre, Él también tenía hambre, y juntos se sentaban a la mesa. Aprendieron no sólo de los discursos de Él, sino de la conversación casual que llena las horas del día, y de los comentarios pasajeros, a veces casi instintivos, frente a las innumerables situaciones de la vida. Aprendieron de su forma de reaccionar a las experiencias de la vida, de su manera de orar en la mesa^{xxvi}, de su trato con las mujeres, con los extranjeros y con los pecadores – todo fue escuela para ellos.

Aunque físicamente Cristo no anda con nosotros, con todo, estamos también llamados “para que estemos con Él” –quizá en un sentido aun mayor y superior^{xxvii}, San Pablo expresa lo mismo en otros términos^{xxviii}.

También los llamó, y nos llama, para la proclamación de un mensaje. Los llamó, asimismo, para enviarlos al pueblo y al fin del mundo; el discipulado es en orden al apostolado. Y los envía para proclamar (el griego implica, como heraldos) su venida, su persona, su Reino.

Finalmente, los llamó para enviarlos a vencer demonios^{xxix} y a “sanar toda enfermedad y dolencia”^{xxx}. La posesión demoníaca y la enfermedad eran los síntomas del viejo orden de cosas, o mejor dicho, del viejo desorden, de la degeneración y el deterioro que nos llevan desde la cuna hasta la tumba, del cansancio y fatiga que introdujo el pecado, de las fuerzas diabólicas que oprimen a la gente. ¡Pero el Reino de Dios ha venido! Los poderes que da el Señor son las señales del Reino nuevo que Cristo ha traído. Hay un famoso artículo de Oscar Cullman que se titula, “La sanidad como liberación proleptica (o anticipada) del

cuerpo”. No sólo el alma se redime, sino la persona entera, y en su significado final el triunfo de Cristo se extiende al ser humano completo y a todo el cosmos^{xxxi}. Es victoria sobre todos los demonios y todas las fuerzas opresoras en todas sus formas y en toda su expresión.

Personalmente, no tengo ningún problema en reconocer la realidad de demonios y del diablo como fuerza real que en alguna forma es “personal” (para ser tan caprichoso y malévolos, no podría ser “impersonal”), pero creo que esas fuerzas opresivas se manifiestan en muchas formas menos dramáticas y más reales quizá: niños que nacen en un prostíbulo y se van criando deformados moral y espiritualmente —¡y cuantas cosas más! (este lado de lo demoníaco se describe bastante bien en el libro *Esos poderes rebeldes*, por Van den Huevel). Pero con la venida de Cristo, están condenados a la derrota, están vencidos. San Pablo, más que cualquier otro autor en el Nuevo Testamento, proclama jubilosamente que Jesucristo es el Rey de reyes y Señor de todas aquellas fuerzas hostiles.

El discipulado hoy día, entonces, es el haber convivido con Él (y seguir haciéndolo) de tal forma que nuestro modo de ser y vivir, nuestros actos y nuestras palabras, proclamen que Él es Señor y Redentor de los hombres. Nuestra vida —en- discipulado encarna de nuevo esa gran realidad que Él ha traído, y proclama a voz en cuello que ¡Él reina!

Un pasaje interesante ilustra cómo este discipulado, con sus tres notas, se manifestaba en la iglesia apostólica después del Pentecostés. En Hechos 4, los apóstoles Pedro y Juan habían sanado a un enfermo por el nombre del Señor^{xxxii}; proclamaban que “en ningún otro nombre hay salvación”^{xxxiii}, y que todos reconocían que a pesar de ser “hombres sin letras y del vulgo”, era evidente que “habían estado con Jesús”^{xxxiv} □

—Juan Stam, B.A., M.A., Ph.D.

El doctor Stam, estadounidense por nacimiento y costarricense por adopción, tiene una larga trayectoria en la docencia en importantes instituciones de educación teológica en América Latina. Al mismo tiempo, su participación como expositor en decisivos eventos de reflexión teológica, lo han ubicado como uno de los pensadores cristianos de marcada influencia sobre varias generaciones de ministros cristianos en Latinoamérica. Es miembro de la Fraternidad Teológica Latinoamericana. Junto a su esposa Doris, vive en Costa Rica, desde donde continúa su ministerio docente por medio de talleres, predicaciones y cursos especiales.

(*) Esta ponencia fue una charla popular para un campamento de universitarios centroamericanos en Roblealto, Costa Rica, 1975. Hemos conservado el estilo conversacional del original, junto con su visión bastante negativa del discipulado rabínico, aunque en los años siguientes el autor llegó a sentir un gran aprecio por el pensamiento de los rabinos, a quienes cita en varios de sus libros.

El presente trabajo ha sido tomado, con previa autorización del autor, de: Piedra, Arturo (Ed.)(2004). **Haciendo teología en América Latina: Juan Stam un teólogo del camino**. Guatemala: Misión Latinoamericana/Visión Mundial/Fraternidad Teológica Latinoamericana/Universidad Bíblica Latinoamericana, pp.212-226. Se han hecho algunos retoques editoriales de forma para adaptar el material al estilo de la revista.

Recomendamos otros trabajos del autor que se pueden leer en: <http://www.juanstam.com>

Referencias Bibliográficas

- i Mateo 9: 36^a
Mateo 9:38
- iii Marcos 3:13
- iv Hechos 4:13
- v Cf. Lucas 6:17, 19:37; Juan 6:60, 66; de los discípulos de Juan el Bautista, Juan 1:35; discípulos de los fari-

seos, Marcos 2:18 y de Moisés Juan 9:28

vi Cf. Efesios 2:20, Apocalipsis 21:12-14

vii Cf. Isaías 8:16

viii Juan 15:16

ix cf. lo que dice Pablo en Gálatas 1:14, “yo aventajaba a muchos de mis contemporáneos” –«saqué las mejores notas».

x Mateo 23:11, cf. Marcos 9:33-37

xi Juan 13:18

xii Lucas 6:40

xiii Apocalipsis 14:4

xiv Marcos 1:16, 19

xv Génesis 1:4, 10, 12ss.

xvi Génesis 1:3-2.3: “Dios dijo, y lo llamó...”.

xvii Schelke explica también muchos de los contrastes con los discípulos de los rabinos.

xviii Aunque San Juan narra un encuentro de Jesús con Andrés, Juan, Jacobo y Pedro, Juan 1:35-42, que parece ser anterior a esta llamada que relata Marcos, lo

importante es que los sinópticos –Marcos, Mateo y Lucas– no hacen ninguna referencia a ningún conocimiento previo de ellos con Jesús.

xix Cf. Marcos 10:32

xx Juan 21:19, 22

xxi Juan 21:22

xxii Marcos 19:16ss.

xxiii Mateo 19:21, Marcos 10:21

xxiv Mateo 11:19, Lucas 7:34

xxv Deuteronomio 21:18-21

xxvi Lucas 24

xxvii Juan 14:12, 16:7.

xxviii 1 Corintios 1:0, Filipenses 3:10

xxix Marcos 3:15, Mateo 10:1

xxx Mateo 10:1

xxxi Colosenses 1, Romanos 8

xxxii cf. Hechos 3:1, 12-16; 4:10

xxxiii Hechos 4:12

xxxiv Hechos 4:13

DECLARACIÓN

H. Fernando Bullón

Año tras año se realizan conferencias, congresos, encuentros, sobre diversos asuntos teológicos, bíblicos o pastorales. Estos eventos, sean denominacionales o interdenominacionales, suelen ser de alcance nacional, regional o internacional y, al mismo tiempo, implican el uso de considerables recursos humanos, materiales y económicos.

En la mayoría de los casos, el fruto de estos encuentros no trasciende los estrechos márgenes de los referidos eventos. Quedan archivados, lastimosamente, esfuerzos embrionarios de investigación y reflexión teológica que podrían ser aportes significativos a la tarea pastoral de la iglesia. Esta tendencia necesita ser corregida.

Reflexiones Ministeriales abre esta sección, llamada **Foro**, para dar a conocer documentos valiosos de reflexión teológica y pastoral que sirvan de base a un intercambio alturado de opiniones, enfoques y propuestas ministeriales que vitalicen a la iglesia en el cumplimiento de su misión.

Es nuestra convicción que, después de cien años de trayectoria como denominación, los nazarenos hispanos latinos, debemos articular nuestra filosofía de ministerio atendiendo a la especificidad de nuestro trasfondo cultural y relacionándolo con la particularidad del ambiente de ministerio eclesial. Por supuesto, esta tarea de reflexión no se realiza de manera solitaria, sino en el marco de la pertenencia y compromiso con la iglesia como cuerpo. Los nazarenos de Iberoamérica necesitamos asumarnos como una comunidad de reflexión que es interlocutora con otras comunidades nazarenas (africana, asiática, angloamericana, etc.) en el esfuerzo común por encarnar nuestros valores y convicciones de fe, desde la persuasión wesleyana, y honrando el nombre de nuestro Señor en medio de la cultura contemporánea que nos ha tocado ministrar.

Invitamos a todos los ministros wesleyanos en general y nazarenos en particular, a plantear sus puntos de vista, inquietudes, preguntas, cuestionamientos, con el único propósito de buscar juntos alternativas ministeriales coherentes con la Escritura y pertinentes a la situación que enfrentamos. Todas las opiniones que se presenten en este foro serán a título personal, es decir, no comprometen a las organizaciones, congregaciones o distritos donde estén sirviendo los expositores de los respectivos puntos de vista.

Nuestro objetivo de largo alcance es que, por medio del intercambio alturado de enfoques y reflexiones, demos paso a una plataforma de diálogo que podríamos denominar **Comunidad Teológica Nazarena Iberoamericana**. Como su nombre lo indica, se trataría de una comunidad que privilegia la dimensión del encuentro y la relación, antes que una organización que normalmente está orientada a la dimensión jerárquica. Deseamos forjar un *movimiento* antes que una *institución*. Por lo tanto, todos los aportes son bienvenidos y buscaremos dinamizar el diálogo y el encuentro a partir de preocupaciones comunes de reflexión.

En esta ocasión nos place entregar un documento titulado “Declaración” y cuya autoría pertenece al Dr. Humberto F. Bullón, hasta hace poco profesor del Seminario Nazareno de las Américas (SENDAS), San José, Costa Rica. Actualmente, se encuentra jubilado. El Dr. Bullón, fungió como Coordinador General de la Primera Conferencia Teológica Nazarena Iberoamericana que se llevó a cabo en el campus del SENDAS en Octubre del 2004. Desde su privilegiada función, el autor pudo tomar el pulso a una serie de cuestiones y asuntos que merecerían consideración permanente más allá de la mencionada conferencia. Consideramos que este documento puede ser el punto de partida para la discusión de varios desafíos muy actuales en la Iglesia del Nazareno en Iberoamérica. Les invitamos a participar reaccionando a los planteamientos del autor y articulando preguntas o respuestas que amplíen o clarifiquen los asuntos en cuestión, teniendo en mente su viabilidad ministerial.

RESUMEN

Con base en los documentos, presentaciones y discusiones de la Primera Conferencia Teológica Nazarena Iberoamericana, el autor hace una reseña de las ideas fuerza que constituyeron la materia prima del mencionado encuentro. Se señala la vinculación funcional que debe existir entre el quehacer teológico y la misión de la iglesia, así como una aproximación a la identidad de nuestra Iglesia que tome en serio su peregrinaje histórico, sus desafíos presentes y sus proyecciones.

PALABRAS CLAVE

Proceso de reflexión teológica y diversidad; renovación teológica y eclesial; misión de la iglesia; diálogo intercultural, ecuménico e interdisciplinario; valores medulares; educación integral.

Alrededor de 150 hermanas y hermanos educadores, administrativos, pastores, laicos y dirigentes de diferentes países de Latinoamérica y también hispanos que residen en Estados Unidos, nos reunimos del 18 al 19 de octubre de 2004, en las instalaciones del Seminario Nazareno de las Américas de San José, Costa Rica, durante la *Primera Conferencia Teológica Nazarena Iberoamericana*. Según la correspondencia inicial, la experiencia de esta conferencia se conceptualizó con un sentido de proceso, que comenzó a desenvolverse en la etapa de preparación y estudio de las diversas ponencias y reacciones, que tuvo su momento cumbre de discusión y mutuo estímulo durante nuestra reunión aquí en San José, pero que debía continuar más allá de dicho

encuentro, comenzando con la difusión para que se conozcan las ideas y proposiciones que compartiéramos y aportando nuevas en un proceso continuado de reflexión transformadora.

Efectivamente, comenzando por la difusión más amplia de contenidos que puedan también conocerse en instancias decisorias diversas, debemos continuar con la implementación de dichas reflexiones según las oportunidades ministeriales y de servicio en que estemos involucrados personalmente, en particular por parte de quienes asistimos a la conferencia. Debemos comprometernos de tal manera que los esfuerzos que se hagan rindan su mejor fruto para beneficio de toda la iglesia y su misión. Pero además, debemos comprometernos en continuar con este proceso de reflexión y producción teológica de la manera

más amplia, desde las diversas instancias de la iglesia y en todo el ámbito de Iberoamérica.

Sin embargo, para el mejor desarrollo y fructificación de este proceso es necesaria la participación libre y fraternal, no única o necesariamente dentro de las instancias o conductos oficiales de la organización eclesial (sea esta una conferencia, “comisión teológica” u otro tipo de estructura regular ya existente). También fuera de ellas o en maneras no formales o “no-oficiales” como tarea común y generalizada del pueblo (*laos*) de Dios según los dones repartidos. Esto no implica en manera alguna una actitud independentista o de falta de sentido de cuerpo sino que, más bien y de acuerdo con la experiencia histórica, es el reconocimiento de que la acción renovadora del Espíritu supera los límites organizacionales, necesita de libertad y opera continuamente con contribuciones fuera de los conductos establecidos, garantizando así la renovación, asunto que no siempre es captable desde dentro de la institucionalidad eclesiástica que normalmente opera con una tendencia de “guardianía” de lo que en realidad puede estar requiriendo transformación.

Por ello, a todos aquellos que sientan un llamado a contribuir con el esfuerzo de renovación teológica y eclesial de nuestra denominación en las tierras de Iberoamérica, en posiciones oficiales o no, pero basados en el amor y fidelidad que le tenemos a Dios y a su Iglesia, es importante que participemos de este movimiento surgido de la experiencia comunitaria en nuestro encuentro de San José y que, para darle una identidad, podríamos denominar **Comunidad Teológica Nazarena Iberoamericana** (o cualquier otro nombre). No se trata de un aparato institucional, sino más bien un movimiento libre y fraterno, una comunidad de diálogo alturado, respetuoso y maduro; por lo tanto, de espíritu y pensamiento franco y

transparente comprometido con la edificación del cuerpo.

Como encargado del diseño, organización y coordinación de las ponencias o contenido teológico de la conferencia, presento las siguientes afirmaciones a manera de un primer manifiesto de este movimiento, a la luz de ponencias, discusiones y expresiones en dicho foro, como también de meditaciones posteriores sobre las mismas. En alguna medida, el presente intenta ser un documento más sistemático en contenido, que la breve “*Carta de Afirmación*” que se tuvo al final de la conferencia.

La presente declaración no agota interrogantes o asuntos discutidos dentro de la gran riqueza habida en la Conferencia, o de los percibidos en la extensa comunidad nazarena de Iberoamérica, los cuales deben ser añadidos. Pero quienes suscriban sustancialmente esta declaración y sientan formar parte de este movimiento fraternal, pueden sumarse. Es posible que, al hacerlo, expresen comentarios u observaciones sobre algún aspecto de esta declaración. En sí, lo importante es reconocer que, de lo tratado durante la conferencia y recogido y ampliado en la presente declaración, surgen diversos tópicos que requieren profundización en la reflexión y que deberían ser materia de investigación y trabajo por cualquiera de nosotros en servicio orientador a nuestra iglesia.

I. Sobre nuestro quehacer teológico en relación con la misión de la Iglesia

(1) Debemos reconocer el lugar e importancia de la teología en la vida y misión de la Iglesia. Aquella no es una actividad irrelevante ni un pasatiempo. Más bien, la teología es hija de la misión y como fruto de la reflexión, a su vez, orienta a la misión llevando a un mayor compromiso con

el Señor y su Reino. La teología, como toda otra función o don dentro de la iglesia está sujeta al Espíritu y se desarrolla con oración, estudio y disciplina, debiendo entenderse como un servicio a la iglesia y al mundo, por lo tanto, fundamentada en el amor a Dios y al prójimo y con pertinencia pastoral y misiológica. Frente a las circunstancias y desafíos de la época en que vivimos nuestra actitud no puede ser quietista o indiferente, ni tampoco caer presa del activismo irreflexivo; ambas vías reflejan una subestimación de la tarea teológica. Más bien, la reflexión y el enfoque teológico nos permiten una mirada en perspectiva diacrónica de la vida y misión de la iglesia: su pasado, su presente y su futuro en su significación profunda a la luz del propósito del Reino de Dios, ayudándonos a evaluar nuestras acciones corrientes y evitando la superficialidad y desorientación del pragmatismo ahistórico. Por ello, necesitamos iluminar nuestra acción con más reflexión y, al mismo tiempo, nutrir nuestra reflexión con los desafíos que provienen de nuestra acción comprometida en las situaciones históricas específicas.

(2) Reconocemos que el quehacer teológico –la reflexión sobre la fe y su praxis a la luz de la Palabra y el contexto buscando mayor comprensión para la vida y misión cristianas–, es **tarea permanente y responsabilidad de toda la iglesia y de cada generación** de creyentes en particular, en el contexto y época histórica que le son propios. A la vez, reconocemos que dentro del cuerpo de Cristo hay dones específicos y que algunos han sido dotados de manera particular para que, a través de la reflexión y producción teológicas, contribuyan a “la edificación del cuerpo de Cristo”, local y universalmente, y debemos dar gracia por ello.

(3) Por ello, necesitamos con urgencia descubrir dichos dones entre nosotros, facilitando su

desarrollo como pensadores, teólogos y escritores nazarenos iberoamericanos. Nos alegra mucho que esta conferencia haya sido una plataforma de estímulo e inspiración a esta tarea. Debemos crear los espacios que faciliten la reflexión responsable con miras a un ministerio de mayor profundidad en medio del contexto crítico de Iberoamérica. Nuestros centros educacionales más que lugares de una educación repetitiva, deben ser centros de reflexión crítica y creatividad, frente a los desafíos actuales. Más aún, cuando reconocemos que nuestra responsabilidad es, no sólo con la iglesia y contexto de nuestros propios países, sino también con el aporte que nos compete con la iglesia y situación contemporánea a nivel mundial.

(4) Al llevar adelante este esfuerzo, debemos **reconocer el potencial misiológico producto de nuestra diversidad.** Nuestra iglesia, siendo de carácter internacional, con membresías de diversos trasfondos culturales, con personas que han recibido diversos dones, con diversas formaciones y experiencias de vida, al producir teología seguramente habrá variados matices en el enfoque de los diversos aspectos relacionados con nuestra doctrina y con nuestra práctica pastoral, eclesial y misiológica. Pero dicha variedad de enfoques, más que una limitante para la acción, la entendemos como una ventaja que enriquece el pensamiento y las posibilidades misionales de nuestra iglesia, sin dejar de reconocer el deber de ser consistentes con nuestra particular tradición arminiano-wesleyana, la cual debe ser asumida, a su vez, con responsabilidad en el contexto del cristianismo histórico, protestante y evangélico.

(5) Aún más, la tradición arminiano-wesleyana, entroncada con los principios de la Reforma Protestante como movimiento de renovación, es justamente reconocida por una larga trayectoria de discusión abierta y énfasis en educación, investi-

gación y publicaciones. Por ello, nuestra caminata como cuerpo en este quehacer teológico debe caracterizarse por la unidad y libertad del Espíritu y por la humildad y tolerancia, cualidades que **debemos saber mantener en el diálogo alturado y respetuoso**, en la común y auténtica búsqueda de mejor comprensión de la verdad. La historia de la Iglesia nos alecciona acerca de las ambivalencias de las que debemos estar conscientes.

De la misma manera que se aboga por disciplina y posible acción drástica frente a la “herejía” probada, debemos también cuidarnos de la actitud inquisitorial apriorista, que bajo un pseudo sentido de “poda protectora” esconde una mentalidad retrógrada y autoritaria, negación de la más elemental vida de la comunidad del Espíritu. Más bien debemos someter al juicio de la historia decisiones de cercenamiento del cuerpo que podrían estar representando juicios parciales, intempestivos y faltos de un tratamiento más meditado corporativamente, carentes del amor y la paciencia histórica dignos del cuerpo de Cristo, y del respeto que se merecen quienes pueden haber caminado y sufrido en una larga trayectoria con la iglesia. Más que de la descendencia de los Torquemada, somos de la estirpe de Cristo, que poda y limpia su vid “para que llevéis fruto... y... para que os améis unos a otros como yo los he amado” (Juan15:1-12).

En consecuencia, debemos también deplorar el hecho de que eventos organizados para la reflexión por la misma Iglesia, como lo son las conferencias teológicas, se tornen en oportunidades para señalamientos marginadores, en lugar de reconocer la oportunidad de escucharnos unos a otros y enriquecernos mutuamente. Mencionamos esto porque es común observar actitudes así en eventos de esta naturaleza. ¿Qué sentido tiene entonces una conferencia teológica? ¿Escuchar el eco de nuestro propio pensamiento con-

siderado “oficial” o escuchar al cuerpo de Cristo con sus múltiples dones y experiencias, en búsqueda de más comprensión e iluminación para la edificación del cuerpo y para la misión? ¿Tiene algún rol correctivo la teología en los caminos de la iglesia y su conducción? ¿No hay necesidad, especialmente desde el ámbito educacional cuyo objetivo es estudiar justamente la diversidad de aspectos vinculados a la iglesia y su misión, de aportar visiones complementarias y aún alternativas de cómo entender a la Iglesia y llevar adelante la misión?

(6) En sí, la esencia del protestantismo no es tanto una doctrina petrificada cuanto una manera de ser en el mundo, especialmente una nueva concepción de lo que significa ser Iglesia que, a su vez, debe tener implicaciones transformadoras para todas las instituciones de la sociedad en todas las épocas. La expresión ***Ecclesia reformata semper reformanda*** declara que, cualquier Iglesia que sea producto de la Reforma o esté entroncada con su tradición merece ese nombre sólo en la medida que sea capaz de sobreponerse a la tendencia a la auto-preservación *per se*, inherente a todas las instituciones humanas, y se atreva, más bien, a reformarse de tiempo en tiempo, para responder de manera creativa al reto presentado por las nuevas situaciones históricas.

Desafortunadamente, las iglesias protestantes, antiguas o nuevas, raras veces han descubierto cómo crear espacios para la operación de este principio en medio de sus estructuras. Para corregir esto es urgente dar una mirada a la historia y descubrir los movimientos renovadores y su presencia crítica o de “protesta” que abrió camino a nuevas situaciones de real avance de la Iglesia. Es urgente, también, que se reconozca la importancia de los movimientos proféticos en su seno y se apoye su formación y desarrollo, aún poniéndose en tela de juicio posturas o posiciones “ofi-

ciales” o actuales; pues de continuo en la historia estos agentes de renovación no se encuentran, por lo general, en las cúspides o en el centro de las estructuras organizacionales o sociales, sino en la periferia de las mismas. Como protestantes debemos resistir todo intento de sacralizar y considerar libre de criticismo cualquier logro del pasado, cualquier forma de vida, tradición (de ideas o costumbres) o estructura institucional. Esto nos lleva a revisar algunos usos corrientes que hacemos del concepto “fidelidad a la iglesia”. Le servimos mejor a Dios y le somos más fieles a El (y a la Iglesia), cuando asumimos una posición crítica hacia los asuntos mencionados y trabajamos por su transformación, para que “su” Iglesia, sea verdaderamente tal y cumpla con su misión histórica. El sentido de unidad y el reconocimiento del orden organizacional, no debe anular este requisito histórico para la renovación eclesial.

(7) Es fundamental que nuestro quehacer teológico se base en el **diálogo intercultural, ecuménico e interdisciplinario** como premisas para la renovación teológico-misiológica en y desde Iberoamérica. Esto, muy vinculado a asuntos relacionados con la identidad teológica denominacional, así como a aspectos doctrinales, eclesiológicos y misiológicos, considerando que somos una iglesia de identidad cristiana, de carácter internacional y multicultural. Interculturalidad y ecumenidad, que presupone el respeto y consideración de la reflexión articulada por “el otro hermano” que no sólo toma en cuenta la cultura secular de base en que se ubica cada iglesia, sino también las “subculturas” de pensamiento y ética que representan diferentes tradiciones cristianas comenzando con las pertenecientes al propio ámbito del sector protestante. Interdisciplinariedad, que presupone que la realización apropiada de la tarea hermenéutica, requiere del concurso de otras disciplinas, ellas mismas, producto del uso de la razón en su es-

fuerzo por comprender la realidad y experiencia humanas, y útiles para la comprensión del texto bíblico mismo. De particular importancia en la tarea hermenéutica es el concurso de la ciencias socio-analíticas que nos permiten comprender el proceso de producción del conocimiento (caso de la Sociología del Conocimiento), incluido el que se da en la esfera religiosa (ie. la producción teológica y establecimiento de tradiciones teológicas), y que facilita el análisis de las formulaciones teológicas, develando las ideologizaciones de la fe. Todo lo anterior, implica poner en práctica una actitud hermenéutica que parta del supuesto de renunciar a la tendencia, tan propia de todo grupo cultural o tradición eclesial, de absolutizar o de sacralizar lo propio fomentando, por el contrario, el hábito de escuchar humildemente y de contrastar honestamente, lo propio con lo de los otros. Asimismo, una renuncia a toda postura *apriorista* y reduccionista basada en un solo paradigma interpretativo, prefiriendo más bien entrar en un proceso de búsqueda creadora que tiene lugar justo cuando la interpretación va brotando como resultado de la interpelación común, mutua. Donde la voz de cada uno es percibida al mismo tiempo como una interpretación también posible, que puede ayudarnos en la permanente tarea generacional de revisar la propia tradición teológica y de prácticas misionales.

II. Iglesia del Nazareno: Historia, Situación Actual y Prospectivas

2.1 Nuestro pasado: Herencia inspiradora y aleccionadora

(8) La historia tiene un valor aleccionador e inspirador, y la revisamos con un sentido constructivo para el presente y el futuro. No hacerlo equivale a vivir sin perspectiva, sumergidos en una actitud inediatista, que evita hacer los ajus-

tes necesarios para un ministerio más relevante a la circunstancia presente. Esta, lamentablemente, ha sido la situación en la mayoría de nuestros países. Por lo cual necesitamos con urgencia hacer memoria, pero no un recuerdo como simple reseña cronológica o frío ejercicio académico, sino una memoria crítica que nos permita evaluar la trayectoria como iglesia sin temor, pero con una pasión comprometida con el propósito de Dios.

(9) Necesitamos como nazarenos iberoamericanos re-escribir nuestra historia y continuar escribiéndola hacia adelante como responsabilidad generacional y por razones de contribución a afirmar nuestra herencia e identidad. En esta tarea reconocemos que tenemos mucho camino por recorrer en el esfuerzo de una producción más sistemática y estructurada. Perteneciendo a una tradición de santidad, nuestra tarea debe realizarse con la mayor fidelidad a la verdad, al reconstruir la experiencia no sólo por el recuento de lo que nos parecieron logros y buenas acciones, sino también por el reconocimiento de los fracasos, de lo que se dejó de hacer o se hizo mal.

(10) Debemos ser agradecidos por los esfuerzos pioneros de misioneros extranjeros y nacionales, y de los innumerables ejemplos de entrega sacrificial, de los que son producto de la existencia de nuestra actual iglesia en las tierras de Iberoamérica. Mas bien, en nuestra gesta autóctona no hemos sabido potenciar y desarrollar ese legado, reflejándose fragilidad en nuestro enfoque misionológico, un reduccionismo en el ejercicio de principios organizacionales de nuestra tradición eclesial –no hay actualmente una adecuada equidistancia del episcopalismo y del congregacionalismo–, y una iglesia sin reflexión teológica en parte debido a una educación teológica que ha sido más reproductora que creadora y trans-

formadora, absorbida más en el pragmatismo, y limitadora en cuanto a facilitar los espacios de reflexión frente a un contexto cada vez más desafiante.

2.2 Nuestro presente: El imperativo de un análisis con integridad y de la reorientación consistente de las estructuras programáticas

(11) Debemos realizar un análisis permanente, auténtico y corrector de la vida de la iglesia para estar a la altura del cumplimiento de nuestra misión. Al realizar los diagnósticos situacionales, estos deben ser hechos con integridad, de manera que nos permitan ver con claridad no solo los logros, sino también los fracasos de nuestro pensar u obrar. Esto se torna más imperativo en una iglesia como la nuestra cuya tradición se ubica en el movimiento de santidad, es decir, de afirmación de la integridad cristiana. El practicar diagnósticos con autenticidad debe llevarnos de manera normal a vías y expresiones de arrepentimiento, sin lo cual no hay futuro posible que se llame santo y cristiano. Las actitudes triunfalistas y arrogantes no deberían tener cabida en nuestro medio. El común impulso para exhibir el éxito *per se* no debe sobreponerse a la fidelidad a Dios y a los valores de su reino. Y los propios valores que afirmamos como esenciales a nuestra iglesia, deberían ser los criterios apropiados para evaluar nuestra caminata.

(12) Para nosotros, el planificar y el actuar consistentes debería implicar una inteligencia y una comprensión del contexto en el que se ejerce el ministerio. No hacerlo así conlleva la propensión a errar en la acción y a autoengañarse. Por ello, es responsabilidad del liderazgo tener un perfil claro de la época, el discernir los “signos de los tiempos”, es decir, entender las problemáticas

fundamentales de nuestra generación y las coyunturas temporales, percibir las corrientes de pensamiento e ideologías que están influenciando al mundo y a la propia Iglesia. La realidad iberoamericana se nos presenta compleja y con diversos escenarios problemáticos, algunos de los cuales reflejan una verdadera crisis social. Tanto los datos demográficos, culturales, económicos, sociales, políticos, religiosos y espirituales nos presentan desafíos de diferente orden frente a los cuales la iglesia debe saber responder.

El problema de la niñez y de la juventud, los movimientos migratorios y las grandes concentraciones urbanas, las regiones rurales abandonadas, los grupos étnicos no alcanzados, migrantes de nuevo tipo o la subestimación o maltrato de grupos étnicos; la pobreza masificada, la globalización del sistema económico neoliberal, la concentración de la riqueza y la polarización social, la injusticia y quiebra de los derechos humanos, la corrupción generalizada y el agotamiento del llamado sistema democrático; la inestabilidad e inseguridad social; la globalización y el contexto postmoderno, el pluralismo y mentalidad hedonista, el materialismo; el nominalismo religioso y la religiosidad popular; el mercado de opciones religiosas y el resurgimiento de las etnoteologías, el evangelio de la prosperidad y la espiritualidad escapista. Todos ellos nos interpelan como iglesia en términos de si es posible alguna respuesta esperanzadora.

(13) Descubrimos que frente a este magno desafío, al pueblo evangélico le cabe una revisión y replanteamiento de su situación y forma de operar, para estar en condiciones de dar una respuesta coherente. En primer lugar, como en algunos países todavía somos una proporción minúscula, nos cabe crecer consistentemente en base a un sólido discipulado para poder gravitar

más significativamente en nuestras naciones. Como pueblo nazareno, nos cabe hacer esfuerzos de coordinación y de trabajo conjunto con el resto de las iglesias evangélicas de tal manera que las acciones desde el evangelio y desde lo evangélico, puedan tener mayor trascendencia... La actual atomización, aislamiento y, a veces, mentalidad sectaria de las iglesias, las hace más débiles en su intento de contribuir a las transformaciones de nuestras sociedades.

(14) Por otro lado, es necesario repensar y redirigir nuestras estructuras organizacionales y programáticas, de tal manera que estén en función de estos grandes desafíos y con un tipo de proyección más de carácter externo que de funcionamiento, consumo y autoevaluación rendimiento-efectividad hacia el interior (i.e. lo comparativo cuantitativo o cualitativo hacerlo en relación al *corpus* cristiano externo del cual somos parte y a la realidad social que nos circunda). La adecuada relación entre naturaleza esencial de la iglesia y sus formas y estructuras, es algo que constantemente se debe estar revisando, dado que la eficacia transformativa histórica y cultural de las últimas sufren desajustes y desorientaciones al cambiar los tiempos y los contextos, pero no solo por ello, sino por la misma desorientación de la propia iglesia en cuanto a sus objetivos esenciales. Las formas más apropiadas tendrán que ver con cada contexto y su reconstrucción debe ser un proceso que, comenzando en el nivel de la iglesia local, alcance a toda la iglesia, en sus niveles distrital, nacional, regional y mundial. Las estructuras dominadas por paradigmas de las ciencias administrativas modernas deben ser revisadas a la luz de los tipos y paradigmas escriturales, rechazando los rasgos antitéticos a éstos, afirmando que: somos el cuerpo de Cristo, la familia de Dios, la comunidad del Espíritu en el mundo y no

tanto el modelo de una corporación transnacional con sucursales allende un eje geográfico y dueña del capital empresarial. Así, la renovación debe tener el aporte de carácter orgánico de parte del cuerpo, en todas sus instancias y abarcando el nivel mundial, reflejando su rica naturaleza carismática y multicultural. Esta tarea no es nada fácil, pero es planteada para que se comience dando los primeros pasos, reconociendo que nuestra denominación tiene instancias establecidas. Pero, es aquí donde se hace urgente revalorar los principios que dan soporte a nuestra estructura organizacional representativa a la que pertenecemos, recuperando su plena vigencia de balance adecuado de autoridad entre el episcopado y la congregación, revisando nuestro estilo de conducir y hacer las cosas en las relaciones a todo nivel y entre todo nivel (local, distrital, zonal o de área, regional y mundial), a la luz del mismo principio.

Nuestro futuro: Afirmemos nuestros valores medulares con creatividad y consecuencia

(15) En primer lugar y en términos misionales, entendemos “el futuro” como el presente que se vive consistente y continuamente abriéndose hacia un mañana, orientado por valores definidos que se pretenden plasmar a plenitud; un proyecto histórico orientado hacia adelante pero que hunde sus raíces en el pasado en tanto memoria y herencia de una experiencia viva; en suma: identidad en acción prospectiva y en búsqueda de plenitud. Necesitamos hoy y hacia adelante, **esforzarnos para que los valores medulares de nuestra iglesia tengan vigencia** y no sean una mera declaración vacía. Que se ejerzan en toda instancia de la iglesia y en todas las realidades geográficas, sociales y culturales donde ésta se encuentre. Dichos valores medulares deben ser los

criterios por medio de los cuales debemos evaluar nuestra vida y misión. Pero estos mismos valores, si son mediatizados a través de formulaciones doctrinales y hechos parte de la tradición teológica, deben estar abiertos a revisión por cada generación, a la luz de la primacía autoritativa de las Escrituras, el nuevo contexto que se vive y el mejor uso de los criterios hermenéuticos a disposición.

Somos pueblo, cuerpo, comunidad

(16) En primer lugar afirmamos que somos pueblo, el pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, sacerdocio universal y, como tal, una comunidad de personas con diversidad de dones y todos igualmente llamados al ministerio, es decir, al servicio en la iglesia y en el mundo desde la perspectiva de los valores cristianos. Con diferentes funciones en el cuerpo, necesitados los unos de los otros y mutuamente sujetos los unos a los otros y todos al Señor. De ninguna manera una comunidad clerical ni elitista, sino de servicio y edificación del prójimo y del conjunto del cuerpo, para el cumplimiento de la misión. Este concepto de cuerpo tiene su manifestación básica en la iglesia local pero la trasciende, debiendo también reflejarse en la iglesia organizada más amplia y universal.

Como concepto clave, debe orientar el tipo de organización y relaciones que desarrollemos como iglesia. Nuestra cultura organizacional debe reflejar que somos el cuerpo de Cristo, que busca encarnar los valores de su vida, sobre todo en la dinámica del servicio. Por lo tanto, debe rechazar los vicios y costumbres de modelos mundanos que, lamentablemente, a veces se ven inmiscuidos en nuestras prácticas institucionales, reflejados en estilos de conducción, de visión monocular que marginan o anulan el uso pleno y desarrollo

de los dones del cuerpo y de sus miembros más aptos, debido a auto percepciones difíciles de sostener a la luz de análisis más meditados y proyectados a instancias más completas y amplias del propio cuerpo que es la iglesia; la verdad, debe llamarnos la atención el hecho de que, a veces, pareciera que en el medio secular se guarden mejores principios que en nuestro propio medio eclesial.

Somos pueblo cristiano

(17) Debemos afirmar la identidad cristiana que compartimos en solidaridad con los cristianos de todas las generaciones y de todas las tradiciones. Esta afirmación no debe ser sólo a nivel de “credos” o declaraciones históricas básicas, sino una demostración palpable de dicha identidad de manera testimonial, que incluya un esfuerzo de unidad ecuménica entre los diferentes grupos y el rechazo de un espíritu sectario o de orgullo denominacional; donde se reconozcan los dones comunitarios en el cuerpo más amplio de la iglesia, y en donde la mutua edificación que no deja de lado el aspecto apologético por lo imperfecto de la vida humana y de toda tradición, se haga en un verdadero espíritu de humildad, de amor y de servicio. No la indiferencia pero tampoco la imposición. Más bien, la actitud mutuamente persuasiva encarnada en medio del respeto y el servicio, que busca testimoniar frente al mundo, que somos uno en el Señor.

Somos pueblo que afirma lo central de la santidad en la vida cristiana

(18) Categóricamente afirmamos que somos llamados a ser un pueblo santo, apartado para propósitos divinos y comisionado a la realización plena del ideal del carácter perfecto de Dios. Ya de gracia hemos recibido el Espíritu Santo para

la realización de dicha obra de Dios en nuestras vidas. Pero, como sus colaboradores, nos corresponde luchar con denuedo por nuestra santificación y por la de su Iglesia. Pero dicha pasión por la santidad significa en primer lugar veracidad y autenticidad de vida y de conciencia con respecto a la identidad (de “santidad”) que decimos poseer. Ello implica tener los siguientes criterios en cuenta:

a. Nuestras expresiones doctrinales deben estar firmemente basadas en las *Escrituras*; en la sana *tradición* teológica, pero ella misma necesariamente abierta a revisión; en la *experiencia* de vida personal y social; y en el uso apropiado de la *razón* como facultad mental y como aportes del conocimiento en las diversas disciplinas del saber, especialmente de las ciencias humanas y sociales que se abocan a la comprensión del ser humano. Cualesquiera que sean nuestras expresiones doctrinales, al ser parte de una tradición teológica, deben estar siempre sujetas a revisión a la luz de una búsqueda actualizada y más clara y pura de la verdad.

El compromiso con Cristo, la Verdad, debe llevarnos a actitudes valientes de rechazo de vestustas tradiciones que en lo más profundo del fuero interno, la conciencia, como en la situación comunitaria en que estamos inmersos, no corresponden a la verdad/realidad. No hacer esto es devenir en una especie de idolatría de la tradición y las doctrinas. Para este esfuerzo de clarificación y entendimiento, los métodos o instrumental hermenéuticos que utilicemos deben ser entendidos en su naturaleza principista, utilizando los últimos avances en el campo de la interpretación, evitando el fanatismo y anquilosamiento en procedimientos desactualizados.

b. Por sobre todo, nuestra identidad santa, más que expresada teóricamente en fórmulas teológicas debemos hacerla carne, buscando asemejarnos más a Cristo de manera estable y permanente, teniendo como criterio evaluador de la autenticidad de ello, la eficacia ético-transformativa en nuestras vidas y de la situación histórica en la que, como iglesia, estamos inmersos. Esto nos hace remarcar la importancia de hacer énfasis en el “qué y cómo se manifiesta la santidad en la realidad concreta”(ética)- terreno objetivo y común para diferentes grupos en la tradición cristiana y evangélica-, más que en el “cómo se entra a ella” que, aparte de la conversión - otra vez ámbito objetivo de común acuerdo en la tradición cristiana y evangélica-, es un asunto no absoluto de la identidad cristiana y de santidad, y sobre lo cual hay variedad de entendimientos(dada su naturaleza subjetivista), aún en el mismo movimiento de santidad y en la propia denominación.¹

(19) Por lo tanto, se hace vital pasar a una discusión abierta y sincera, sin temores ni amedrentamientos de ninguna clase, de nuestra propia tradición, en la medida en que ésta pudiera reflejar falta de claridad o desviación de lo que creemos que debe ser. Al respecto es necesario centrarnos en el rasgo doctrinal que se considera como vital para fijar la “identidad teológica” de la denominación, gen distintivo en el complicado árbol genealógico protestante de especies y subespecies de familias eclesiales: la cuestión de “lo segundo” (“segunda obra de gracia”, “entera santificación”, etc.).² Y, volvemos a enfatizar esta discusión como necesaria por la pasión misma que tenemos por la santidad, que es autenticidad y verdad en lo más profundo del fuero interno, y como búsqueda de coherencia y consistencia con otros valores que afirmamos. Esto asimismo, no

es sino poner en práctica algo de lo que mencionamos en la parte introductoria: la necesidad de revisión, por cada generación, de la propia tradición teológica, de discernir periódicamente en ella entre la verdad y lo que parece serlo, lo que es media verdad o asunto parcial, contradictorio, no de fácil comprensión y que se puede prestar al juego ideológico o comportamiento hipócrita. Como un incentivo a la reflexión y al trabajo sobre el particular, se añade nota de pié de página, fuera del texto principal de esta declaración³

Somos un pueblo con una misión integral

i. Adoración, discipulado, evangelización, responsabilidad social

(20) Nuestra misión es integral y orgánica. Al establecer nuestras iglesias locales, se nos llama a formar centros de reunión en donde la adoración y la ética son las dos caras de una misma realidad que se refuerzan mutuamente y donde el amor y la santidad son plasmados en el servicio y la edificación mutua como firme base testimonial que se extiende en la compasión por los prójimos en su integridad, y en el hacer discípulos auténticos, objetivo y criterio de evaluación del cumplimiento de la “gran comisión”.

Evidentemente, el hacer discípulos debe comenzar por el ser nosotros mismos discípulos verdaderos y consecuentes del Señor, testigos encarnados, lo cual debe llevarnos a un compromiso insoslayable con la misión holística del Espíritu, en la evangelización y la ayuda a los necesitados que no se agota en las actitudes filantrópicas sino que asume las luchas por la defensa de los derechos humanos y la justicia social propios de la perspectiva escritural. Con relación a estos valores, algunos asuntos relevantes a nuestra época:

a. Necesitamos recuperar una perspectiva misionológica que sea más fiel al mandato de Jesucristo, haciendo del discipulado consistente el objetivo central y cualitativo de la vida y misión de la iglesia, y no el apéndice de un impulso prevalentemente cuantitativo que es hacia donde gravita el parámetro de medición y evaluación actual.

b. En la evangelización transcultural y mundial, debemos usar modelos más indígenas, autóctonos, totalmente contextualizados, donde los agentes de dicha misión transcultural evangelizadora (comúnmente llamados “misioneros” entre nosotros), más que organizar, diseñar y mandar la visión y programas, se pongan al costado como colaboradores y servidores de la visión y proyectos de las iglesias locales, distritos y países donde se esté presente, cuyos miembros y dirigencia son los protagonistas y agentes misioneros fundamentales.

La cuestión de la base económica de la indigenización o autoctonía es asunto que requiere un amplio y maduro debate entre nosotros, y el uso de sólidas referencias bíblicas e históricas acerca del desarrollo misional y de perspectivas relacionadas a los avances en los estudios sobre el desarrollo humano en general. Asimismo, es necesario tomar en cuenta el diálogo interreligioso como una clara línea de acción misionológica que corresponde a nuestra época, de pleno reconocimiento de las identidades culturales y de los derechos humanos para todos, revisando cierto tipo de aproximaciones proselitistas y apologéticas que corresponden a otro entorno histórico. Máxime, cuando afirmamos que la fe cristiana debe ser un verdadero agente de reconciliación y sanación en un mundo fracturado y herido, en buena medida por confrontaciones que parecen tener resabios de una mezcla de religión y cultura, y en donde la cristiandad occidental y poderosa tiene buena cuota de responsabilidad.

c. Debemos considerar seriamente como iglesia jugar el rol profético que nos corresponde, levantando nuestra voz de protesta especialmente frente a los acuciantes problemas sistémicos actuales como el de la guerra; la discriminación étnica, de género y de clase social; los sistemas económicos que facilitan la concentración de la riqueza en unos pocos y la masificación de la pobreza; los sistemas jurídico-políticos que bajo el falso manejo del argumento de la libertad facilitan la expansión y difusión de la corrupción a nivel mundial de sistemas económicos especulativos, de la perversión sexual, de la violencia, de modelos consumistas de vida y depredadores de los recursos de la naturaleza, y de muchos otros males que deben de ser confrontados como pueblo de santidad que lucha contra el pecado (personal y estructural) en el mundo,.

ii. Mandato cultural y misión en el mundo: Compromiso con una educación integral que abarca la Educación Superior Interdisciplinaria

(21) El mandato cultural, previo al “gran mandamiento” y a la “gran comisión”, pero íntimamente relacionado con ellos, nos hace tomar conciencia de nuestra responsabilidad para con la creación y con toda la humanidad. Ello debe llevarnos a hacer esfuerzos por promover entre nosotros la educación superior interdisciplinaria, como algo central a nuestra perspectiva de misión integral, al preparar los recursos humanos que puedan encarnar los principios del evangelio en las diferentes esferas de la sociedad, respondiendo así de manera más amplia y racional en nuestro servicio al mundo. Como pueblo de Dios, somos una comunidad de carismas, con vocaciones y ministerios múltiples para el servicio en la iglesia y en el mundo. Nuestro aporte informado y con conocimiento técnico es parte, también, del testimonio cristiano y de nuestra postura ética frente al

mundo. Es una sobrestimación espiritualista lo que las iglesias locales pueden hacer para transformar la sociedad desde los valores cristianos, sin recurrir a otras disciplinas y sus aplicaciones, asunto propio del ámbito de la educación superior multidisciplinaria. Por consecuencia también, el actual modelo seminario como centro principal y/o exclusivo de formación del liderazgo de la denominación aparece limitado y obsoleto frente a la necesidad de una formación interdisciplinaria que requiere la inserción relevante frente a los desafíos que presenta la sociedad contemporánea. Al ser esto una convicción y valor medular de nuestra iglesia, debemos evitar al igual que con otros valores, que sea una mera declaración verbal, teniendo mayor responsabilidad las instancias ejecutivas correspondientes del apropiado desarrollo institucional de la Iglesia.

Concluimos esta declaración con la firme convicción de que es Dios mismo quien convoca a su iglesia a ser una ***ecclesia reformata et semper reformanda***, un pueblo que ansía estar a la altura de su vocación y responsabilidad. Él mismo buscará usar desde dentro de su pueblo fiel y en el poder del Espíritu, a aquellos dispuestos a cumplir sus propósitos renovadores en la historia y engrandecer su Reino. Por una Iglesia del Nazareno iberoamericana, realmente cristiana, de santidad auténtica y comprometida con la misión y valores del Reino de Dios y su justicia ¡A Dios sea la Gloria! □

—**Humberto Fernando Bullón**
San José, CR, junio de 2005

El doctor Bullón, peruano, es profesor del Seminario Nazareno de las Américas (SENDAS) y de la Universidad Evangélica de las Américas (UNELA), ambas instituciones radicadas en Costa Rica. La docencia la ejerce en campos que conectan la misión cristiana, la administración de la educación y el desarrollo social.

Su formación profesional incluye un título en ingeniería agroindustrial, con estudios posgraduados en antropología, economía agraria y administración. Obtuvo su doctorado en estudios del desarrollo socioeconómico en la Universidad de Manchester. También, realizó estudios especiales en teología y desarrollo en el Oxford Center for Mission Studies.

Notas Bibliográficas

- ¹ Ver recientes anales de la Conferencia Mundial de Teología Nazarena, Guatemala 2002
- ² En este punto se difiere de lo declarado de manera tradicional en la “Carta de Afirmación”, por no tomar en cuenta las discusiones y avances de revisión tenidos en la Conferencia Mundial de Teología Nazarena, Guatemala 2002. (Mesa sobre ‘Santidad’)
- ³ A manera de reflexión crítica de la cuestión mencionada es necesario el levantamiento de algunas interrogantes relacionadas con circunstancias y realidades objetivas percibidas, captadas en actitudes, expresiones y comportamientos entre nosotros, dignos de meditación. Confrontamos tradición teológica (lo que se repite como parte de la ‘doctrina’) y experiencia eclesial (lo que se percibe en la vida de la iglesia), con la Escritura y la razón, para discutir sobre el tema

En primer lugar, debemos preguntarnos si dicho rasgo puede asumirse como esencial y absoluto de nuestra identidad como denominación nazarena, si es que se considera a ésta como una iglesia de carácter mundial, de composición multicultural, con diversidad geosocial e intergeneracional; sobre todo de multifacética experiencia espiritual del encuentro de cada creyente con el Señor, a los pies de la Cruz, y de la acción de su Espíritu en sus vidas particulares. Usando la razón, y en este caso los datos de la Sociología del Conocimiento, toda producción intelectual tiene un origen situacional, sea esta ciencia, arte, filosofía o teología, en donde la experiencia vital juega un papel importante en la producción de los conceptos o doctrinas. No negamos el asunto de la autenticidad experiencial que pueda haber llevado a ciertos padres fundadores de la denominación a colocar el asunto de lo segundo como algo importante a su gene-

ración y contexto; y también coincidente con otros de otras generaciones y contextos. Pero no es la única experiencia de dicha “entrada” a la vida de entera santificación, ni la única hermenéutica que se pueda hacer de las Escrituras para colegir la experiencia; esto, a la luz de la global experiencia histórica del pueblo de Dios, y de la experiencia dentro de la misma denominación. Por ello, en términos de lo objetivo del carácter santo es asunto que no debe absolutizarse ni pasar a ser un rasgo esencial o definitorio de la identidad de santidad de la iglesia.

En segundo lugar y en relación con lo anterior, debemos preguntarnos si no aparece como contradictoria la afirmación de que somos parte del cuerpo de Cristo y que tenemos una consideración respetuosa de la valía, integridad y santidad de los otros cristianos, particularmente del movimiento de santidad y las iglesias evangélicas en general. No podemos negar que el sobre énfasis particular tiene visos como de auto calificación de ser los poseedores de la “esencial”, “mejor” o “verdadera verdad”; por consecuencia motivo de cierto orgullo o fanatismo excluyente y línea de demarcación divisoria con otros cristianos. Así, ¿Qué es lo que se percibe, se da a entender o se refleja cuando un asunto de orden parcial y secundario, se lo hace clave absoluta de la identidad cristiana y santa? ¿No es que dicho rasgo secundario comienza a aparecer entonces como una especie de “rito esencial de paso” o pago de una “cuasi indulgencia” para ser considerado de la denominación (“verdadero nazareno”); que por implicación (si alguien quiere mantenerse en ella) equivaldría a connotaciones de la manera de ser “verdadero cristiano” y de la “verdadera iglesia”; más aún, esto podría tener aún líneas subliminales y confusas con una “cuasi” condición para obtener la “verdadera salvación”? O, ¿será que en el contexto de una cultura que ha internalizado fuertemente el individualismo y la competitividad, lo que se desea es “ser diferente por ser diferente” aunque sea en una minucia? O ¿Queremos hacernos “un nombre propio” en la historia, desviación muy temprana de la raza humana (Gen.11.4)?

En tercer lugar, debemos rechazar la falsedad de conciencia (hipocresía o afirmación de lo que no corresponde en autenticidad a la propia experiencia), y más aún la manipulación de la conciencia de otros (sea por infun-

dios de temor, de despido o de “excomulgación” de la denominación, calificación como cristianos de segunda categoría, etc.) que los lleve a repetir como reales o propias expresiones o fórmulas doctrinales que no corresponden objetivamente a sus percepciones experienciales. Es común ver este procedimiento en acción entre nosotros (a saber qué tipo de eclesiología se tendrá que aparte de promover el falseamiento de conciencias, se atreven a pensarse dueños de la Iglesia como para excomulgar, expulsar, etc. ¿iglesia-firma y ellos como dueños de su capital económico, social y espiritual exclusivo y patentado?). Hacer esto equivale a alienación y a obligar a negar lo mismo que se quiere afirmar, la integridad y la verdad y, por lo tanto, la santidad (que es autenticidad). Más bien deberá buscarse que de los creyentes fluya la narración espontánea de su experiencia de santificación y no buscar “atorillarles” a la fuerza fórmulas doctrinales para que tengan luego “la experiencia” moldeada por una forma determinada de pensamiento.

El llamado a la consagración continua y total no necesita de este tipo de recursos espurios. Por ello, para desmascarar dichas situaciones de manipulación en nuestras iglesias es fundamental la constatación objetiva por un estudio serio y minucioso – usando el instrumental apropiado, con métodos de investigación válidos, aún de tipo estadístico-, de la experiencia de santificación de las membresías de nuestras congregaciones versus fórmulas doctrinales que se conocen y repiten. El hacerlo puede depararnos una gran sorpresa que si queremos ser rectos (santos) en el manejo de nuestros datos, nos podemos ver obligados a recortar nuestras estadísticas a los “verdaderos nazarenos ortodoxos de acuerdo a la fórmula” y considerar al resto, posiblemente la gran mayoría, como simples visitantes.

Pero aquí sí habría que ir con cuidado en la “certificación” o “autenticación” del producto, pues es posible constatar a partir de la experiencia social objetiva, que hay los que han demostrado total integridad a través de los años sin estar conscientes ni alardear de una especial posterior experiencia religioso-fenomenológica; en contraste con lo doblemente contradictorio, de los innumerables casos de falta de integridad de aquellos que anuncian con bombos y platillos de su “decisiva entrada” a la erradicación total del mal en sus almas por la susodicha segunda ex-

perencia, muchas veces usada para exculparse de su mal proceder y de su constante maltrato a otros.

Como lo hemos mencionado, lo discutido en estos tres incisos no busca desconocer la amplia producción sistemática de muchos de nuestros teólogos denominacionales ni sus constataciones escriturales e históricas desde determinada óptica; tampoco la experiencia válida de algunos, en el pasado o en el presente. Pero a la vez, considerando nuestro entorno generacional y coyuntural como iglesia internacional y multicultural, busca llamar la atención al hecho de que es necesario dejar de lado el ensimismamiento y/o los complejos obsesivos y mesiánicos (¿salvíficos para con el pueblo cristiano?), que hacen perder la objetividad de la realidad de lo que está pasando en nuestras propias congregaciones, así como en el cuerpo más amplio de la iglesia cristiana; y de qué es lo esencial de la vida de santidad y de la misión cristiana. Lo que está pasando en nuestras congregaciones no por

mala, o falta de, enseñanza sobre cuál es la identidad nazarena y qué se debe creer, sino como una realidad fáctica de cómo la gente está experimentando su vida cristiana y su experiencia de santificación, en un contexto histórico totalmente diferente. Ya en la mencionada Conferencia Mundial de Teología Nazarena de Guatemala 2002, se hicieron avances en cuanto a la relativización más que absolutización del mencionado rasgo y, por lo tanto, la necesidad de tener una perspectiva más inclusiva del pueblo de Dios, al centrar el carácter de lo santo identitario, en cualidades más objetivas y estables. En fin, nuestra permanente tarea generacional es revisar nuestra tradición, la que no es intocable (por más excelsos y reputadas que puedan haber sido las autoridades y mentes humanas que nos la legaron), y de tratar de despercudirla del polvo de la inautenticidad, para que el “vino antiguo y nuevo a la vez del evangelio” se manifieste y renueve verdaderamente vidas y estructuras, en el tiempo y lugar que nos ha tocado vivir y servir.

LA FAMILIA EN LA BIBLIA - II: La Familia en el Antiguo Testamento *

Jorge E. Maldonado

Resumen

Con base en el estudio de pasajes relevantes del Antiguo Testamento, el autor plantea lo que considera el paradigma de Dios para el matrimonio y la familia, así como la forma en que ésta última constituyó en el eje de organización del pueblo de Israel, el pueblo del Pacto. Así mismo, se hace un recuento panorámico de cómo la cercanía o distanciamiento del pueblo del Pacto con respecto a Dios tuvo sus implicaciones en la vida de las familias que conformaban ese pueblo.

Palabras Clave

Familia y creación, matrimonio, lazos familiares, relación monogámica, familia y bendición, familia y espiritualidad

Los hombres que Dios usó para escribir la Biblia no fueron sociólogos ni sicólogos, sino personas que conocieron a Dios y que estuvieron interesados en la manera como Dios se relaciona con el hombre en la historia de la salvación, a fin de que el hombre le reconozca y le adore. Sin embargo sus escritos contienen referencias a la familia: sus estructuras, sus funciones y sus relaciones.

El modelo de Dios para el matrimonio y la familia encuentra su primera expresión en el relato de la Creación en Génesis 1 y 2. Aquí encontramos ya los conceptos básicos mediante los cuales toda familia está llamada a vivir. La primera pareja es como un prototipo, como un modelo creado por Dios mismo al momento de la creación.ⁱ El matri-

monio y la familia, como todo el resto de lo creado, es un don del Creador para el bienestar del hombre. Génesis 1:27 subraya el origen divino de la sexualidad humana. Génesis 1:28 bendice y capacita la propagación de la raza humana. Génesis 1.31 pronuncia la aprobación divina sobre el matrimonio.

En el relato de la creación de Evaⁱⁱ, el Creador establece el compañerismo como el principal propósito del matrimonio.ⁱⁱⁱ La creación de la mujer de la costilla del hombre^{iv} apunta a la afinidad divinamente establecida entre esposo y esposa, al punto que Adán en forma muy perceptiva dice: “Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne”^v. Además, establece la unidad del matrimonio: lo que originalmente fuera “una carne” en Adán antes de que Eva fuera formada, llega a

ser “una carne” en el matrimonio. De modo que, creados y bendecidos por Dios en la relación familiar, no hay lugar para la vergüenza por lo que “ambos estaban desnudos y no se avergonzaban”^{vi}.

El uso de las palabras “hueso de mis huesos y carne de mi carne” en el Antiguo Testamento se relaciona no sólo con la procedencia biológica si no también con la relación de parentesco, de lazos familiares. Génesis 29:14, Jueces 9:2 y Nehemías 5:5^a muestran que los términos “hueso” y “carne” en el ambiente hebreo significaba relación familiar y no sólo marital.^{vii} En estos términos reconocemos que la familia como tal es una institución establecida por Dios mismo, por su voluntad y acto creativo, y no meramente un fenómeno cultural. Además, en Génesis 1 y 2 se establece la dirección monogámica de la familia. Aunque no siempre se observa tal principio en el A.T., las palabras de Jesús en Mateo 19:3-9 lo confirman definitivamente.

Génesis 3 describe lo que se conoce como la “caída del hombre”. El pecado de Adán y Eva no fue la relación sexual como a veces se ha popularizado. El pecado consistió en la desobediencia explícita a un mandamiento de Dios. Es más, el pecado fue un acto de rebeldía contra el Creador, desconfianza de lo que el Señor había dicho y un deseo de sacudirse de su autoridad para ellos llegar a ser “como Dios”^{viii}. Por supuesto que esto produjo el juicio de Dios sobre nuestros primeros padres, y la relación familiar ha quedado afectada hasta hoy. La vergüenza aparece en la pareja^x. El temor les incita a esconderse de Dios^x. La acusación y la evasión de responsabilidades se hacen presentes^{xi}. Los hijos vienen al mundo con dolor y el pan cotidiano se gana con esfuerzo^{xii}. Además la rivalidad y la violencia entre hermanos dan un golpe mortal a la primera familia^{xiii}.

Aunque el pecado afectó todas las relaciones del hombre, mayormente sus relaciones familiares, es en el contexto de la familia que Dios pronuncia la primera promesa de redención^{xiv}. Es la “simiente” (Hebreo: *zera*; Griego: *esperma*) de la mujer, la raza humana continuada por medio de la familia, que proveerá el medio para que el Redentor del mundo se encarne^{xv}. De modo que, la vida humana, el pecado humano y la redención humana están íntimamente ligados a la familia.^{xvi}

Es por medio de una familia, la familia de Noé, que Dios preserva la vida sobre la tierra y la raza humana continúa^{xvii}. Es a través de Abraham y su familia que Dios Quiere bendecir a “todas las familias de la tierra”^{xviii}. Para el pueblo de Israel el matrimonio y la familia mantuvieron un sentido teológico muy profundo y estuvieron íntimamente relacionados con la fe en Jehová, el Dios del Pacto, y con el cumplimiento de las promesas hechas en él mismo. El pacto hecho a Abraham es ratificado a su familia, a su hijo Isaac y a su nieto Jacob^{xix}. El Salmo 105 es claro en vincular el pacto hecho con Abraham y el pacto hecho con todo el pueblo de Israel en el Monte Sinaí. Este último viene a ser el desarrollo y el cumplimiento del primero. El pacto en el Sinaí fue interpretado posteriormente por Oseas y otros profetas figurativamente como el pacto de matrimonio entre Jehová e Israel^{xx}. De modo que la relación de Dios con su pueblo mediante el Pacto gira alrededor de la idea del matrimonio y de la familia.^{xxi}

En el tiempo de la peregrinación de Israel por el desierto la estructura tribal de Israel se definió. Una tribu estaba formada por varios clanes que a su vez eran grupos de familias unidas por lazos de consanguinidad^{xxii}. En esa estructura social Israel veía a cada individuo como miembro de una familia. Cada familia a su vez estaba unida a otras familias y formaban un clan. El clan a su vez es-

taba unido en grupos más extensos formando las tribus. De modo que toda la nación de Israel era en efecto, una gran familia de familias.^{xxiii} La familia individual era entonces la unidad básica de su sociedad y el padre era la cabeza reconocida de esa unidad social fundamental. Por eso la formación de la identidad nacional y el entrenamiento en la fe para cada nueva generación estaba en manos de la familia^{xxiv, xxv}.

Cuando el pueblo de Israel se rebelaba contra Dios, la familia, que estaba llamada a ser el altar de la fe y de la instrucción espiritual, se convertía en el foco de desorientación^{xxvi}. El deterioro de la familia era un poderoso recordatorio para “volver a Dios”^{xxvii, xxviii}. Así varios de los profetas levantaron sus voces para hacer volver al pueblo a una relación familiar más satisfactoria como parte de su compromiso con Dios. Oseas fue un testimonio viviente de la preocupación de Dios por la monogamia. Miqueas abogó por el amor en la familia y el respeto por los progenitores. Isaías proclamó la fidelidad conyugal de Yahweh el esposo hacia Israel. Ezequiel continuó favoreciendo el matrimonio monogámico y el reconocimiento de un sitio más alto para la mujer tanto en la familia como en la sociedad. □

—**Jorge E. Maldonado**

El doctor Maldonado es pastor, sociólogo y terapeuta familiar. Es miembro fundador y actual presidente de la Asociación Latinoamericana de Asesoramiento y Pastoral Familiar EIRENE, un movimiento dedicado a la salud integral de la familia hispana en todo el continente. Fue Secretario Ejecutivo de la Oficina de Ministerios Familiares y Secretario Ejecutivo Interino de Evangelización del Consejo Mundial de Iglesias en Ginebra, Suiza. Ha sido, también, Rector del Centro Hispano de Estudios Teológicos de la Iglesia del Pacto Evangélico en Los Ángeles, California.

(*) Tomado de: Maldonado, Jorge E., *La Familia en la Biblia*. Quito: EIRENE. Serie Monografías Eirene No. 5, pp.3-5. [Usado con permiso]

El doctor Maldonado es pastor, sociólogo y terapeuta familiar. Es miembro fundador y actual presidente de la Asociación Latinoamericana de Asesoramiento y Pastoral Familiar EIRENE, un movimiento dedicado a la salud integral de la familia hispana en todo el continente. Fue Secretario Ejecutivo de la Oficina de Ministerios Familiares y Secretario Ejecutivo Interino de Evangelización del Consejo Mundial de Iglesias en Ginebra, Suiza. Ha sido, también, Rector del Centro Hispano de Estudios Teológicos de la Iglesia del Pacto Evangélico en Los Ángeles, California.

Referencias Bibliográficas

- i Grelot, Pierre (1964). *Man and Wife in Scriptures*. New York: Herder & Herder, p. 37.
- ii Génesis 2.18-25.
- iii Granberg, Lars I. (1971). *Marriage is for Adults Only*. Grand Rapids: Zondervan, p. 30.
- iv Génesis 2.21.
- v Génesis 2.23.
- vi Génesis 2.25.
- vii Wegner, Walter. (1970) “God’s Pattern for the family in the Old Testament” en Oscar Feucht. *Family Relationships and the Church*. Saint Louis: Concordia Publishing House, p. 29.
- viii Génesis. 3.5.
- ix Génesis 3.7, 10.
- x Génesis 3.8, 10.
- xi Génesis 3.13.
- xii Génesis 3.16.
- xiii Génesis 4.8.
- xiv Génesis 3.15.
- xv Gálatas 4.4.
- xvi *Ibid.*, p.43.
- xvii Génesis 6.9-8.22.
- xviii Génesis 12.3.
- xix Salmo 105.9-10

^{xx} Oseas 2.19-23.

^{xxi} Jacobs, Edmond. (1958). *Theology of the Old Testament*. New York: Harper & Brothers, p. 77.

^{xxii} Josué 7.14-18.

^{xxiii} Wegner, op. cit., p. 32.

^{xxiv} Deuteronomio 6.4-9.

^{xxv} Caemmerer, Richard R. (1957). "The Human Family in God's Design", en Feucht, Oscar. *Helping Families through the Church*. Saint Louis: Concordia Publishing House, p. 7.

^{xxvi} Jeremías 9:13-14, Amós 2:4.

^{xxvii} Ibid.

^{xxviii} Miqueas 7:6-7.

Una Visión Para el Ministerio Cristiano: La Educación de los Ministros en la Iglesia del Nazareno*

Al Truesdale, Ph.D.

Resumen

El autor, conocido educador teológico nazareno, ha sintetizado en este documento algunos de los aspectos más relevantes relacionados con el ministerio ordenado en la denominación. Teniendo como marco una somera declaración respecto a la naturaleza y misión de la iglesia, se define la vinculación entre la iniciativa de Dios, el llamado y el ministerio ordenado. También se enfatiza en las implicaciones del ministerio ordenado que se hacen evidentes en las responsabilidades que se le adscriben, por la misma naturaleza de su llamado.

Palabras Clave

Iglesia, historia de Dios, ministerio ordenado, llamado divino, responsabilidades

Marco Eclesiológico

El propósito principal de todas las personas, de hecho, de toda la creación, es adorar, amar y servir a Dios. Dios mismo se ha dado a conocer en sus actos de creación y redención. Como Redentor, Dios ha llamado a la existencia a un pueblo, la iglesia, que personifica, celebra y declara su nombre y sus caminos. La relación de Dios con su pueblo y el mundo constituye la historia de Dios. Esa historia está registrada principalmente en el Antiguo y Nuevo testamentos, y continúa siendo expresada por el Cristo resucitado que vive y reina como cabeza de su iglesia. La iglesia vive para declarar, en su totalidad, la historia de Dios. Esto lo hace de varias maneras: en la vida de sus miembros que están, incluso, siendo trans-

formados por Cristo, a través de la predicación, los sacramentos, el testimonio oral y la misión. Todos los miembros del cuerpo de Cristo son llamados a ejercer un ministerio de testimonio y servicio. Nadie está excluido.

Ministerio Ordenado y Llamamiento Divino

En su sabiduría, Dios llama a algunas personas para cumplir el ministerio de la proclamación del evangelio y cuidar del pueblo de Dios en una forma conocida como *ministerio ordenado*. Dios es el actor clave en este llamado, no los seres humanos. En la Iglesia del Nazareno creemos que Dios llama y que las personas responden. Ellas no eligen el ministerio cristiano. Todas las personas que Dios llama al ministerio ordenado se sor-

prenden de que Él las haya llamado. Continúan siendo humildes y están maravilladas del llamado divino. El *Manual* de la Iglesia del Nazareno declara: “reconocemos y sostenemos que Jesucristo, la Cabeza de la iglesia, llama a algunos hombres y mujeres a dedicarse a la obra más oficial y pública del ministerio”, y agrega: “La iglesia, iluminada por el Espíritu Santo, reconocerá el llamamiento del Señor” (*Manual* de la Iglesia del Nazareno, párrafo 400).

Ministerio Ordenado y Responsabilidades Clave

Un ministro cristiano ordenado tiene como su principal responsabilidad declarar en muchas maneras toda la historia de Dios que ha sido cumplida en Jesús de Nazaret. Su tarea es cuidar *“como pastores el rebaño de Dios... no por obligación ni por ambición de dinero, sino como Dios quiere. No sean tiranos con los que están a su cuidado, sino sean ejemplos para el rebaño”* (1 Pedro 5:2.3, NVI). El ministro cumple este encargo bajo la supervisión de Cristo, el Pastor supremo (1 Pedro 5:4, NVI). Este ministerio puede cumplirse solamente después de un período de cuidadosa preparación. De hecho, dadas las siempre cambiantes demandas sobre el ministro, su “preparación” nunca cesa.

Una persona que ingresa al ministerio cristiano llega a ser, en sentido único, un mayordomo del evangelio de Dios (Tito 1:7). Un mayordomo es aquel a quien se le confía el cuidado de lo que pertenece a otro. Un mayordomo puede ser aquel que cuida a otra persona y administra la propiedad de alguien más. Todos los cristianos son mayordomos de la gracia de Dios. Pero, además, en un sentido peculiar, un ministro cristiano orde-

nado es un mayordomo del “misterio de Dios”, que es Cristo, el Redentor, el Mesías de Dios. El ministro es llamado a “dar a conocer el misterio del evangelio” (Efesios 5:19) con toda fidelidad. Como Pablo, él o ella debe predicar fielmente “Las insondables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea el plan del misterio escondido desde los siglos en Dios, el creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Efesios 3:8-10, VRV).

Para cumplir esta comisión, hay mucho espacio para la diligencia y la vigilancia, pero no hay lugar para la pereza o los privilegios (Tito 1:5-9). Los buenos mayordomos reconocen que son solamente eso, mayordomos, no los dueños, y que darán cuenta de su mayordomía a su Maestro. La fidelidad a aquel encargo y al Señor que lo ha dado es la principal pasión de la mayordomía. El ministerio cristiano, cuando es comprendido apropiadamente, nunca se considera como un “trabajo”. Es ministerio –un ministerio distintivamente cristiano. No existe mayor responsabilidad o regocijo, que convertirse en mayordomo de la historia de Dios en la iglesia de Cristo. La persona que abraza el llamado de Dios para el ministerio ordenado se colocará en la compañía de los apóstoles, los Padres de la iglesia, los reformadores de la Edad Media, los Reformadores protestantes y muchas personas alrededor del mundo que hoy sirven gozosamente como mayordomos del evangelio de Dios.

Obviamente, quien no reconozca, o quien comprenda pero rechace lo que es la completa e inclusiva mayordomía del ministerio no debería comenzar el camino que conduce a la ordena-

ción. En un sentido particular, un ministro cristiano debe modelar, en todos los aspectos, el evangelio de Dios. Él o ella deben “eludir” el amor al dinero. En cambio, el ministro debe seguir “la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre”. Él o ella deben “pelear la buena batalla de la fe” y “echar mano de la vida eterna a la que fueron llamados” (1 Timoteo 6:11-12).

De ahí que la Iglesia del Nazareno crea que “El ministro de Cristo debe ser ejemplo en todo para el rebaño (en puntualidad, en discreción, en diligencia, en sinceridad; «en pureza, en conocimiento, en tolerancia, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero; en palabra de verdad, en poder de Dios y con armas de justicia a diestra y a siniestra» (2 Corintios 6:6-7)” (*Manual*, Iglesia del Nazareno, párrafo 401.1). El ministro de Cristo es *“irreprochable, como administrador de Dios; no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no amigo de contiendas, no codicioso de ganancias deshonestas. Debe ser hospedador, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo, retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen”* (Tito 1:7-9).

Para ser buen mayordomo de la historia de Dios uno debe, entre otras cosas, dedicarse al estudio cuidadosa y sistemáticamente, antes y después de la ordenación. Esto debe hacerse, no porque él o ella estén obligados a hacerlo, sino por amor a Dios y a su pueblo, al mundo en que Él está trabajando para redimir, y por un ineludible sentido de responsabilidad. No exageramos al decir que la actitud que uno trae a la preparación para el ministerio dice mucho acerca de lo que él o ella piensan de Dios, del evangelio y de la iglesia de

Cristo. El Dios que se encarnó en Jesús y quien abrió el camino de salvación para todos dio lo mejor en la vida, muerte y resurrección de su Hijo. Para ser un buen mayordomo, un ministro cristiano debe responder de igual manera. Jesús contó muchas parábolas acerca de mayordomos que no reconocieron la importancia de lo que se les había confiado (Mateo 21:33-44; 25:14-30; Marcos 13:34-37; Lucas 12:35-40; 19:11-27; 20:9-18).

La preparación, es decir, la preparación de uno en todas sus dimensiones, debe procurarse a la luz de la responsabilidad que el ministerio involucra delante de Dios y su pueblo. Esto implica que uno debe aprovechar los mejores recursos de educación que estén disponibles.

La Iglesia del Nazareno reconoce cuán grande es la responsabilidad asociada con el ministerio cristiano ordenado y la acepta totalmente. Una manera de reconocer nuestra responsabilidad delante de Dios consiste en enfatizar los requisitos que tenemos para la ordenación y la práctica del ministerio. Creemos que el llamado a y la práctica del ministerio cristiano es un don, no un derecho o un privilegio. Creemos que Dios demanda de un ministro la más alta norma religiosa, moral y profesional. No estamos renuentes a esperar que tales normas deban ser guardadas desde el momento del llamamiento hasta la muerte. Creemos que el ministerio cristiano debe ser, primero, una forma de adoración. La práctica del ministerio es, a la vez, una ofrenda a Dios y un servicio a su iglesia. Por el milagro de la gracia, la obra del ministerio puede llegar a ser un medio de gracia para el pueblo de Dios (Romanos 12:1-3). La preparación para el ministerio también es una manera de adorar a Dios.

Los módulos del Curso de Estudios (**) que pueden preparar a una persona como candidato para la ordenación, han sido diseñados cuidadosamente para preparar al candidato para la clase de ministerio que hemos descrito. Su propósito común es proveer una preparación **integral** para entrar en el ministerio cristiano ordenado.

Estos módulos reflejan la sabiduría, experiencia y responsabilidad de la iglesia delante de Dios. También muestran en gran medida la preocupación de la Iglesia del Nazareno respecto del evangelio, el pueblo de Dios, el mundo por el que Cristo dio su vida y el ministerio cristiano.

El estudio cuidadoso que estos módulos requieren debe mostrar que, delante de Dios y su iglesia, como mayordomo, uno acepta la responsabilidad asociada con el ministerio ordenado.



—Al Truesdale, Ph.D.

El doctor Truesdale, es profesor jubilado del Nazarene Theological Seminary, Kansas City. Ha sido miembro del Comité de Desarrollo del Curso Modular de Estudios Ministeriales.

(*) Este ensayo constituye el documento introductorio en cada uno de los Módulos del Curso de Estudios Ministeriales de la Iglesia del Nazareno. La presente versión, ha sido editada para fines del presente número de la revista y se le han agregado los subtítulos, que no son parte de la versión original.

(**) El **Curso Modular de Estudios Ministeriales** es un currículo basado en resultados, diseñado para implementar el paradigma educacional definido por las Consultas de Breckenridge. La Oficina de Desarrollo del Ministro es responsable por el mantenimiento y la distribución del Curso Modular de Estudio para la Iglesia del Nazareno. Los 24 módulos en español están a disposición gratuita en los siguiente sitio: <http://pagnaz.com/services.html>

Para acompañar la temática de fondo de la presente entrega, ofrecemos las reseñas de algunos de los libros relacionados con la historia de la Iglesia del Nazareno así como de las iglesias evangélicas hispanas. Recomendamos estas obras en la confianza de que sean motivadoras para el trabajo que hay que desarrollar en este campo.

La Historia de los Nazarenos: Los Años Formativos

Timothy L. Smith
Casa Nazarena de Publicaciones • s/f •
413 páginas • ISBN

El doctor Smith, reconocido historiador nazareno norteamericano, fallecido hace algunos años, ha dejado a la iglesia, por medio de esta obra, uno de sus legados más importantes. Fiel a su compromiso cristiano, supo combinar con maestría la rigurosidad académica del historiador con la devoción espiritual del discípulo de Jesucristo. Por lo tanto, al leer este trabajo, podemos percibir el esfuerzo del autor por reflejar en sus páginas, con seriedad e integridad, todos los avatares que se dieron en la gestación y consolidación de la Iglesia del Nazareno.

El enfoque del presente trabajo, entonces, fue puesto en lo que se considera el período formativo de la Iglesia del Nazareno como denominación. Se brinda espacio apropiado para dejar evidencia del perfil de los movimientos y grupos de iglesias evangélicas surgidas en el oeste y el este, en el norte y el sur de los Estados Unidos, cuyo elemento aglutinante fue la pasión por proclamar el mensaje de santidad. También, se muestra el esfuerzo compartido, desde los mismos inicios, por desarrollar una organización fun-

cional que facilitara la misión de la iglesia y que promoviera el fortalecimiento de ministerios estratégicos como el de la literatura y la educación superior.

Desde todo punto de vista, esta obra se torna obligatoria para captar la mística y proyecciones que animaron a los forjadores de la denominación. Asimismo, se constituye en referencia para esfuerzos conjuntos que deben realizarse en la tarea de escribir la historia de la Iglesia del Nazareno hispana.

Herida Pero Transformada: La Iglesia Cristiana en Nicaragua

Sergio Franco
Casa Nazarena de Publicaciones • 1990 •
174 páginas

Este libro constituye un excelente esfuerzo pionero por incursionar en el campo de la historia contemporánea de la Iglesia del Nazareno en un país de América Latina desde una perspectiva misionológica. Como muy bien lo señala el doctor Gutiérrez-Cortés, quien escribe el prefacio, “la hipótesis que plantea el autor en última instancia, es que la fe evangélica es parte de la historia de Nicaragua. Sus iglesias han hablado, escrito, dentro y fuera de las páginas religiosas y además de haber sido encarcelados por razón de sus pro-

testas, otros prepararon estudiantes con criterios de espíritu cristiano de compromiso, de misericordia, servicio y justicia”.

El autor se esfuerza por ubicar la vida de la iglesia cristiana nicaragüense en un contexto histórico integral. La figura simbólica del viaje ayuda a articular el relato histórico de manera dinámica pero, también, comprometida. Es difícil sustraerse de esa experiencia. Cuando uno menos lo espera, se percata de que está haciendo el viaje con el autor, inmerso en el trajín del peregrinaje y ansioso por emprender el siguiente tramo.

La obra nos permite conocer la experiencia de una iglesia que ministra en un contexto de incertidumbre producido por propuestas de cambio en el aspecto social, político y económico. Este contexto lleva a la iglesia cristiana a replantear la forma de llevar adelante su misión sin hacer concesiones en sus convicciones fundamentales pero firmemente comprometida con la vivencia y proclamación del reino de Dios y propugnando la forjación de una sociedad más justa. De esa experiencia se derivan lecciones valiosas a tomar en cuenta por las iglesias en otros entornos.

La obra es un esfuerzo valioso para estudiar la presencia transformadora de la iglesia evangélica en todos los ámbitos de las sociedades de las que forma parte.

HIDDEN STORIES: Unveiling the History of the Latino Church

Daniel R. Rodriguez-Díaz & David Cortés-Fuentes, Editores. AETH • 1994 • 165 páginas • ISBN

Esta obra constituye un esfuerzo conjunto de escritores hispanos, la mayoría vinculados a la labor

docente y de investigación histórica en el campo del protestantismo hispano en Estados Unidos Y Puerto Rico. La preocupación que motivó este emprendimiento colectivo se centraba en la constatación de que, no obstante la larga trayectoria de la presencia latina y de americanos de ascendencia hispana en las diversas denominaciones protestantes, se ha documentado muy poco esa presencia en los estudios históricos que se han realizado en esta parte del continente.

El presente texto está organizado en tres áreas principales: la primera, aborda lo que denomina *consideraciones metodológicas* que son vitales para incursionar en el terreno de la interpretación histórica de la iglesia; la segunda, trata la relación *cultura y religión*, para elaborar una variedad de temas vinculados con el impacto de la iglesia en su entorno y viceversa; finalmente, se plantean lo que se denominan reflexiones teológicas y bíblicas, en función de ciertos desafíos relevantes para el accionar de la iglesia en el contexto mencionado antes.

Consideramos que este libro es una excelente herramienta para los que se inician en el camino de la investigación histórica de la iglesia hispano latina. Sus aportes, sin lugar a dudas, despejan el camino para emprender un trabajo histórico serio.

Iglesias Peregrinas en Busca de Identidad: Cuadros del Protestantismo Latino en los Estados Unidos

Juan F. Martínez y Luis Scott, Editores.
Ediciones Kairós • 2004 • 274 páginas • ISBN 987-9403-64-9

Esta obra constituye unos de los aportes más recientes en el campo de la historia de la iglesia hispana en los Estados Unidos de Norteamérica. El contenido de la misma se ha organizado en dos

grandes secciones: la primera, reúne trabajos que documentan aspectos sumamente valiosos para ir conformando el perfil de la iglesia protestante hispana en este país. Los trabajos son: “Orígenes del protestantismo entre los latinos del suroeste de los Estados Unidos (1836-1900)”, “Iglesias Bautistas Americanas Latinas”, “Los distritos latinos de las Asambleas de Dios en los Estados Unidos”, “Asamblea Apostólica de la Fe en Cristo Jesús”, “La Iglesia Evangélica Libre”, “Los Ministerios Llamada Final”.

La segunda sección, está dedicada a examinar lo que se consideran como las características y desafíos del protestantismo latinoamericano en los Estados Unidos, con enfoques sobre el proceso de aculturación, el lugar de la mujer evangélica hispana, la vivencia de la fe pentecostal, la influencia de la cultura y la ideología en la himnología protestante latina, la relación de categorías como frontera y mestizaje con el testimonio en la discusión misiológica y la relación de los medios masivos y las iglesias latinas.

Justo González, en el prefacio de la obra señala: “Se trata, como dice uno de sus compiladores, de una especie de «álbum fotográfico familiar». Como todo álbum fotográfico, nos ayuda a saber de dónde venimos, y cómo llegamos a ser lo que somos. Así como cualquier realidad humana necesita de una historia para hablar de ella, así también si hemos de conocer y reconocer quiénes somos como iglesia latina tenemos que conocer nuestra historia familiar, nuestro álbum de fotografías”. Desde esta perspectiva, este libro es recomendable tanto para conocer la historia de las familias denominacionales evangélicas hispanas incluidas, como para servir de aliciente a otras familias denominacionales hispanas para que escriban su historia y enriquezcan el cuadro mayor.

Nuestra Historia: Misiones Hispanas USA-Canadá

Orlando Serrano. Oficina de Misiones Hispanas Iglesia del Nazareno • 2009 • 115 páginas

Como el autor mismo la define, la presente constituye una “pequeña reseña histórica [que] tiene como propósito introducir al lector al proceso de formación y desarrollo de la obra de la Iglesia del Nazareno dentro del pueblo hispano”, principalmente en los Estados Unidos de Norteamérica. En la referida reseña, se ha enfatizado el enfoque biográfico, siguiendo el rastro de personas que, de manera abnegada, cumplieron roles pioneros y/o de consolidación en las diversas modalidades de ministerio hispano que ha implementado la Iglesia del Nazareno. Se registran los esfuerzos realizados al nivel local, así como el establecimiento de los distritos hispanos y la más reciente modalidad de ministerios hispanos patrocinados por congregaciones y distritos mayoritariamente angloamericanos. También se registra una somera referencia al quehacer de la educación ministerial hispana y sus diversos avatares, al tiempo que se esboza lo que, a criterio del autor, constituyen los desafíos que enfrenta la obra hispana de la Iglesia del Nazareno en el futuro inmediato.

Al tratarse de una reseña, su valor radica en proponer pistas de exploración histórica que deberán ser consideradas por una investigación histórica más profunda e integral. Como se ha expresado con frecuencia, continúa siendo una cuenta pendiente en la articulación histórica de la Iglesia del Nazareno hispana, el abordaje histórico integral y con un sólido nivel de criticidad que permita dilucidar tensiones y tendencias, aciertos y desaciertos en este largo peregrinaje del ministerio de la iglesia. □